



CRONICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Rios, Alarcón, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Aubon (Marques de), Alvarez (M. de los Santos), Arnó, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, A. Buerne, Ardanz, Ariza, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (marques de), Becerra, Benavides, Bona, Boran, Borrego, Bueno, Bremon, Brton de las Herreras (Manuel), Blasco, Calvo Azenio (D. Pedro), Camoamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castela, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Casruro, Cervino, Cheste (Conde de), Collado, Cortina, Corrañi, Coimero, Correa, Gasta, Gueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Azenio (D. Gonzalo), Calzadilla, Isacarra, Diaz José María, Durán, Duque de Rivas, Echevarría (J. A.), Espin y Guillen, Estrada, Echevarría, Equiza, Escosura, Estrella, Enlate, Fabié, Ferrer del Río, Fernandez y Gonzalez, Fernandez Guerra, Fernandez de los Rios, Fermín Toro, Flores, Figueroa, Figueras (Augusto Suarez del), Garcia Gutierrez, Gavangos, Gálvez de Moína (D. Javier), Graells, Gimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güell y René, Güelvenzu, Guerrero, Incensa, Hartsenbusch, Iriarte, Zapata, Janer, Labra, Larra, Larrainaga, Lasala, Lezama, Lopez Guizarro, Lorenzana, Lorente, Lafuente, Macanaz, Martos, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Merelo, Montesinos, Molins (Marques de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Orgaz, Ortiz de Pinedo, Oloaga, Palacio, Pasaron y Lestra, Pascual (D. Agustín), Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poer, Reinoso, Rotes, Revilla, Rios y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G.), Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarminaga, Sans Perez, Sans, Salvador de Salvador, Salmerón, Sanroma, Seijas, Segovia, Serrano Alcazar, Sellés, Tamayo, Trueba, Tubino, Ullon, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.
 PRECIO DE LOS ANUNCIOS.
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 8 de Abril de 1883.

La suscripcion en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.
 Redaccion y Administracion, Jacometrezo, 65.

SUMARIO.

Revista general, por Hoe.—Las literaturas regionales, por D. Victor Balaguer.—La Revolucion romana, por D. Eusebio Asquerino.—Los Estados Unidos de Colombia y sus hombres, por D. César Valcárcel.—Miguel Lupi, por D. Nicolás Diaz y Perez.—La Cuestion de límites, por D. Héctor Florencio Varela.—Poetas vilipendiadores de la mujer, por D. Antonio Duimovich.—Folk-Lore, por D. Eugenio de Olavarría y Huarte.—El amor: Pensamientos, por D. Alfredo de la Escosura.—Cronica científica, por D. P. Ruiz Albistur.—Repúblicas americanas, por D. P. de Navarrete.—Memorias de un loco, por D. Pedro Arnó.—A Natalia, por D. L. de Loma y Corradi.—La Caravana, por D. P. de Langlé.—Anuncios.

ADVERTENCIA.

La Administracion de LA AMÉRICA no giró el importe del trimestre anterior, por causas independientes de su voluntad. Desaparecidas éstas, hacemos presente á los señores suscritores, que á la órden de D. Emilio Fernandez se les ha girado el importe de un semestre, el cual terminará en 30 de Junio próximo venidero.

REVISTA GENERAL.

Si, lo mismo que los grandes hechos históricos á los siglos en que acaecen, las luchas políticas dieran nombre á los dias en que se riñen, nadie negaría á la quincena que acaba de terminar el título de quincena de los conflictos. Ni las fiestas celebradas con tanta pompa estos dias, ni el regocijo natural de que el Gobierno y la mayoría debieran verse poseidos, han sido bastantes á templar los ánimos y á aplazar el choque de contrarios y levantiscos caracteres. El teatro de la lucha ha sido el templo de la Representacion Nacional. Por dos veces ha temblado el edificio del Gabinete; por dos veces ha mostrado su falta de consistencia, dejando ver los riesgos que de continuo le amenazan, como poco sólido que es, y flaqueando, como flaquea, por su base, que es la parte en que al levantarle debió ponerse más cuidado.

Ocasionó la primera sacudida la cuestion ya famosa llamada Loren-Prendergast, de los nombres del director general de Hacienda, y capitán general de la isla de Cuba, cuestion de que tanto se habló desde un principio, que quizá exija en plazo no lejano una modificacion ministerial, y que hoy por hoy, sólo está aplazada, esperando para ser

resuelta que llegue á España el expediente que sobre ella se está formando en la Habana.

¿Qué pasa en Cuba? Tal es la pregunta que todo el mundo se dirige desde el momento que llegaron á la Península los primeros chispazos de la discusion Loren-Prendergast. ¿Qué puede motivar cuestion de tan difícil arreglo entre dos autoridades, obligadas en razon á su alto cargo á dar ejemplo de armonía y unidad de parecer en aquella isla, aún combatida por las pasiones que durante tanto tiempo han reinado en su seno tan empeñada lucha?

Como casi siempre sucede en estas cosas, el misterio y la oscuridad antes sirvieron para dar pábulo al error que para descubrir la verdad falto de noticias ciertas, el espíritu curioso dióse á inventar causas que pudieran haber dado margen al conflicto, y sobre todo desde que se supo que el Sr. Loren venia á España á someter á su jefe, el señor ministro de Ultramar, la exposicion de los hechos, la inventiva de los reporters no conoció límites, y en vez de caminar á su resolucion fué el conflicto tomando de proporciones. Vino el señor Loren, y en vez de calmarse los rumores tomaron incremento: dijeron los que cerca de él se hallaban, que venia dispuesto á no volver á Cuba antes que hacer concesiones que lastimaban su idea de la justicia, y ya esto fué bastante para que se sacaran á plaza algunos nombres de personas respetables indicados para suceder en su puesto al Sr. Loren, sin duda como ménos escrupulosos.

Uno de los candidatos era el Sr. Martinez Campos, hermano del ministro de la Guerra, y esto, unido á la estrecha amistad que une á este último con el general Prendergast, y unido tambien al concepto no muy favorable que del general de Sagunto tiene formado el país tocante á hacer concesiones á ciertas clases, fué lo suficiente para que se supusiese una disidencia en el seno mismo del Gabinete, culpando de ella á los ministros de Ultramar y de la Guerra como únicos interesados directamente en el asunto. Y es inútil que Nuñez de Arce y Martinez Campos anduvieran á un lado y otro queriendo convencer á unos y otros de que en tales rumores todo lo habia puesto la maledicencia; en vano iba diciendo el general:—Si Prendergast ha hecho mal, será relevado, y por su parte el poeta no cesaba de repetir:—Si Loren se equivoca, admitiré su dimision.—Toda la elocuencia de los periódicos ministeriales se perdía en el vacío. El general es muy amigo de sus amigos y no ha de dejarlos caer sin alargarles la potente diestra, que aun hay quien cree indispensable para re-

gir el timon de esta nave del Estado, tan combatida por las olas.

Además, en punto á condescendencias, y á no pararse en pelillos ni á retroceder ante ningún escrúpulo, el que firmó la paz del Zanjón y concluyó la guerra civil en España, no puede ser muy exigente. Así, pues, y no obstante lo que en contrario le decían, el país seguirá, y sigue creyendo, que el ministro de la Guerra se hace escudo del general Prendergast.

Pero á todo esto, ¿qué habia pasado en Cuba? Ni la venida precipitada del Sr. Loren, ni las candidaturas que se echaban á volar para ocupar un puesto no vacante todavía, ni las murmuraciones que corrian de boca en boca, introduciéndose de oído en oído, podían explicar de una manera oficial y terminante el origen de la cuestion objeto de tanta agitacion y debate tan empeñado. Un dia el señor Portuondo sintió en el Congreso la misma dificultad de comprension que nos aquejaba á todos, y como no habia para qué callar, lo preguntó en alta voz al Sr. Nuñez de Arce. ¿Qué pasa en Cuba?

El ministro se levantó á contestarle, y á poco rato se sentó. Ya sabíamos que en Cuba, como en España, anda la Administracion pública desbarajustada y revuelta, y, por tanto, no nos causó gran extrañeza oír en los labios de S. E. tan rotunda aseveracion; lo que nos sorprendió verdaderamente fué saber que un mal tan arraigado y conocido no tiene ningún remedio en lo humano, y aún no se sabe si podrá tener alguno en lo divino; no sabíamos que el Capitan General puede allí detener los efectos de órdenes providenciadas por el Director general de Hacienda en uso de sus atribuciones, poniendo por disculpa á tan injusto proceder altas razones de Estado, ó sinrazones, por mejor decir, y en virtud de las cuales la autoridad superior de Cuba admite y reconoce el fraude, lo respeta, pacta con él, y le sacrifica aquellas personas probas é inteligentes que se atreven á denunciarle cuando, por lo visto, debían rendirle párias y declararse sus patrocinadores.

Y no otra cosa dijo en su contestacion al diputado interpelante su excelencia el ministro de Ultramar. Parece ser que en la isla de Cuba hay hacendados que cometen grandes abusos y defraudaciones al Estado; que el Sr. Loren, apreciando desde el primer momento la situacion, se propuso hacer cumplir la ley á quien quiera que fuese, sin distincion de clases ni personas, y para ello dictó órdenes de inmediato cumplimiento; que los agraviados acudieron en queja al capitán general, y que éste, aprovechando la ausencia del director general de Hacienda, ausente á la sazón, empleó

la alta autoridad que el Gobierno le concede en suspender los efectos de las órdenes de Loren. ¿Y en qué funda su disposición el general Prendergast? En razones políticas de esas que no se declaran á la faz de los pueblos, porque son más caras del miedo, y el miedo es siempre vergonzoso. Salen á colación con tal motivo, el estado mal seguro de la isla, las pasiones no del todo dominadas, los odios no amortiguados todavía, las heridas aún no cicatrizadas por completo...

Y se da á entender que la paz de la Antilla, la dominación de España en su rico territorio, pueden correr algún riesgo, si se corrigen esos abusos, si se evitan esas defraudaciones, si no se falsea la ley para que crezcan y prosperen la desigualdad y la injusticia, como si no fuera preferible la agitación con honradez á la calma, si la calma se ha de comprar á precio de una bajeza y una humillación.

El Sr. Portuondo pidió al ministro que llevara al Congreso el expediente, y así lo prometió este último siempre que en él no haya algo que no deba publicarse. Y volvieron á salir nuevamente las mismas razones desprovistas de razón, alegadas por el general Prendergast en contra de las órdenes dadas por el Sr. Loren.

Entonces fué cuando Martos se levantó. No pensaba intervenir en el debate; pero las palabras que acababa de oír al ministro de Ultramar le obligaron á mezclarse en la discusión. Y habló para batir en brecha los argumentos del ministro. El Parlamento, que está sobre todo, debe entender en todo, y por lo tanto, para él no ha de ocultarse nada. Y hé aquí cómo, de una simple interpelación del Sr. Portuondo, á que en un principio no se dió ningún alcance, se originó un empeñado debate que puso en grave aprieto al ministro de Ultramar, y que terminó prometiendo éste dar sus órdenes para que el expediente se activara y fuese al punto remitido á la Península, y ofreciendo, por su parte, llevarlo inmediatamente á la Cámara.

Como cuando esto suceda hemos de volver sobre el asunto; como hoy, por falta de datos, no podríamos apreciar el conflicto en su verdadero valor, y bajo su verdadero punto de vista, nosotros también aplazamos para entonces las reflexiones que nos sugiera.

Nada decimos sobre el gravísimo mal que delata la exposición de la disidencia Loren-Prendergast hecha ante la Cámara, y después de oír al primero de estos señores, por una voz tan autorizada como la del señor ministro de Ultramar: ¿qué habríamos de decir que no se ocurra á nuestros lectores acerca de esas condescendencias, ofensivas para la persona que las hace y para el Gobierno que las autoriza y tolera, de esos equilibrios imposibles entre la conveniencia y la moral pública. Nada tampoco de esa diversidad de criterios, que cruzando el Océano se modifican de tal suerte, que llevan á infringir las leyes en Cuba á los mismos á quienes en la Península se da el encargo de respetarlas? Esperamos que cuando se conozca en sus detalles la cuestión, la enseñanza que de ella se desprenda será grande y podrá abrir los ojos á muchos y alumbrar ciertas oscuridades.

Entretanto, lo cierto es que desde el día de la interpelación en el Congreso empiezan á verse las cosas de distinto modo que antes; hay ya quien asegura que Loren volverá á la isla á desempeñar el cargo de que es tan digno y en que tantos importantísimos servicios puede prestar al país; los rumores que hacían resaltar la resistencia de Martínez Campos á consentir el relevo de Prendergast, se han debilitado un tanto; háblase menos de los supuestos sucesores del director general de Hacienda en Cuba, y en cambio crece el número de generales candidatos á aquella capitánía general. Hasta hay quien ve en ella un puesto de reposo para el actual ministro de la Guerra, cuya representación en el Gabinete es cada vez más discutida.

Más grande fué el otro conflicto, y más trabajo costó, como era natural, el resolverle. El día 30 de Marzo, y en ligera discusión entablada sobre Cuba, aludió el diputado Sr. Bethencour al Sr. Villanueva, de la mayoría. Quiso este último defenderse de los cargos que se le hacían y pidió para ello la palabra, pero apoyando su determinación en que no es prudente hablar de la isla no hallándose presente el ministro de Ultramar, el marqués de Sardoal que á la sazón presidía, negó al Sr. Villanueva el derecho que éste invocaba. Siguió á esta negativa un desorden espantoso que inútilmente trataron de calmar los representantes del país conformes con la actitud de Sardoal. La mayoría, como si no lo fuera, atacaba sin piedad al primer vicepresidente de la Cámara, elegido por ella no ha mucho para tan elevado puesto.

Instado por sus compañeros presentó el señor Villanueva una proposición de censura contra la Mesa, que luego retiró, y en vista de ello descendió el marqués de la Presidencia para defenderse desde los escaños, manifestándose dispuesto á abandonar su cargo si no le daba un voto de confianza la misma mayoría que tanto le maltrataba, y con este fin presentóse á la Mesa una nueva proposición favorable al primer vicepresidente. Y aquí estalla el conflicto que en toda la tarde y parte de la noche dió cuerpo á los rumores de crisis que en un instante se esparcieron por todos los círculos políticos. Empeñóse el marqués en no ceder en su pretensión de obtener el voto de confianza, é hizo causa común con él el ministro de Gracia y Justicia que, á su vez, declaró que saldría del Gabinete si la proposición no se votaba; y hé

aquí que el ministro de la Gobernación, como jefe nato de la mayoría, que había conseguido del señor Villanueva que retirase el voto de censura, se cree humillado si no se retira también la proposición de confianza, y también pone su salida del Gabinete como consecuencia del desaire.

Partido en dos se hallaba el campo cuando intervino el presidente del Consejo. Dió á todos la razón; hizo constar que la mayoría estaba al lado del marqués de Sardoal—cosa que hasta entonces nadie había conocido—y rogó, por tanto, á éste que se diese por satisfecho con las explicaciones de la mayoría y de su jefe natural. Grave era, á no dudarlo, la cuestión que entrañaba una crisis de importancia, y graves eran también las consecuencias que consigo podía traer. El marqués lo comprendió así; lo comprendió así también su amigo el Sr. Romero Giron, y el Sr. Sales retiró su proposición, y, como quería el Sr. Sagasta, no hubo vencedores ni vencidos.

Pero si materialmente no los hubo, moralmente, al menos, hubo uno completamente derrotado: la política del presidente del Consejo frente á la turbulenta mayoría, que no ve, al parecer, con gusto las inclinaciones democráticas de Sagasta.

En la sesión relatada, y en el incidente que á la ligera hemos apuntado obsérvase bien los sentimientos que agitan á la mayoría contra el marqués de Sardoal, en su actitud desde el principio franca y decididamente hostil al vicepresidente; dándose el caso inconcebible de una proposición de censura que sale de la derecha y que solo á duras penas se rasga y queda desprovista de valor. El hecho es de entidad, mucho por lo que es en sí y mucho más por lo que significa. Esta significación suya habrá hecho ver al señor Sagasta un peligro que tal vez de otro modo no hubiera notado y marcándole el camino que debe seguir y que consiste, á nuestro juicio, en sujetar esa mayoría que se le vá de entre las manos, encauzarla convenientemente, dirigirla por donde él crea que se debe dirigir la política de su partido, y no consentirla esos arrebatos que la tarde del 30 estuvieron á pique de promover una crisis parcial que, otro día, puede llegar á convertirse en crisis total.

Fuera de estos hechos no hay en el campo político novedad ninguna que sea digna de mentarse. Terminada la discusión del proyecto del Estado Mayor del ejército, han empezado en ambas Cámaras dos debates á cual más interesantes: discútese en el Senado el establecimiento del Jurado, y en el Congreso la cuestión del juramento. Fuera de las Cámaras nada de particular. Continúan con la misma actividad los procesos á que el descubrimiento de la *Mano Negra* dió lugar, pero pasada la exaltación de los primeros días, empieza á verse claro en el asunto, y el fantasma ha rebajado con mucho, las extraordinarias proporciones que en un principio revistió. Nada de asociaciones gigantes, creadas sólo para explotar el crimen en grande escala; entre esos cuarenta ó cincuenta mil afiliados, se encuentran pocos, pero muy pocos asesinos. Los más, son trabajadores honrados que persiguen, sin salirse del terreno legal, un ideal que podrá parecer á algunos más ó menos utópico, pero que no da margen á que se le persiga mientras no traspase los límites marcados por las leyes. Los mismos que antes andaban tan alarmados, recobran nuevamente la tranquilidad perdida y reconocen que se alarmaron por muy poco.

**

Las malas noticias de Rusia que en nuestra última Revista general apuntábamos, han acrecido en gravedad durante la quincena que acaba de transcurrir. Conforme se aproxima la época señalada para la coronación del czar en Moscú, parece agitarse más y más el monstruo del nihilismo, momentáneamente aletargado, y cuyo letargo tomaron algunos por signos de verdadera muerte. Hoy agita la hidra revolucionaria sus anillos, estira su largo cuello, adelanta sus mil cabezas y vibra su lengua, mensajero de muerte y ejecutor de sus justicias. Mintieron ó se engañaron los que al verla dormida publicaron por donde quiera su muerte y dieron al autócrata una engañosa confianza; sólo un brevaje puede aniquilarla á ella, que todo quiere á la nada reducirlo; y ese brevaje, que es un poco de libertad, niégase á usarlo el soberano señor de todas las Rusias. Un poco de libertad, no más que un poco de libertad, y la hidra rodaría herida de muerte por el suelo. La atmósfera de opresión y despotismo es favorable al desarrollo de esa planta maldita. Haced entrar en el antro impuro en que crece un rayo de luz, un aura libre, y la planta se agostará sin dar fruto y morirá en el cieno sobre el cual se alza y que la dió vida. Mantenedla encerrada, rodeadla de cuidados, y crecerá y abrirá su cáliz y envenenará el espacio con sus efluvios de muerte.

Y esto no es vana presunción. Reformas piden los nihilistas por medio de las proclamas de sus comités y por medio de los periódicos clandestinos que publican sus partidarios; reformas pide el país, degradado por una larga servidumbre; reformas los que, lejos del terreno candente de la lucha, vemos con más calma los hombres y las cosas, y juzgamos más serenos la situación por que atraviesa el vasto imperio moscovita. Desde las primeras manifestaciones del nihilismo, sus mayores estragos han correspondido á las épocas en que la disciplina ha sido más severa, el rigor más sostenido, el despotismo más absurdo; en los pe-

ríodos, brevísimos por desgracia, en que el poder ha sido menos cruel, menos tirano, los nihilistas han sido más indulgentes. ¿Recordais esa época recientísima en que Alejandro III no podía salir á la calle ni aún escoltado por millares de hombres, y recelaba asomarse á los balcones de su alcázar, y huía la luz y el cielo como si fuera un condenado, y cual demente poseído de la manía de persecuciones, en todas partes encontraba un aviso misterioso que le condenaba á muerte, ó una mina pronta á estallar bajo sus pies, ó un sicario dispuesto á asesinarle?

Pues en aquella época gobernaba Ignatieff, el enemigo decidido de toda reforma, el ministro inexorable cuya ley dura, implacable, era el castigo, el castigo sin esperanza de perdón, sin paliativo de indulgencia. Y desde que el antiguo embajador de Rusia en París dejó la dirección suprema de los negocios del Estado, el nihilismo ha amornado sus amenazas, amenguado sus tentativas, y no hace mucho daba motivo al czar para decir en un ukase reciente: Cuando murió mi padre yo juré no coronarme hasta tanto que no cesasen las causas que produjeron su muerte; hoy han cesado y voy á cumplir ese sagrado deber.—La misma muerte de Alejandro II, ¿en qué circunstancias ocurrió? Cuando las proscipciones estaban á la orden del día, cuando todo el que aspiraba á la libertad era arrastrado á la Siberia, cuando los desterrados formaban entre Petersburgo y las estepas siberianas un cordón no interrumpido.

Ya, pues, que ahora torna á agitarse nuevamente, hay que buscar la causa de esta agitación y hay que buscarla allí mismo donde el movimiento se verifica. La alarma vuelve á cundir en todas las clases; el desasosiego vuelve á apoderarse de todas las personas; los que atienden á la vida de aquel imperio, le creen ver otra vez abocado á una crisis suprema. El telégrama nos habla de conspiraciones últimamente descubiertas, de una mina encontrada bajo el mismo palacio del Kremlin y dispuesta de modo que, en un momento dado, diese al Czar la misma muerte que alcanzó su padre. Un periódico de los más importantes de Europa, el *Tageblatt*, publica un Manifiesto del comité ejecutivo nihilista, que da cuenta—como de cosa ordinaria y corriente—de que han terminado los preparativos para matar al emperador, y en que, para evitar víctimas inútiles, se aconseja á los que asistan á la ceremonia, que se coloquen lo más lejos que puedan del soberano.

Otro síntoma, y de los más alarmantes: hasta ahora todo movimiento nihilista ha sido invariablemente precedido de grandes perturbaciones y disturbios en las Universidades del imperio; pues bien, hace pocos días han sido expulsados 143 alumnos del Instituto agrícola situado en la frontera de Polonia, por graves faltas de disciplina escolar... ¿Qué es lo que ha producido esta recrudescencia en tan terrible enfermedad? La conducta del Gobierno y del emperador que, á toda costa, quieren dar la batalla á la Revolución. Ya se ha decidido no incluir á los nihilistas en la amnistía que ha de darse con pretexto de la coronación, y concederla solo para los delitos comunes; se han adoptado también medidas agrarias contra los sospechosos de nihilismo, y ante la probabilidad de que tales hechos provoquen protestas armadas, las tropas de Polonia están concentrándose ya en las provincias meridionales del imperio prontas á reprimir esas manifestaciones. Como los estudiantes por su condición de tales están incluidos de derecho propio entre los sospechosos de nihilismo, se ha dispuesto que quince días antes de las fiestas se cerrarán las Universidades y escuelas de Moscú, obligando á los estudiantes, cuya familia no tenga residencia fija en la ciudad, á volver durante tres semanas á sus hogares respectivos.

En cambio, serán incorporados á la guardia del Kremlin los alumnos de las Academias militares, niños casi todos, y destinados por ello á servir de viviente escudo entre la persona del czar y la cólera del pueblo.

Parece, pues, que la solemne consagración [del czar se toma por éste como una provocación, como un desafío al partido nihilista, que desde hace tanto tiempo amarga todas sus alegrías y destruye su felicidad y mata punto por punto su existencia. Es indudable que el partido revolucionario va á recoger el guante que tan imprudentemente se le arroja, y ya ha demostrado, en más de una ocasión, que no son valor, audacia y energía las cualidades que le faltan. Las fiestas de la próxima coronación pueden tener gran importancia para el porvenir de Rusia, y, por lo tanto, para el porvenir del mundo. No hay que decir si desde nuestras modestas columnas las seguiremos atentamente.

HOE.

LAS LITERATURAS REGIONALES.

DISCURSO LEIDO EN LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA EN LA RECEPCION PÚBLICA DE DON VÍCTOR BALAGUER.

(Continuación.)

O DESCONSOLADO.

D' esta fontina á beira froleada
Sentado á sombra d' un choron estou
Doido o peito, a alma esconsolada,
Triste morrendo pouco á pouco vou.

Desde qu' a negra morte aquela prenda
Que tanto quixem, m' arrancou sin dór,
Solos non hacho en nada, e solta a renda
A pena, choro o meu perdido amor.

¡Quen-o diría! tan garrida é nova,
Dolce cal rula e branca cal xasmin,
Tan cedo habías de baixar á coval...
Piedade, ceos ¡ai! piedá de min!
¡Solo quedéi n-o mundo, solo, solo!
¿Qu' hei de facer?... chorar é mais chorar...
É qu' ainda te vexo n-o meu colo,
Sabeliña querida, maxinar.

Xa non irémos maix po-los roleiros
En compañía amorosa ás moras, non,
Nin baixo d' os follosos ameneiros
As coitas che direi d' o corazon.

¡Cántas veces d' a auga d' esta fonte
Che din, miña vidiña, po-la man!
¡Cántas os dous deixábamos o monte
Por tomar aquí o fresco aló n-o bran!

E n-as tardes de outono... ¿non te acordas?
Mais ¿qué digo, acordar? si te perdin!!!
Pártenseme ¡ai! d' o corazon as cordas,
Penso qu' ainda estás... louco de min!

N-outono... pois con alegría moita
Nos íbamos ó longo castañar,
E á reboladas eu guindaba froita
Mientras tí regalábasme en cantar.

E tamen cando... ¿pero á qué memoria
Fago d'o tempo aquel ¡ai! calarei...
Mírame, Sabeliña, desde a groria;
Por ti decote triste chorarei.

Camino.

(4)

LITERATURA ASTURIANA.

La literatura asturiana ó bable es una manifestación literaria importante, aunque modesta, entre las demás españolas, teniendo la particularidad de su expresión en un estimable y dulcísimo dialecto, aun cuando venga en decadencia desde el siglo XVII. Existe una *Colección de poesías en dialecto asturiano* (Oviedo. Gonzalez, 1839), en donde están las producciones de los primeros poetas bables, precedidas de un luminoso discurso preliminar, escrito por el ilustre académico D. José Caveda, aun cuando no lo firme. Así consta en el discurso necrológico recientemente publicado por D. Fermín Canella Secades.

En el tomo I de las obras de Jovellanos (colección Rivadeneyra), hay un curioso apuntamiento sobre el dialecto asturiano, y en el tomo II, entre las cartas dirigidas al canónigo Posada, es muy interesante, por tratarse en ella de este asunto, la que lleva la fecha de 14 de Enero de 1801.

Segun noticias que debo á la amistad del Sr. Canella Secades, entre los manuscritos que ha dejado D. José Caveda hay no pocos trabajos suyos y de su padre D. Francisco de Paula, sobre el dialecto bable y la literatura asturiana. Un antiguo catedrático del Instituto de Gijón, don Juan Junquera Huergo, ha dejado inéditos al morir, hace dos años, una *Gramática* y un *Diccionario bable*.

El dialecto asturiano podrá ser pobre en cierta manera para la ciencia, pero es abundante y variado, original y fecundo para pintar la vida campestre, sus usos, costumbres, preocupaciones, juegos y todos los sentimientos y pasiones del alma. Tiene el bable perfecta consonancia y estrecha intimidad con el romance del poema del Cid y poesías de Berceo, Segura y Arcipreste de Hita.

Además de la literatura bable, hubo siempre en Asturias cierto movimiento literario importante. Da perfecta idea de las obras impresas en aquel país y de los manuscritos de autores asturianos el *Ensayo de una biblioteca asturiana*, obra premiada por la Biblioteca Nacional, donde se halla manuscrita, y original de D. Máximo Fuertes Acevedo.

El Sr. Canella Secades ha escrito para el Folk-Lore asturiano, y publicado en la *Revista de Asturias*, una interesante Memoria en que se ocupa extensamente de este punto.

Muchos son los literatos que estudiaron el bable ó escribieron, generalmente poesías, en este dialecto. Recuerdo, entre otros varios que pudieran citarse, los siguientes: don Antonio Gonzalez Reguera, D. Francisco Bernaldo de Quirós y Benavides, D. Antonio Balvidases, D. Bruno Fernandez, doña Josefa Jovellanos, comprendidos todos estos en la ya citada *Colección de poesías asturianas*; el ilustre Jovellanos, que tuvo la idea de formar una Academia bable, así como el *Diccionario*; el canónigo de Tarragona don Carlos Gonzalez de Posada, que escribió un poema, celebrando los poetas asturianos, á imitación de *El laurel de Apolo* de Lope de Vega, cuyo manuscrito se halla en el archivo de la real Academia de la Historia, de la cual era correspondiente; D. Juan Fernandez Porley, conocido por *Juan de la Candonga*; D. Bernardino de Robledo, cura de Pié de Lora; D. Jerónimo de la Escosura, académico de número de la Española Historia y San Fernando; D. Ramon García Alas, D. Juan Junquera Huergo, D. Benito Canella Meana, conocido por *El ciego de Sobrescopio*; D. José Arias de Miranda, doña Enriqueta Gonzalez Rubín, D. Juan Acebal, D. Napoleon Acebal, D. Marcelino Florez, D. Plácido José Hévia, D. Félix de Aramburu, conocido por *Xuan de Suco*; D. Benito Antonio de la Auja, D. Higinio del Campo, D. Juan Gonzalez Villar, D. Juan Villar, D. Teodoro Cuesta, D. Francisco de Paula Caveda, D. José Caveda Nava, D. Atanasio Palacio Valdés, D. José María Florez, D. José Joaquín Isla Mones, D. Gumersindo Laverde Ruiz, correspondiente que fué de la Academia; doña Escolástica Teresa Consul, D. Máximo Fuentes Acevedo, don Juan Antonio Gonzalez Berbeo, D. David Sampil, D. Domingo Hévia, D. Benito Perez Valdés, llamado *El botánico*; D. Francisco Martinez Marina, académico de número que fué de la Española y de la Historia; D. Julian García San Miguel, correspondiente de la Historia, y D. Marcelino Mendendez de Luarca.

Para dar á conocer esta lengua y literatura, copio aquí

un romance escrito por el ilustre académico Sr. Caveda, publicado el año 1839, sin nombre de autor:

LA PALIZA.

Co la choqueta terciada
Y el civiellu levantadu,
Pericon el de Maruxa
Non tien miedu al mas pintadu,
Y piernes llime y costielles,
Como quien llime morgazu.
Con cevera y con tocin
Criólu so pá bien fartu.
Xudes i dió les corades,
Fuerza Bernardo del Carpiu,
Y ansi esfarrapa los llombos
Como s' estinaza un sardu.
Sueltu, rechonchu, membrudu,
Con el pechu levantadu,
De pantorrilles carnudes
Y del cuerpu bien trabadu,
Mas reciu q' una muralla,
Mas derechu q' un forcadu,
Una facina de paya
Lleva sobre los costazos,
Y baste d' un emburrión
Como s' enfade un carbayu:
Yé so genio un puzcalbre,
Son de fierru los sos brazos,
Y sacó d' una gafura
Corazon, fégado y bazu.
Travesau é na campera,
Si levanta el so verdascu
Y pon el cuerpu derechu
Y patras da un par de pasos,
Y mira un pocu fosqueru
Y echó de sidre dos cuartos,
Mil diablos lleve si naide
Anque se tenga pur guapu,
Y saluda los focios
Y toma el fuelgu á so cuayu.
Quien non diga viva Sieru,
Ha de pagái el portazgu;
Y d' un torollu si non
Vien á besai los zapatos.
Vilu yo na romeria,
Fosqueru, arremolinadu,
Envolvida la mollera
En un pañuelu floriadu,
Con calzones de Segovia
Y aguyetes de á dos cuartos,
Y la montera picona
Entornada par un lladu,
Q' otru Roldan parecia,
O el sobrin de Carlo Mano.
Puestu el primeru na danza
Patrás y palante andando,
Perezosu y galbaneru
Sollivia el cuerpu llivianu,
Como se mez al Nordeste
Vara verde d' avellanu.
Ya s' arvealga de piernes
Y detien diez aldeanos:
Ya otros diez d' un emburrión
Dexa nel suelu zampados,
O ya en medio de la rueda
Como na corrada el gallu,
Erguidu se pon y un viva
Que saca de los calcaños,
Llancia de la boca fuera,
Con q' á todos tiembla el cuayu.
Naide gurguta; y el solu
Dueñu de todú el cotarru,
Echa ixuxús y reblinea
Dando vueltes al so palu.
Los mozos de la rivera
Que na esfoyaza cantaron,
Los que lleven é na fiesta
Con rejicarios el ramu,
Los que diz que son valientes
Porque non cansen en sallu,
Los que pe la noche ponen
A les moces el carbayu
Y galántien pe l' aldea
De sidre y castañas fartos,
¿Dónde están? ¿qué se fixeron?
Vengan aquí con mil diablos.
¿Ni á ver siquiera s' atreven
Los nudos del mió verdascu?
Non se escondian y el que quiera
Medir lo que tien de llargu,
Que mire en tientes mió cara
Y eche hácia min un rebalgu;
O si non que á la so moza
Mas non siga los calcaños,
Nin nunca ablanes y nueces
Y traiga de los mercados.
Yo i diré que ye un enxencle
E nos focios metanos;
Buenu pa comer borroña,
Pero non para dar palos.
Ansi dixo el farfantón
Mirando por todos llados,
Con una risa figona
Y una cara de los diablos.
Iba echar un ixuxu
En so coraxe enfotadu,
Cuando Xuan de la Rabera,
Rapaz de puños y cuayos
Caliente y de bon calter
Y probadu nos trabayos,
Fartu de tanta falancia
Y por otros atuzadu,
Sin ser ya dueñu del fuelgu

Y un pocu arremolinadu,
Da dos pasos hácia lante
Con el palancon terciadu,
Y arregañádoi el diente
Lu mira derriba á baxu,
Y fálai d' aquisti modu,
Como quien non tien cuidadu.
Non nos véndia tantes ronques,
Nin ande tan levantadu,
Pericon el de Maruxa
El fiu del madrillanu.
Por mas que levant' el gritu
Y faga aquí d' espantayu,
Tantos tien comido crudos,
Como cocidos y asados.
Ya vi yo medir el suelu
Otros un pocu mas altos;
Báxe el tonu y non s' atufe
El demoniu del mazcayú;
Q' á topar en mió concencia
La forma del so zapatu.
¿Non t' acuerdes que te dieron
Con llombardades el pagu
La noche de la foguera
E na fiesta del Rosariu?
¿Y qué allá na mio quintana
Unos mozos te torgaron
Arrimándote la cesta
Y solmenándote el cuayu?
Pos lo q' entonces pasó
Puede repetise ogaño.
Y ansi como aqui me ves
Delgaducu y pequetacu,
De les tos faladurías
Fago yo tan pocu casu,
Que non se me da por elles
Un ochavu segovianu.
Muera Sieru, muera el gochu
Q' aqui levanta el verdascu.
Iba seguir el rapaz
Vinagrientu y afumadu,
Cuando encima d' illi va
Mas d' improvisu q' el rayu
Pericon el de Maruxa
Arroxando espumaraxu.
Al topase los dos mozos
Y cruciar los dos verdascos
Al restallar en el aire
Como cuando quema el tascu,
La xente s' arremolina;
Escuendense los rapazos,
Apelliden los muyeres
Ablucades per el campu;
Ponen el gritu nes fives
Los del un y el otru bando;
Y empuxones y carreres
Y homes q' anden amoriados,
Y calcañades y cestes
Que van per el campu abaxu
Con los prunos y los figos
Por acá y allá rodando,
Y el polvu que se levanta
A manera d' un ñubladu,
Todo mete tanta llercia,
Todo fai tal mangaradu,
Q' al que tien mas bonu el fuelgu,
Pon el pelu respigadu.
¿Qué estocinase los llombos
Y que solmenase el tascu!
¿Qué zapades, qué barullu,
Cuantu mozu escalabradu!
Como quien maya centenu
O como el que dá nun sardu,
Cebellada cai d' eménu
Y moxicon que ye un plasmu.
Acá vienen unos mozos,
Por otros escorripiados:
Acullá cai de focios
O queda en suelu sentadu,
El que pensando ir por llana
Salió por fin tosquiladu.
Ansi ruxen en concencia
É nes molleres los palos,
Como si sobre maones
Foren á redes pegado;
Y ansi la xente se mueve
Pol campu de riba á baxu,
Como espignes solliviades
Por el vientu del verañu.
Y el ruidu sordu que facen
Al mecése los ramascos
En poblades carbayeres,
Si el nordeste va arreciando,
Menor ye q' el que se siente
En verdá pel escampadu.
No hay allí mollera llibre
Ni á salvamentu costazos,
Ni piernes q' estén segures
Nin sin torollos los brazos.
Boriada que canta el credu,
Tellerones que ye un plasmu,
Se reparten como peres
O perdón en añu santu.
No hai en dar ni en recibir
Conciertu entre los dos bandos:
Quien más puede más apurre
Ya de frente ya de lladu.
Dalgún hay que contra dos
El cibiliu solmenando,
Al llimilos, ye llimidu
Quiciás por un reñacuayu.
Y el q' acutió non se enfote
De salir á paz y á salvu;
Que cuando va revolvése

Pa fuxir un descalabru,
D'esmenu dos garrotades
Me lu dexen ablucau,
Y queda sin saber como
De la so deuda pagadu.
Dáse por dar y non más,
Ya sea á moru ó cristianu:
Quien más apurre, isi ye
Tenidu por meyor gallu;
Porque el coraxe non dexa
Ver al que se fai el dañu.
Locos, per locos están,
Los q'anden en el cotarru;
Que pa cegase del todo,
Pónseyos en pelu el diablu,
Y ni al so vecin conocen
Ni á San Pedru nin San Pablu.
Solamente nesta xera
Los dos que la encomenzaron,
Llibre tienen la cabeza
Entre tantu descalabru.
Como dos torres derechos
Con el diente arregañadu,
La camisa esfarrapada,
Sudorientos y enfotados,
Tienen en tornu de sí
Más de venti escalabrados,
Y un espaciü donde pueden
Llibres buscarse y dar palos.
Como un par de xabalinos
Que los de cría aventaron,
Y s' atopen frente á frente
En medio de un escapadu,
Rabiando por esñizase
Y de la rabia cegados,
Que se enseñen los caniles
Y parten espelurciados
A metelos pe los llombos
Y dexase estocinados,
Ansina los dos jayanes
El verdascu levantado,
Erguidu el cuerpu derechu,
Los güeyos arremellados,
Cuerrén ciegos á encontrarse
Y fundirse el cuepu á palos.
¡Xesús, Señor, que demonios!...
Llercia me dá contemplálos,
¡Que se esfarrapen... Xosticial
¿Naide vien á separarlos?
Separarlos? Mala Paseua
Pal que quixera intentalo;
Que ya non ven nin conocen;
Non son homes son dos diablos.
Pericon el de Maruxa,
El fu del madrillanu,
Ye el primeru que se llanza,
Derechu sobre el contrariu:
Ansi sobre la ribera
Se desfarraga un argayu
O de l' alto d' un peñedu
Vien rodando al suelo un cantu.
Piensa quicías q' el so cuerpu
De más bulto q' un carbayu,
Basta col pesu y no más
Pa dexalu estrapalladu.
Y non teme y s' abalanza
Con el palu levantadu,
Dando revalgu d' á vara,
Com' un xabalin bufando.
Y cuando á tiru se pon
En sos fuerces enfotadu,
Fruñe les cexes, apuxa,
Pon los dos papos hinchados,
Y esparrancando les piernes
Como el pertegal d' un carru,
Sobre Xuan de la Rabera
Va descargar el verdascu:
El verdascu q' asi xibla
Como el vientu nun furacu,
Al cimbrir é nes sos manes
Por el aire solmenadu.
Pero ye sueltu el rapaz,
Más que si fora un venadu,
Y al velu sobre la testa,
Pa fuxir el descalabru,
Dobla com' una cibiella
Todu el cuerpu par' un lladu
Y el palencón da nel suelo,
Y lu dexa estapinadu.
Quier illi ganar la acción
Antes que s' arme el contrariu,
Y á les piernes de revés
Y allumbra con el verdascu,
Por ver si logra quicías
Dexalu esperuquebradu
Segándoles al empar
Como quien corta ñervasu.
Non ye tanta so fortuna
Q' apercibidu el mazcayü,
Con un saltate patrás
Dexa so intentu burladu.
Entónceñes enarbolan
Entranvos á dos los palos,
Que como mesories ruxen
En el aire tropezados.
Ya s' eviten, ya se busquen,
Ya se mezclen esforcados,
Ya al costazu s' amenacen,
Ya se retiren dos pasos,
Ya salten unu hácia l' otru
Los palancones cruciando,
Y non pueden acutise
Por más q' esmanganiados
Quixeron vese los dos

La mollera fecha cascós.
Que si el unu ye forzudu
Y tien de fierru los brazos,
Y en perseguir non tien fuelgu
Y en apurrir barganazos,
Arteru y llivianu l' otru
Abre el güeyo pa evitalos,
Y retuécese y s' encueye
Como vara d' avellanu,
O como anguila del riu
Da, sin saber como, saltos,
Que parez en mio conciencia
Tien el cuerpu desquiciadu,
Y que no he de carne é güesu
Si non de llana y verdascos.
Dalgún descuidu quicías,
Paguéñlu solo los brazos,
Donde anguna vez la punta
Tropieza de los verdascos;
Pero el cuerpu llibre queda
Y sin chinchones el cascu,
Hasta que por fin y postre
Cuando van los dos cansados,
Un malditu d' un felechu
(Nunca alli naciera en campo)
E nes piernes se i enrieda
Al fin del madrillanu,
Y da una zapalastada
Que se i estremez el cuayu.
Quier levantáse: ye tarde;
Que más lixeru q' el rayu,
Ya Xuanon de la Rabera
Y llimió d' un barganazu
Los llombos tan d' improvisu
Que lu dexa espattarradu;
Y otra vez tornó á llimilu,
Y cuando á puru mayálu
Nin tien fuelgu pa quexáse,
Nin puede dar pie ni mano,
Mirándolu de través,
Echa ronques probe diablo,
Y diz el mozu figon,
Echales sapu estrapadu.
Mi alma, mi alma que te portes,
Y me tienes ablucau.
¿Qué te sirve la cevera
Con que gordu te criaron,
Y el coraxe y la falancia
Y esi tonu levantadu,
Llercia de la romeria
Y de todos espantayu?
Si sueltu como la llengua
Tuvieres el to verdascu,
Si como yes falanciosu
Reciu fores dadu el casu,
Y á les plantes q' aqui echaste,
Correspondieren los brazos,
En dances y en romeries,
Pudieres llevar el ramu;
Y non com' una mujer
Te viera ahí corpiadu,
Mas fartu d' amenazar,
Que d' apurrir barganazos.
Esmuerga los que te dieron;
Esmuergalos sin pagalos;
Y si vuelves á la danza,
Ven con rueca non con palu.
Mas i dixera Xuanon,
Si allá por el campo abaxu
A gálamos non viniera
La xusticia á escorripialos.
Q' al ruidu de la quimera
Y al restallar de los palos,
Acuden los alguaciles
Con el xuez y el escribanu,
Mas q' acuden á los pitos
Los milanos en verañu.
Y en este instante desfechu
Queda al fin isti nubladu;
Y si hoy se llimieron cuerpos
Y mollerés y costazos,
Llime mañana les bolsés
Del llugar el escribanu;
Y véndese la reciella
Y los potes y los cazos,
Pa pagar les llozanes
De la danza de Santiago.

Caveda.

(5)

LITERATURA CATALANA.

Se comprenderá perfectamente que no sea hoy el autor de este discurso el llamado á hacer aquí la historia de la literatura catalana, en cuyo renacimiento ha tomado, si no importante, muy activa parte al ménos

Me limito sólo á consignar que en Francia, en Italia, en Alemania, en Inglaterra, en Rusia y en Suecia, se han escrito por eminentes literatos como el baron de Tourtoulon, Federico Mistral, Sabatini, E. Cardona, Bonaparte-Wyse, Aubanel, Roumanille, Roumieux, Garcin, Semenow, Ronhesal, Lidfors, Levi, Savine, Meyer y otros muchos, eruditos artículos y libros consagrados á hacer notar la importancia del renacimiento literario de Cataluña, así como existen hoy traducciones de obras catalanas en todos aquellos idiomas.

Pasan de quinientos los escritores catalanes contemporáneos, á los cuales, en su mayor parte, cité al escribir las notas de mi discurso de recepción en la Real Academia de la Historia.

Las modernas letras catalanas pueden presentar hoy con orgullo á la consideracion de los estudiosos y de los críticos su excelente lírica, desde el poema hasta el madrigal, que basta por sí sola á crear la reputacion de una literatura; su

teatro completo con tragedias, dramas, comedias, óperas, zarzuelas y piezas; su coleccion escogida de novelas en todos géneros; sus revistas y periódicos; sus obras varias, numerosas y selectas, sobre Historia, Costumbres, Crítica, Viajes, Numismática, Medicina, Teología, Religion y Moral, Filosofía, Toponómica, Bellas Artes, Filología, Política, Agricultura, Industria y Comercio, etc.

Y hé aquí ahora, cumpliendo con mi propósito de presentar en estas notas una muestra de cada una de las manifestaciones literarias regionales de que me ocupo, la bellísima poesía de D. Carlos Buenaventura Aribau que, en cierto modo, dió comienzo en este siglo al renacimiento catalán:

A MA PATRIA.

A Dèu siau, turòns, per sèmpre á Dèu siau,
O serras desiguals, que allí en la patria mia,
Dels nùbols e del cel de lluny vos distingia,
Per lo repos etern, per lo color més blau!
A Dèu, tu, vèll Monseny, que, dès tòn alt palau,
Com guarda vigilant, cubert de boyra e nèu,
Guaytas per un forat la tòmbar del Juèu (1)
E al mitg del mar immens la mallorquina nau!
Jo ton superbe frònt coneixia llavors,
Com coneixer poguès lo frònt de mès parènts;
Coneixia també lo só de tos torrènts,
Com la veu de ma mare ó de mon fill los plors.
Mès, arrancat després per fats perseguidòrs,
Ja no coneix ni sènt com en millòrs vegadas;
Axi d' arbre migrat á terras apartadas,
Son gust perden los fruyts e son perfum las flors.
¿Qué val que m' haja trèt una enganyòs sort
A veurer de mès prop las torres de Castèlla,
Si l' cant dels trobadòrs no sènt la mia orella,
Ni desperta en mont pit un generòs recort?
En va á mon dòls pais en alas jo m' trasport,
E veig del Llobregat la platja serpentina,
Que, fora de cantar en llèngua llemosina,
No m' quèda mès plaher; no tinc altre conort.
Plume encara parlar la llèngua d' aquèlls sabis,
Que omplire l' univers de llurs costums e llèys,
La llèngua d' aquèlls forts que acataren los rèys,
Defenguèren llurs drets, venjaren llurs agravis.
Muyra, muyra l' ingrát que, al sonar en sois llavis
Per estranya regió l' accènt natiu, no plora,
Que, al pensar en sos llars, no s' consum ni s' anyóra,
Ni cull del mur sagrat las liras dels seus avis.
En llemosí soná lo mèu primer vagit,
Quant del mugró matern la dòlra llèt bebia,
En llemosí al Senyòr pregava cada dia
E cantichs llemosins somiava cada nit.
Sí, quant me trobo sol parl' ab mon esperit,
En llemosí li parl', que llèngua altra no sènt,
E ma bòca llavors no sab mentir ni mènt,
Puix surten mas rahòns del cèntr de mon pit.
Ix, donchs, per expressar l' afecte mès sagrat
Que puga d' home en cor gravar la ma del cel,
O llèngua á mos sentits mès dòlra que la mel,
Que m' tornas las virtuts de ma inocènta edat.
Ix, é crida pel món, que máy mon cor ingrát
Cessarà de cantar de mon patró la gloria;
E pássia per ta veu son nom e sa memoria
Als propis, als estranys, á la posteritat!

Aribau.

(6)

VOCABLOS REGIONALES SIN TRADUCCION CASTELLANA.

En la notable introduccion que precede al *Diccionario de voces aragonesas* de D. Jerónimo Borao (Zaragoza. Año. 1859), el eminente literato aragonés acepta como suya la opinion expuesta por el autor del artículo *España lingüística* en la *Enciclopedia Española* donde se inculpa á los castellanos por el exclusivismo con que proceden en materias de lenguaje, prefiriendo en muchas cosas ostentar su pobreza más bien que aceptar de los dialectos españoles aquello en que éstos les superan.

Hay tanta verdad en esto, que, por no aceptar ciertas palabras de nuestros idiomas regionales, sin equivalencia en castellano, es imposible traducir á ésta determinadas frases y conceptos. Entre muchas palabras enfónicas, propias, concisas, expresivas y aun irremplazables que pudieran citarse, hijas de fuentes las más puras y en todo conforme con el carácter de la lengua castellana, me permito recordar las siguientes:

CATALANAS.

ANYORAR, ANYORARSE, ANYORAMENT, ANYORANSA. (*Añorar, añorarse*): el dolor que se siente por la ausencia del hogar ó de la patria; el sentimiento nacido de la falta de alguna persona ó cosa ya no existentes, á quienes se profesaba cariño; el sentimiento tambien por la ausencia de alguna persona, el recuerdo ó la falta de alguna cosa; encontrarse triste, disgustado, molesto en un lugar, ya sea por la ausencia de la patria, ya por no avenirse con los objetos que le rodean ó las tareas que le ocupan.

No existe medio, por ejemplo, de traducir al castellano, ni en verso ni en prosa, como no sea por grandes circunloquios, lo cual ya no es traducir, la siguiente poesía:

¡Si 'n era de bonicoya
la pubilla del Mas vert!
Mes ¡ay! estaba tan trista
que tots li deyau: — «¿Qué tens?»
«¿perqué estas trista?» — «M' anyoro.»
— «¿Qué anyoras?» — «Anyoro l' cel.»

(Continuará)

(1) Monjuich de Barcelona.

LA REVOLUCION ROMANA

CÉSAR Y BRUTO.

En los tiempos modernos, algunos espíritus esclarecidos se han inclinado á favor de César, así como el siglo último dió la razón á Bruto.

Recordamos, con este motivo, las animadas y vivas discusiones en que intervenía nuestra juventud, sobre todo con el ilustre literato de inolvidable memoria, D Ventura de la Vega, cuando creó su famosa tragedia de *César*.

El distinguido escritor sostenía la tesis de que César había sido el verdadero representante de la democracia. Entonces estaba de moda el enaltecimiento del emperador Napoleón III, consagrado por un bastardo plebiscito como símbolo de la idea democrática.

Sin duda no influía en el elevado criterio de nuestro ilustrado amigo, esta glorificación cortesana del imperio francés.

Nuestro juvenil entusiasmo consideraba históricamente, á Casio y Bruto, los últimos romanos, firmes, íntegros sostenedores del principio republicano.

En el círculo literario á que nos referimos, prevalecía la opinión de que Bruto había sido el servidor de la aristocracia opresiva, y César el que armó su brazo por la causa de las naciones, combatiendo á los opresores, por la vez primera en Farsalia, y después en Munda.

Pero la historia nos demuestra que César no fué inspirado por ningún deseo de reforma, sino por la ambición del mando supremo. El debió su elevación al admirable valor de su ejército, y á los inmensos dones que tuvo el arte de prodigarle.

El Senado confería á generales eminentes poderes muy extensos, sin comprender que constituía peligrosos dictadores, que pudieran sobreponerse á las leyes.

Mucho tiempo después de haber destruido la monarquía, la República vigilaba á todo ciudadano que adquiría mucho ascendiente sobre las clases populares. Cayo y Manlio, perecieron á causa de su importancia personal.

Pero más tarde, los romanos se creían obligados por la necesidad á adoptar con frecuencia el expediente de una dictadura. El pueblo confirió el poder omnímodo á Mario durante cinco años, para continuar la guerra contra Yugurtha, y porque luego los cimbrios y los teutones amenazaron formidables al imperio.

Dió poderes extraordinarios á Pompeyo, para combatir la piratería que interceptaba el comercio, y podía producir el hambre en Roma; además hizo esfuerzos extraordinarios á fin de derrumbar la grandeza de Mitridates. Y César fué investido á su vez de iguales poderes, por el temor de que los helvecios no hicieran correr á Italia los mismos peligros que la invasión cimbria.

Todas las veces que un dictador era elegido, él daba al imperio la seguridad y el orden, realizaba la empresa que se le había encomendado, derrotaba á sus enemigos y extendía los límites de la dominación romana. Como la dictadura prestaba estos servicios, se acostumbró á ser usurpadora de la libertad, lo que no comprendía ni apreciaba el proletariado, y así fué suplantada la vieja constitución.

César no pensó jamás en declararse el campeón de las provincias, porque personificaba á sus ojos el espíritu de conquista de los romanos. Durante su consulado, sostuvo los intereses de la plebe, que eran contrarios á los que reclamaban las provincias, sometidas á un yugo opresor.

La mayor parte de estas se decidieron á favor de Pompeyo. Sólo la Galia permaneció al servicio de César.

Ningún escritor de aquel tiempo miró á César como un emancipador.

En el mundo romano existieron tres clases oprimidas, además de los esclavos: la clase más pobre de los ciudadanos romanos, los italianos aliados que no habían obtenido aún el derecho de ciudad, y los provincianos que formaban la clase más numerosa y agobiada.

Tiberio y Cayo Graco defendieron á los italianos; Escipión Emiliano y el grande republicano Druso mostraron simpatía por la causa de los provincianos; el segundo llegó á formar una coalición entre una parte de la nobleza, del pueblo y de los italianos.

Pero Mario, el predecesor inmediato de César, y Syla, el campeón de la aristocracia, los combatieron con un odio mortal.

Los Gracos, animados de intenciones puras, organizaron la plebe en un ejército revolucionario permanente. Por su *lex frumentaria*, Cayo adhirió á la causa revolucionaria la clase pobre, que hasta entonces había permanecido subyugada á la tutela de la aristocracia.

Rompió para siempre el lazo que ligaba al pueblo á sus Mentores hereditarios.

El Senado y los caballeros participaban de una poderosa autoridad sobre las provincias; el primero con sus gobernadores, y los segundos con sus recolectores de impuestos, que cometían todo linaje de concusiones.

En el origen, los reyes, y más tarde los cónsules, eran á la vez generales en la guerra y jueces en la paz, pero á medida que la población y la actividad fueron en aumento, las funciones judiciales de los cónsules pasaron al pretor.

La necesidad de defender el Estado contra sus enemigos exteriores, creó una institución desconocida en la república, un ejército estacionario, aun después de la paz, de treinta y cinco legiones.

Entonces este cambio constituyó una verdadera revolución social, y el ejército permanente era el punto en torno del que gravitaban todas las otras instituciones del imperio.

El ciudadano que había considerado la guerra como el objeto de la vida, no fué llamado en ningún caso á tomar las armas. El sistema imperial convertido en una concentración de fuerza militar, anuló el poder del Senado, y se conservó esta impotente institución como un recuerdo del pasado.

Desde el principio, el imperio tuvo innumerables y más grandes empleos que la república. La legión había sido mandada por tribunos que se sucedían, elegidos generalmente por el término de un año.

El imperio creó el *legatus legionis*, ó comandante de una legión, que ejercía autoridad sobre más de 6.000 hombres, elevado al rango de pretor, y no se contaba menos de 35 oficiales del mismo orden á la vez. Además se establecieron tres nuevas prefecturas; la prefectura de la guardia pretoriana, la prefectura de la ciudad y la prefectura de la guardia. Otro título, de nueva creación, el de *legatus Augusti*, fué dado á los gobernadores de las grandes provincias de las fronteras. Estos unían á las funciones del gobierno civil el mando de dos ó tres legiones y de otras tantas tropas aliadas, es decir, de un ejército de 20 ó de 30.000 hombres. Nombrados por el emperador, sus funciones eran permanentes, y fueron rodeados de un prestigio mucho más grande que los gobernadores provinciales de la república.

El sistema imperial, esencialmente militar, fué una notable escuela de hombres dignos de grandes mandos, como los Plantius, Corbulon, Vespasianos, Agricola, Trajano, que fueron la gloria del imperio.

El emperador romano era dueño absoluto de un ejército de 300.000 hombres, y comandante en jefe se arrogó la autoridad de un procónsul en cada provincia, y se constituyó así en una especie de gobernador general de todas las conquistas de Roma.

Los poderes dados á Pompeyo en la guerra contra los piratas abarcaron la misma extensión; un general en determinadas circunstancias disponía de toda la fuerza militar del imperio, y estaba autorizado á intervenir en el gobierno civil, si le parecía bien para satisfacer á las exigencias militares del Estado.

La evidente superioridad de Agrippa causó serios embarazos á Augusto, sobre todo en sus últimos años, porque esta superioridad podía ser un título para reemplazar á Augusto como emperador; por este motivo, éste recibió con espanto la noticia de la derrota de Varo en Germania.

Por un acuerdo tácito, Augusto se obligaba á no rehusar nada á Agrippa, y Agrippa á no reclamarlo todo. Al mismo tiempo los dos se mantenían á cierta distancia el uno del otro, para evitar el peligro de una discusión. Augusto carecía de talento, ó de inclinación, para la guerra, y sin embargo quiso guardar bajo su mano celosa toda la administración militar del imperio.

El sistema imperial se practicó largo tiempo antes de ser legalmente reconocido. Pompeyo en el Este y César en la Galia, fueron tan absolutos como Trajano. Eran los grandes y encarnizados rivales.

La fortuna abandonó á Pompeyo, en Farsalia, y á sus hijos en los campos de Munda, y César se vengó bárbaramente, inmolando á millares de ciudadanos de Córdoba, por haber favorecido á sus adversarios.

César empezó su carrera como un demagogo, para arrebatarse luego la libertad al pueblo romano. La supremacía que él acordó á la fuerza militar al pasar el Rubicon, condujo más tarde á la espantosa anarquía militar y al sultanismo en Europa.

El estaba dotado de un génio astuto, de un carácter enérgico y de una resolución indomable, pero no previó las consecuencias de sus actos, y no extendía su pensamiento político más allá de la ciudad. En la confusión del tiempo, él vió la posibilidad de elevarse al poder, luchando contra la fortuna de Pompeyo; en el Gobierno de la Galia, como procónsul, no ostentó otra cualidad superior á la de los procónsules anteriores, sino más grande habilidad, y á la cabeza de su ejército y de su provincia, la corrupción del Senado y la anarquía de la ciudad le parecieron odiosas; mas, en la guerra civil, sus aspiraciones fueron puramente personales.

No es justo de representarle como un grande destructor del privilegio aristocrático; él se rebeló contra la debilidad de la aristocracia, que la había conducido al vergonzoso tratado de Yugurtha y á la sangrienta derrota de Arcaise.

El pueblo de Italia concurrió á su elevación, tal vez porque no le excitaba el deseo de su emancipación, sino que, acaso, sentía la necesidad de una simple protección militar, por su temor contra las hordas helvecias ó germanas; así, el poder militar y no el pueblo, triunfó con él.

Si César hubiera vivido más largo tiempo, no negaremos que imprimiera á su obra un sello más liberal, emancipando á Italia de la opresión de

tres siglos, pero pudo hacerlo y no lo hizo. Está demostrado que César debió su elevación directamente al ejército, y solamente de una manera indirecta á la democracia.

Las guerras exteriores habían engendrado la miseria; el imperio, al establecer la unidad, procuró la paz interior y pudo contribuir al desarrollo de la prosperidad material. No tenía interés en que continuasen vejadas las provincias, y pretendió mejorar su administración, asignando emolumentos fijos á más dignos funcionarios. Sin embargo, no dejaron de ser presa de la codicia de los gobernadores ávidos de labrar su fortuna. El poder centralizador no podía velar con solicitud perseverante y buen acierto en la recta gestión administrativa de tan vastas y lejanas regiones.

Eliminado el espíritu público, el mundo romano perdió su bien más precioso: la libertad. Sordo á la razón, á la elocuencia, sin patriotismo, no solo en las instituciones, sino en el corazón de los hombres, en vez de aquel sentimiento sublime que había inspirado los viriles heroísmos de los inmortales republicanos, predominaron el servilismo, la indiferencia, sin distinguiren parte alguna, asamblea deliberante que despertara del letargo y de la opresión al pueblo rey, que había dictado sus leyes al género humano.

César acababa de cumplir cincuenta y seis años cuando se formó la conjuración que debía poner fin á sus días. Su temperamento había sido fuerte y vigoroso, soportando las más grandes fatigas; marchaba á pié en medio de sus soldados con la cabeza descubierta, al sol más ardiente, como al frío más rigoroso; ningún obstáculo le detenía, atravesaba los ríos á nado á falta de puentes ó de barcas.

Su sobriedad era excesiva, comía de todo indiferentemente, sus enemigos no podían negarle esta virtud; y Catón decía que César había conspirado en ayunas la pérdida de la república.

Pero su salud se había alterado en el reposo, y al avanzar en años, sufría alguna vez vértigos que le hacían perder el conocimiento. Se refiere que había padecido de ataques de epilepsia en España delante de Córdoba, y en Africa, ántes de la batalla de Thapsis.

Casi todos los historiadores están de acuerdo al decir que, en el momento en que el Senado le confería nuevos honores en el templo de Venus, él no se dignó levantarse, lo que fué considerado como una afrenta hecha al Senado y al pueblo.

¿Por qué permaneció sentado en aquella circunstancia? Algunos médicos, el historiador Dion-Cassio, el autor del *Diccionario histórico y crítico*, Bayle, dan la explicación de no haberse levantado por temor á un flujo de vientre, á su enfermedad ordinaria, es decir, sobre los vértigos que privan á los que son atacados del uso de los sentidos. Dion refiere el hecho, sin darle gran crédito, mientras Baile le cree muy probable.

Plutarco rechaza esta excusa y supone que los aduladores de César le habían disuadido de levantarse, diciéndole: ¿Olvidais que sois César y que merecis estos honores? Suetonio participa de esta opinión: algunos creían que Cornelio Balbo le retuvo cuando él iba á levantarse, y otros añaden que no solamente él no se levantó, sino que dirigió una mirada severa á Trevacio, al advertirle que se levantase.

Pero César se retiró á pié á su casa, de suerte que fué atribuida á su orgullo la postura que había guardado, á pesar de que él mismo trató de excusarse por la aprensión de ser acometido de vértigos al levantarse de su asiento.

Esta excusa concuerda con la relación de Nicolás de Damas, contemporáneo de Julio César, y admitido más tarde en la familiaridad del emperador Augusto.

En uno de los fragmentos descubiertos en el año de 1849 por M. E. Miller, en la biblioteca del Escorial, que M. F. Didot se apresuró á traducir, el historiador cuenta todos los incidentes de la muerte de César, fragmentos de gran precio, porque, como lo dice su sábio editor, ellos nos muestran en Nicolás de Damas un historiador, que al don de la elocuencia, une el conocimiento de los hombres y de los negocios.

«Sus amigos, dice la historia de Damas, influidos por algunos malos presagios, quisieron impedirle, y sus médicos mismos de ir al Senado, inquietos por los vértigos que acababan de atacarle de nuevo, pero la fatalidad es poderosa: César fué al Senado.»

Suetonio, Appiano y Damas, refieren los más leves detalles de la catástrofe.

Los conjurados se agruparon alrededor de César, para unir sus ruegos á la solicitud de Tullio Cimber, que le pedía la vuelta del destierro de su hermano. Cimber, llegó cerca de César, que tenía sus manos bajo su toga, le asió por ella con vigor, impidiéndole valerse de sus brazos y de ser dueño de sus movimientos.

Servilio Casca, levantando su espada (la espada romana era corta y ancha) quería herir á César en el cuello, pero en su turbación, su mano se extravió, y al levantarse César para defenderse, entonces Casca en su agitación, exclamó: ¡A mí, hermano mio! Y éste, dócil á la voz de su hermano, se pultó su acero en el pecho de César.

Desde este momento, por el tumulto, la confusión y el encarnizamiento de más de sesenta conjurados, fué imposible distinguir quién hería el inanimado cuerpo del dictador, que exhaló su alma por sus treinta y cinco heridas.

El vencedor de Pompeyo en Farsalia, había caído á los piés de la estatua de Pompeyo, que se estremecería en su pedestal, al ver exánime y sin vida á su glorioso rival. Enigmas misteriosos, coincidencias fatales de los destinos humanos.

El Senado y los asistentes huyeron al ver caer á César, á pesar de las protestas de Bruto, que despues del asesinato había tratado de inspirarles seguridad; la consternacion se difundió por la ciudad.

El cuerpo del Dictador yacía en el mismo sitio cubierto de sangre, sin que persona alguna se atreviera á detenerse cerca de él. En fin, tres esclavos, dice Suetonio, *tres servuli*, le condujeron á su casa en una litera.

Un médico, designado con el nombre de *Antistius*, al examinar el cadáver, vió con sorpresa que de las treinta y cinco heridas que había recibido, la sola que fué mortal era la segunda, dirigida contra su pecho por el hermano de Servilio Casca.

Suetonio dice también que, salvo un gemido arrancado por el primer golpe de espada, él no profró una palabra.

Plutarco asevera que, á la vista de Marco Bruto, avanzando hácia él, exclamó:—¡Y tú también, tú, mi hijo!...

El Damasceno señala la presencia de dos Brutos: el uno, Décimo, lanzó un golpe de espada contra su antiguo general, y el otro, Marco, fué herido en la mano por la desmaña de uno de los conjurados.

Napoleon III se dedicó á escribir la historia de César, aunque no podía existir comparacion posible entre el vencedor de la Galia y el derrotado en Sedan. Quizá fué estimulado por el móvil de la emulacion para competir con el duque de Aumale, que publicó entonces la *Vida del Gran Condé*, que, por cierto, la circulacion de esta obra fué prohibida en Francia por su émulo imperial.

Marco Bruto, descendiente del famoso Bruto que destruyó la monarquía de Tarquino, era de irreprochables costumbres, aficionado personalmente á César, hijo suyo, segun la opinion general, pero yerno de Caton, y amante de la libertad de su patria. Bruto fué el alma de la conjuracion, con su amigo Casio.

El gran Caton se había dado la muerte con su espada en Utica, antes que rendirse á César, que entró vencedor en Utica.

El cónsul Marco Antonio pronunció un discurso en las exequias de Julio César, que excitó el entusiasmo público á su favor y su odio contra los conspiradores. El cadáver de César fué quemado en una pira, á la que los ciudadanos y las mujeres de Roma arrojaron sus joyas y galas en testimonio de dolor.

Pero Marco Antonio, con sagaz disimulo, fingió reconciliarse con Marco Bruto y dió el mando de las escuadras á Sexto Pompeyo, aparentando tomar medidas pacíficas y conciliadoras.

Cuando Octavio, sobrino y heredero de Julio César supo la muerte de su tío, abandonó á Grecia, donde seguía sus estudios, y se presentó en Roma para recibir los homenajes del Senado y de los jefes del ejército. Quiso unirse con Marco Antonio, que tenía el mando de las legiones bajo el pretexto de hacer la guerra á los getas que habían invadido la Macedonia.

Bruto y Casio levantaron tropas en Asia. Octavio y Marco Antonio, despues de haberse declarado enemigos, se unieron, constituyendo con Lé ido un triunvirato; la magistratura suprema, que proscribió á los más ilustres repúblicos, y Roma presentó el espectáculo horroroso de las más sangrientas venganzas.

Cicerón, el grande orador, fué asesinado en un bosque donde se había refugiado.

Los proscriptos que pudieron salvarse, volaron á Smirna á unirse al ejército de Casio y Bruto. Marco Antonio y Octavio marcharon contra ellos, y los dos ejércitos contrarios se encontraron junto á Filipos, ciudad de la Tracia.

Octavio, enfermó á la sazón. Ó fingiendo que lo estaba, no asistió á la batalla. Bruto y Casio juraron quitarse la vida, si eran vencidos, y los dos sancionaron su juramento.

Casio, al ver sus tropas vencidas, se dió la muerte. Bruto venció á las de Octavio, pero Marco Antonio atacó sus huestes de flanco y las puso en desorden.

Bruto, despues de haber peleado con heróico valor, se arrojó sobre la punta de la espada de uno de sus amigos, que accedió á sus deseos apartando el rostro, y pereció el último de los repúblicos.

La cabeza de Bruto fué colocada á los piés de la estatua de César. Porcia, mujer de Bruto, hija de Caton, se quitó la vida tragando carbones encendidos.

Así murió la gran república romana. Octavio distribuyó á sus soldados las tierras que les había prometido, despojando á sus dueños que vagaron miserablemente por Italia, pidiendo pan y un asilo.

El poeta Virgilio fué el único que conservó su hacienda, pero pronto fué desterrado de Roma.

Despues de haber decretado nuevas proscripciones, los tiranos triunviros se repartieron el imperio del mundo.

Octavio imperó en Roma, Lépido en Africa y Marco Antonio en Oriente.

Los romanos dejaron de apreciar las virtudes modestas de los primeros siglos; el deseo de enri-

quecerse fué la pasion dominante, á la que sacrificaron el amor y el interés de la patria.

La preponderancia del poder militar estableció el despotismo del imperio.

EUSEBIO ASQUERINO.

LOS ESTADOS-UNIDOS DE COLOMBIA Y SUS HOMBRES.

La preferencia que damos en nuestra publicacion á los asuntos ultramarinos, y más especialmente á los que se desenvuelven en las repúblicas hispano americanas, no nos permiten dejar de registrar un hecho trascendental, recientemente ocurrido en Bogotá, capital de los Estados- Unidos de Colombia.

El Sr. D. Filemon Buitrago, actual Encargado de negocios de Colombia en esta córte, muy ventajosamente conocido en los círculos literarios, nos lo da á conocer en un bien escrito artículo publicado en *La Ilustracion Española*.

El Sr. Buitrago da cuenta en su artículo de la muerte del doctor Francisco Javier Zaldúa, Presidente de la República, querido y respetado por todo el mundo, porque él á su vez, en el desempeño de su elevada magistratura, supo considerar y respetar el derecho de todos.

Con los acontecimientos y la historia de Colombia á la vista, nos proponemos ampliar el artículo del Sr. Buitrago, diciéndoles algo á nuestros abonados sobre el estado de los asuntos de Colombia y sobre sus hombres.

Colombia es, tal vez, el Estado latino que mejor uso sabe hacer de sus libertades.

No há mucho tiempo (1868) el general Mosquera, llamado al poder por sus muchas simpatías, especialmente en el ejército, tuvo la audacia, en una arenga dirigida á sus soldados en la plaza de Bogotá, de decirles algo parecido á aquello de *'Etat c' est moi*.

A pesar de disponer de la fuerza, el Congreso no se intimidó y le exigió rindiase sus cuentas en la cuestion de Hacienda. Mosquera hace prender á su Presidente Murillo, y el Congreso cede, por un plazo bien corto, pues, poniéndose á la cabeza de la contra-revolucion el vice-presidente Acosta, la lleva á feliz éxito sin derramamiento de sangre, triunfando el derecho y la justicia.

Desde el año citado de 1868 hasta el de 1876 la paz pública en Colombia solo fué alterada por pequeños chispazos revolucionarios en algunos Estados, de carácter enteramente local; durante este lapso de tiempo fueron presidentes de la República el general Santos Gutierrez, militar de gran prestigio en el país, el general Eustorgio Salgar, el Dr. Manuel Murillo, el Dr. Santiago Perez y el Dr. Aquileo Parra, hombres todos pertenecientes á la escuela liberal y de grandes merecimientos.

Distinguióse el período ejecutivo del general Salgar, durante el cual hubo completa calma en el país y se iniciaron y llevaron á cabo importantes mejoras de todo género.

En el año 1876 el partido conservador se alzó en armas contra el régimen imperante, y Colombia se vió inundado de soldados, que en número de cerca de 80.000 reunieron los dos partidos; la lucha fué reñida, pero de corta duracion, dando por resultado el triunfo del partido liberal, uno de cuyos caudillos, el general Julian Trujillo, fué elegido presidente en 1877; su período fué de paz, y desde esa fecha no se piensa más que en el engrandecimiento del país; en unir unos pueblos á otros, en destruir la poderosa obra de la naturaleza con el poder y la iniciativa del hombre, cuando los hombres no piensan en destruirse entre sí.

Una red de ferro-carriles pone en comunicacion el valle del Cauca con el Océano Pacífico juntando en intereses morales y materiales á dos millones de hombres, de Cundinamarca, Boyacá, Santander y Antioquia.

A las transformaciones políticas de los pueblos, se suceden las materiales, como no puede ser por menos, y á las oligarquías militares se suceden poderes racionales, y éstos traen consigo la paz y la prosperidad.

Varios presidentes civiles han pasado en pocos años por el poder en los Estados- Unidos de Colombia; ninguna perturbacion se ha señalado ni en la caída ni en la elevacion al poder. Este es el hecho trascendental que registramos, primero porque desde luego acusa un progreso político en los colombianos, y segundo, porque llevando consigo la paz, viene inmediatamente la prosperidad del país.

Al encargarse del poder el Dr. Zaldúa, decia, despues de mil excusas:—«Puesto que la patria lo exige, ahí le entrego mi nombre, mi tranquilidad y mi vida, como el último sacrificio que hago en sus aras, porque creo que la presidencia es com- pañera de la muerte para mí.»

¡Triste vaticinio! ¡El noble anciano bajaba al sepulcro á los nueve meses de ejercer la primera magistratura en Colombia!

En otros tiempos, en otros Estados, lo mismo en las monarquías europeas que en otras repúblicas americanas, antes, tal vez, de exhalar el último suspiro el moribundo, se habrían fraguado los complots, las tenebrosas conspiraciones de las parcialidades políticas para escalar el poder, no por cierto por el derecho moderno, sino por el derecho de la fuerza, ensangrentando el féretro del finado y el capitolio del César.

Bogotá y los colombianos, ante el dolor que les producía la pérdida de tan ilustre patricio, no tu-

vieron otras manifestaciones que las del sentimiento; y despues, cuando ya estaban frios los respetables despojos que lloraban, se ocuparon de la cosa pública; de sustituir la pérdida irreparable con otro honrado ciudadano, y con arreglo al más estricto derecho constitucional y con la prudencia que da la fria razon, se elevó al poder como primer magistrado de la nacion colombiana á D. José Eusebio Otalora, sin que esto haya sido motivo del más leve disgusto, ni que manchara su noble investidura hecho alguno sangriento.

Ahora bien; cuando los pueblos saben hacer tan buen uso de sus libertades; cuando el poder y la iniciativa del hombre cambia en lo material, el aspecto de los pueblos, los acerca los unos á los otros, transforma su geografía, varía la corriente de sus rios, abre los istmos, juntándose aguas y especies, que por largos siglos han estado divorciados; ante hechos de tanta trascendencia para el bienestar de la humanidad, cumple á la prensa tomar su parte en ese magnífico concierto del mundo moderno, y llevar tan gratas nuevas de polo á polo, congratulándose esta Revista en no ser la última que coopere á los fines expuestos.

Si pueden tener importancia estos hechos en extrañas razas, ¿cómo no los han de tener para nosotros? Sí; los colombianos no pueden sernos indiferentes, como ningun Estado de la América latina. Allí está nuestro Dios, nuestras glorias, nuestra sangre, todo cuanto puede constituir la familia.

Ante la perspectiva de un cambio geográfico en Panamá, cuantos acontecimientos tengán lugar en Colombia tienen un interés de primer orden para la familia española del viejo continente, y bien hace el Sr. Buitrago en ponernos al corriente de lo que allí pasa con su elegante y castiza pluma; él cumple con un deber que su posicion le impone; pero más vemos en él al patricio, y al que con notable ingenio cultiva las letras en la sonora lengua de Cervantes, de Andrés Bello y de Caro.

Vamos á concluir tan agradables noticias con un hecho de mucha significacion, tanto para dar valor á nuestras impresiones, cuanto para hacer notar las consecuencias trascendentales que el hecho en sí encierra.

Venezuela y Colombia sostienen, desde tiempo inmemorial, un ruidoso pleito sobre la demarcacion de sus límites. Varias veces estuvieron á punto, que la antigua Nueva-Granada viniera á las manos con la antigua Capitanía General de Caracas.

Midiendo las consecuencias de una guerra asoladora, tuvieron el buen acuerdo de someter la querrela ante un árbitro, hermosa conquista del derecho moderno.

El árbitro elegido, fué el rey de España. Sensatez y lógica acusa el procedimiento y la eleccion, pues, ¿quién mejor que el padre puede intervenir, con la más estricta justicia, en las diferencias que pueda haber entre dos hermanos? Además, en España radican todos los antecedentes que pueden ilustrar la cuestion, y de sus archivos brotará la justicia.

El caballero Holguin, Ministro de Colombia acreditado cerca del rey de España, al abandonar la villa y córte de Madrid lleva las seguridades más inequívocas de las simpatías que merecen siempre en España hombres tan distinguidos y de los talentos que concurren en el diplomático colombiano.

CÉSAR VALCÁRCEL.

MIGUEL LUPI.

I

El telégrafo primero y la prensa portuguesa despues, nos ha traído la infausta nueva de haber muerto en Lisboa, el día 26 de Febrero, el ilustre profesor y notable artista Miguel Angelo Lupi, víctima de una profunda afeccion al hígado.

Era Lupi el verdadero representante de esa modesta pléyade de artistas portugueses que vincularon en la historia de este país los hombres tan eminentes como Christino y como Annunçiação. Sentía, como éstos, Lupi, entusiasmo por lo bello y por lo grande, y rendía también, como ellos, un riguroso culto al arte en sus más rigurosas expresiones por el tradicionalismo clásico. Y es que Lupi, como Rafael, como Murillo, como Zurbarán, era verdadero creyente y comulgaba con las fórmulas de una escuela, y sin pretensiones de maestro, humilde y modesto, seguía su camino, seguro de llegar por él al destino que tienen los grandes artistas.

II

Lupi nació en Lisboa en 1827. Fué desde bien niño discípulo distinguido de la Academia de Bellas Artes de Lisboa, donde ganó los primeros premios en todas las asignaturas.

Interrumpiendo un día sus estudios, porque la vida del arte no le daba lo suficiente para atender á las necesidades de su existencia, logró sentar plaza de empleado público, entrando en la vida burocrática como escribiente en el Tesoro público, de donde salió para Ultramar con un empleo en la aduana de Loanda, destino que sirvió tres años, regresando á Portugal más pobre que á su partida para allende los mares, y dedicándose enton-

ces á la vida del artista, consagrándose todo él á la pintura.

Su primer obra, por aquella época, fué el retrato de Don Pedro V, que no eran malos comienzos para iniciar lo que podía esperarse de su autor, si, tiempo andando, lograba con el estudio y la aplicación los progresos que eran de esperar. La obra de Lupi fué muy celebrada y Don Pedro V concedió á su autor una modesta pensión, que le permitió pasar en Roma estudiando tres años ó poco más.

Y allá en Italia, la cuna del arte y la patria de Rafael y Miguel Angel, inspiraron al artista portugués en los secretos misteriosos del génio. Los cuadros de la galería del Vaticano, como los de las galerías de Farnesio, los que estudió en el palacio de *Cappo di Monti*, en Nápoles, como los que copió más tarde en Florencia y Milan, hicieron el corazón de Lupi y le dieron también á su cerebro los fantásticos ensueños que tantos poemas inspiraron á los pintores italianos del siglo XV y XVI. Porque Lupi, como todos los artistas de los pueblos meridionales, fué muy dado á soñar, y en sus primeros años, su vida era una pura fantasía. Así sus primeras obras fueron místicas, y cuando en la edad más dura entró en la vida real, se dedicó á la pintura histórica, quizás por ser la más lucrativa en estos tiempos. Cuando regresó de Italia ya era Lupi un consumado pintor.

III

Su mejor obra, apenas se estableció en Lisboa, se la inspiró el drama del inmortal Garrett, denominado *Fray Luis de Souza*. Era un cuadro encantador por su ejecución, y representaba el *Regreso del peregrino*. El asunto era acertado por la popularidad del drama de Garrett, en todo Portugal.

A la sazón que presentaba esta obra Lupi, ó poco despues, en 1864, era nombrado profesor interino de la cátedra de pintura histórica en la real Academia de Bellas Artes de Lisboa, logrando serlo en propiedad cuatro años más tarde, en el de 1868.

Grandes fueron los servicios prestados por este artista, no solo en la enseñanza dada á sus discípulos, si que también por varias comisiones que el Gobierno le confiara, donde dió muestras elocuentísimas de su brillante talento, de su patriotismo y del amor que profesaba al arte.

En los ratos que le quedaban libres su cátedra, que no eran muchos, se consagró todo él á la pintura: sus cuadros de asunto histórico, sus retratos, sus copias del natural, son algunos de ellos notables. Citaremos algunas de estas obras.

El *Tintoretto retratando á su hija difunta* (de la galería del rey Don Luis), y *El aprendiz de picapedrero* (galería del conde de Daupias), los retratos de los reyes Don Luis y Don Fernando, y el del duque d'Avila, son sorprendentes. Las cabezas, sobre todo, agradan por la valentía como están pintadas, y el colorido de los tonos en general, que no pueden darse mejores; el retrato del eminente poeta vizconde de Castilho, el de la joven marquesa de Fayal, el del conde de Castro, el de nuestro querido amigo el literato Bulhão Pato, los de las vizcondesas d'Abregada, de Geraz de Lima, el del vizconde de Penalva d'Alva, y otros muchos que están esparcidos por los salones aristocráticos y las galerías de particulares del vecino reino, son de gran valor por su buena ejecución. No es Goya, claro es, porque este fué el maestro en esto de pintar retratos; pero los de Lupi pueden ponerse al lado de los de Madrazo, y algunos de ellos con los de D. Vicente Lopez. Porque Lupi se conoce que copió mucho, estudió más que lo común entre sus contemporáneos, y llegó á tener tonos muy naturales, y dió á sus carnes tales colores, que parecían á las que pintaba el ilustre sevillano Gutierrez de la Vega, el viejo.

IV

Pero veamos lo que era Lupi en los cuadros de composición. En este género, una de sus obras más notables es el cuadro *Las lavanderas*, que fué expuesto en la *Exposición* de París de 1867, donde lo adquirieron á buen precio, como todos los demás que expuso Lupi, por un rico coleccionista inglés.

También presentó sus obras en la *Exposición* internacional de Porto, recibiendo por ellas un premio, como obtuvo medalla de primera clase en la penúltima *Exposición* de Bellas Artes verificada en Madrid, por su notable cuadro *Amor maternal*. En la *Exposición* portuguesa de Rio-Janeiro, en 1879, fué asimismo premiado con la de primera clase, por su cuadro *La educación*. Ya se comprende que, cuando en todos estos certámenes recibía Lupi la primera recompensa al génio, sus obras figuraban en primera línea y su nombre podía registrarse entre el de los mejores artistas de estos tiempos. Porque sus cuadros *Las lavanderas*, *El amor maternal* y *La educación*, justificaban el nombre de un artista por su ejecución, su colorido y la inteligente manera como estaban agrupados, que todas estas circunstancias son precisas en toda buena obra pictórica.

Pero, indudablemente, el cuadro mejor de Lupi, en el que puso todo su orgullo de artista, era el que pintaba para el salón de sesiones de la Cámara Municipal de Lisboa. En Noviembre anterior vemos esta buena obra, en ocasión de visitar el edificio, que estaba terminándose.

Nos presentaba á Lupi, el eminente periodista José Cypriano da Costa Goodolphin.

Era Lupi una persona simpática, de rostro afable y de mirada penetrante. Su cabello, un poco rebelde y ensortijado, era, como el de su bigote, casi blanco, por los cincuenta y cinco años que contaba. Era alto, de fuerte contextura, labios gruesos y entreabiertos. No tenía fácil palabra, y con maneras finas y agradables, trataba de complacer y hacerse simpático á la primera vista.

Así nos fué presentado á nosotros aquella tarde que le conocimos, cuando nos enseñaba su obra, que habia de ser la última suya. Representaba al marqués de Pombal, rodeado de los hombres más eminentes de sus tiempos, en el acto de presentarle el plano general de reedificación de Lisboa, en la parte que habia destruido, en 1755, el terremoto del 30 de Octubre.

Contaremos, ántes de proseguir la reseña de la obra de Lupi, la historia que dá origen á su cuadro, tal como la refiere un escritor contemporáneo, nuestro inolvidable amigo Fernandez de los Rios, en su libro *Una semana en Lisboa*.

V

«El primero de Noviembre de 1755,—dice,—á las nueve y cuatro minutos de la mañana sintióse en todo Lisboa un ruido subterráneo, débil primero, más marcado luego, que iba en aumento con terrible intensidad.

De pronto el suelo accidentado de esta gran ciudad comenzó á temblar; la tierra se conmovió hondamente: los valles de la ciudad se convirtieron en cerros, los cerros en valles; abriéronse enormes grietas por las cuales desaparecían las casas, rodeadas de un humo envuelto en nubes de polvo que oscurecía la atmósfera, y alzóse un concierto de gritos de dolor y desesperación, que servía de horrible coro al espectáculo de aquella inmensa catástrofe, la mayor que registra la historia de los pueblos, desde la desaparición de Pompeya y Herculano.

El primer temblor de tierra duró siete minutos, y fué seguido de otros muchos, ménos prolongados y violentos. Durante ellos, los edificios que habian logrado sostenerse en pie eran presa de las llamas, que se comunicaban de unos á otros devorando palacios y barrios que habian desafiado la acción destructora de los siglos, mientras que, saliendo furiosas de su lecho las turbulentas aguas del Tajo, amenazaban tragar lo que restaba de la ciudad, contra la cual parecieron conjurarse á un mismo tiempo la tierra, el fuego y el agua.

Calculábase en 10.000 el número de las personas que murieron, y entre los edificios notables que desaparecieron, se encuentran la basílica de Santa María, la rica Patriarcal, la iglesia de San Antonio, el Palacio de Justicia, el de los Ministros, el Arsenal, la casa de la India, la Aduana, los almacenes de Vedoría, los palacios de Lafões, Cadaval, Aveiro, Marialva, Tavora, Fronteira, Valenza y Lourizal; las bibliotecas real de Lafões, del convento de Santo Domingo, de Lourizal, de Magalhaes, y en fin, el palacio real.

Por espacio de medio año, continuó la tierra sufriendo numerosas sacudidas, motivos repetidos de alarma para una población donde la miseria, el hambre, la epidemia y el pillaje, consecuencias de la horrible calamidad pasada, parecían encargarse de completar la obra de acabar con Lisboa.»

Tal era la situación de Lisboa despues del terremoto. El Tajo contribuyó más que nada á la destrucción de la ciudad más pintoresca que tenia la Península. Siempre ha sido temido el Tajo cuando

Levanta hinchado el mar en turbio espacio
en negras olas y movibles montes,
cuando vestidos de tonantes nubes,
braman los encontrados aquilones.

como dice Angel Saavedra en su *Moro Expósito*.

VI

El cuadro, pues, de Lupi, representa el acto en que el regenerador de Portugal, el ilustre marqués de Pombal, intentaba la restauración de Lisboa, destruida en sus mejores edificios por el terremoto de 1755.

Aparece el marqués examinando los planos, y discuten sobre ellos los personajes de sus tiempos. En el centro del cuadro, á cierta distancia, aparece el busto del rey Don José I, monarca inteligente que prestó su concurso y aprobación al marqués, su ministro universal.

La ejecución de esta obra es buena en conjunto; sus tonos generales muy combinados, y los personajes resultan retratados con exactitud. Es, por tanto, un cuadro histórico, como pudieron comprobar los que le vieron cuando estuvo expuesto en la Cámara Municipal, en ocasión del centenario pombalino.

En estos últimos días Lupi se ocupaba de darle los últimos toques. El pintor consideraba este cuadro como su mejor obra, y pensaba mandarlo á París para presentarlo en la *Exposición* artística del año actual. La muerte vino á estorbar estos proyectos, y el malogrado pintor portugués no ha podido conocer el juicio que la crítica extranjera habia de dar sobre su trabajo, que será la obra principal de su propia glorificación.

Y, sin terminar aún el cuadro, la Cámara Municipal lo ha mandado colocar en el salón de sesiones, para honrar así al génio que lo creara.

VII

Lupi murió teniendo á su lado al mejor de sus amigos: el eminente escritor Bulhão Pato, alma de poeta, génio de artista, siempre entregado á las expansiones de la amistad y á los cariños de sus contemporáneos. Pocos momentos antes la ciencia se declaró impotente para salvar al ilustre enfermo, y pronunció entonces la sentencia irrevocable. Bulhão Pato quedó al lado del lecho del artista, velando su sueño eterno, interpretando así la suerte del poeta que, como el sacerdote católico, recibe al que nace, y despide al que rompe esta cárcel estrecha y se escapa con los que moran en la otra vida.

Dos artistas distinguidos, amigos queridos de Lupi, se veían poco despues al lado del cadáver: Santos haciéndole la mascarilla, y Figueiredo pintando una acuarela.

VIII

Al siguiente día tenia lugar la conducción del cadáver al cementerio dos Prazeres.

Literatos y artistas, diputados y senadores, industriales y banqueros, todo lo más selecto que Lisboa cuenta en sus grupos sociales, rindieron aquel día tributo merecido al hábil pintor.

La Academia de Bellas Artes, con todos los profesores y discípulos, depositaron una corona sobre la caja, despues otra, y otra...

El profesor Sousa Viterbo pronunció la oración fúnebre en el cementerio, y todo acabó, como la muerte acaba con todos los seres: dejando el silencio y la soledad al lado de los que fueron, para que aquí, los vivos, celebremos siempre las glorias de los génios, la valentía de los héroes y la virtud de los mártires.

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.

LA CUESTION DE LÍMITES.

II

En un primer artículo publicado en el número anterior hemos refutado, á nuestro juicio victoriosamente, las ocho conclusiones en que el baron Aguiar de Andrade ha resumido su extensa contestación al Dr. Viso sobre el pleito de límites argentino-brasilero.

Pero en ese resumen de sus argumentos más sustanciales, ha omitido un punto del párrafo cuarto, que reclama de nuestra parte un singular y detenido comentario.

Ese punto se condensa en la siguiente conclusión:

«Que el tratado preliminar de límites concluido entre los dos soberanos el 1.º de Octubre de 1777, fué anulado por la guerra que sobrevino en 1801 entre España y Portugal, y que no habiendo sido restablecido por el tratado de paz firmado en Badajoz el 16 de Junio del mismo año, aquel tratado no está vigente.»

Cualquiera que no conozca los montajes sobre que los diplomáticos brasileros hacen rodar esta cuestión, se sorprenderán de las originales teorías en que fundan los alegados derechos de su país.

No bastaba que unos y otros, como ya hemos dicho, sostuvieran la validez del tratado caduco de 1750 y de la demarcación de 1759, ejecutada en contravención de las más claras instrucciones.

No bastaba que el señor baron á quien contestamos, declarase que él sabia perfectamente, lo que el Dr. Irigoyen le opuso á sus pretensiones.

«Que una convención ó un tratado carece de fuerza obligatoria, cuando no ha sido ratificado y cangeadas sus ratificaciones por los Gobiernos signatarios.»

No bastaba eso para que, comprometiendo su seriedad, hiciera un argumento á favor de la validez del proyecto que lleva la fecha de 14 de Diciembre de 1857 y que no se ratificó.

No bastaba eso. Era preciso que sobre tantas nulidades, erguidas para defender los llamados derechos del Brasil, se tratara de excluir el único pacto vigente, la única ley que debe observarse en la solución de esta diferencia.

Tal es el tratado de 1777, cuyas estipulaciones fueron espresamente aseguradas contra todas las eventualidades posibles, por el artículo 3.º del de Amistad, Garantía y Comercio, ajustado entre las coronas de España y Portugal el 24 de Marzo de 1778, que dice: «Con el propio objeto de satisfacer á los empeños contraídos en los antiguos tratados, y demás á que se refieren aquellos y que subsisten entre las [dos Coronas, se han convenido SS. MM. católica y fidelísima, en aclarar el sentido y vigor de ellos, y en obligarse, como se obligan, á una garantía recíproca de todos los dominios en Europa é islas adyacentes, regalías, privilegios y derechos de que gozan actualmente en ellos; como también á renovar y revalidar la garantía y demás puntos establecidos en el artículo 25 del tratado de 13 de Enero de 1750, el cual se copiará á continuación de éste, entendiéndose los límites que allí se establecieron con respecto á la América Meridional, en los términos estipulados y explicados últimamente en el tratado preliminar de 1.º de Octubre de 1777, y siendo el tenor de dicho artículo 25 como sigue:

«Para más plena seguridad de este tratado, convinieron los dos altos contratantes de garan-

»tirse recíprocamente toda la frontera y adyacencias de sus dominios en la América Meridional, »conforme arriba queda expresado, obligándose »cada uno á auxiliar y socorrer al otro contra »cualquiera ataque ó invasión, hasta que en efecto »quede en la pacífica posesion y uso libre y entero »de lo que se le pretendiese usurpar... entendiéndose que por lo que toca al interior de la América Meridional, será indefinida esta obligacion »y en cualquier caso de invasión ó sublevacion, »cada una de las dos coronas ayudará y socorrerá á la otra hasta ponerse las cosas en el estado »pacífico.»

Terminantes y explícitas son las palabras con que los soberanos quisieron asegurar al tratado de límites de 1777, la más inconvencible perpetuidad.

Pero si esto no fuera suficiente; si la voluntad de los reyes no bastase para mantener en vigor sus estipulaciones, quedaria siempre el derecho público, los principios reconocidos por las naciones para gobernar esta clase de controversias, y la opinion autorizada de los tratadistas que los confirman.

La caducidad de los tratados, las causas por que espiran los compromisos internacionales, es uno de los temas que han preocupado á los publicistas, porque nada hay más interesante en las relaciones de los pueblos.

Hay tratados que fenecen por la sola declaracion de guerra, como son los de paz; y hay otros que, como los de límites, sobreviven á todos los cambios en el estado de las relaciones políticas y sólo pueden variarse por nuevas estipulaciones, ó sea por un nuevo tratado.

En este caso se encuentra el ajuste preliminar de 1777. Como tratado de concesiones recíprocas y de fijacion de fronteras, no ha podido ser anulado por ningun hecho, y nada, fuera de un nuevo acuerdo entre los sucesores de España y Portugal en estos dominios, podria variarle en la actualidad.

La jurisprudencia y la doctrina están al presente en armonía sobre este punto: que la guerra no cancela todos, sino una determinada clase de tratados. Hay tratados, que suspensos durante la guerra, reviven luego sin necesidad de acuerdo expreso, dice un estimable tratadista americano. Tales son, agrega, los de cesion, límites, cambios de territorio y en general todos aquellos que establecen derechos que no pueden derogarse tácitamente.

Una decision histórica de la Suprema Corte de los Estados-Unidos, ha confirmado la doctrina del publicista citado. Segun aquel tribunal, la cancelacion de los pactos existentes por la guerra no puede mirarse como una regla universalmente verdadera, no obstante la generalidad con que los publicistas la sientan.

Cuando en los tratados se conceden derechos de propiedad territorial, ó cuando sus estipulaciones se refieren al estado mismo de guerra (como sucede en el artículo 3.º que dejamos trascrito), sería contra todas las reglas de legitima interpretacion el suponer que tales convenios caduquen por el solo hecho de sobrevenir hostilidades entre los contratantes. Si así fuera, decia la Corte, hasta el tratado de 1783, que demarcaba el territorio y reconocia la independencia de los Estados-Unidos, habria perecido por la guerra de 1812, y el pueblo americano habria tenido que pelear otra vez por ambos; suposicion tan monstruosa no es necesario impugnarla.

«La Corte, en conclusion, declaró que los tratados en que se estipulaban derechos permanentes y arreglos generales que envuelven la idea de perpetuidad, y se refieren al estado de guerra como al de paz, no caducan si no se suspenden, cuando más, por la guerra; y á ménos que se renuncien ó se modifiquen por nuevos pactos, reviven luego por la paz.»

Si tales son los principios que sostienen los publicistas, de acuerdo con las prácticas de las naciones más poderosas, no podemos admitir, ni admitirá el país, la teoría *ex catedra* asentada por el Sr. Aguiar de Andrade, que el tratado de límites concluido en 1777 por los soberanos de España y Portugal fué anulado por la guerra que sobrevino en 1801 entre los dos Gobiernos.

Todavía si esa guerra hubiera tenido por causa el tratado mismo que se pretende cancelado por ella, sería objeto de una particular discusion, desde que un nuevo convenio no lo hubiera reemplazado por otro, si hemos de considerar que aquellas estipulaciones se encontraban garantidas por un pacto independiente y por una cláusula expresa en el tratado de 1778.

Pero ni las causas de la guerra de 1801 se relacionan con los tratados de límites y sus garantías en América, ni fué la América teatro de combates y ocupaciones militares en el corto período que duraron las operaciones, como lo vamos á demostrar con la historia.

No fueron rivalidades entre España y Portugal las que encendieron la guerra.

Fueron los intereses de la política de Bonaparte que dominaba en el Gabinete español, y las tóxicas resistencias de Inglaterra, que influía en la corte portuguesa, los que la precipitaron.

Lo que pretendia la Francia por el tratado de Madrid de 29 de Enero de 1801 (artículo 2.º), era que Portugal se apartase totalmente de la alianza de Inglaterra y que abriese todos sus puertos á los navios franceses y españoles, prohibiendo que

entrasen en los mismos los buques de la Gran Bretaña.

El Portugal no quiso aceptar estas proposiciones, y como su negativa contrariaba los planes continentales del primer cónsul, la España fué obligada á declararle la guerra, como lo efectuó sin dilacion el 27 de Febrero siguiente.

Un cuerpo de tropas francesas se puso á las órdenes del príncipe de la Paz que dirigió en jefe la campaña.

Las operaciones empezaron el 20 de Mayo, cayendo en poder de los españoles las plazas de Olivenza, Jurumeña, Campomayor y Castel-de-vidé, y continuaron con el mismo mal resultado para los portugueses que perdieron todas sus fortalezas, ménos Yelves, hasta la ribera del Tajo, viéndose obligados por la série de tantas derrotas á pedir la paz y firmar el 6 de Junio el tratado de Badajoz. La guerra sólo habia durado diez y seis días desde que se iniciaron las hostilidades.

Aquello fué una guerra europea y por causas é intereses puramente continentales. Ni la España ni el Portugal estaban directamente interesados en ella, pues su direccion pertenecia al primer cónsul de una parte y á los ingleses de la otra.

Cuando se firmó la paz en Badajoz, la España no opuso otras condiciones que las ya de antemano enumeradas en el tratado de Enero, quedándose con la plaza de Olivenza y devolviendo todo lo demás que habian conquistado sus armas unidas á las francesas.

Así es que esta guerra, ni por sus causas, ni por la misma rapidez con que se ejecutó y terminó, pudo alterar ni modificar el estado pacífico que en esos momentos disfrutaban las colonias del Brasil y Rio de la Plata.

El tratado de Badajoz no mencionó siquiera el tratado de 1777 ni ningun otro de los estipulados por causa de los dominios de una y otra corona en la América del Sur.

De estos antecedentes se deduce, que si no existiera el artículo 3.º del tratado de 1778, declarando perpétuo é inalterable el preliminar de límites; que si la doctrina de los publicistas y las decisiones de los altos tribunales, no establecieran que los tratados de aquella naturaleza no caducan por la supervivencia de la guerra, resultaria, aun en ese caso, que la guerra de 1801, por su teatro, por sus causas, por su carácter meramente episódico en la conflagracion europea, y por los términos del tratado que le puso fin, no podria ser invocada, con razon y con éxito, como causa de nulidad.

Las ocupaciones portuguesas llevadas á cabo en esta parte de América, despues del tratado de Badajoz, son desautorizadas porque no reposan en ningun derecho, ni pueden aceptarse como actos permitidos en la guerra, desde que se realizaron en el estado perfecto de paz.

HÉCTOR F. VARELA.

POETAS VILIPENDIADORES

DE LA MUJER. (1)

El arcipreste de Hita, ese gran pintor del cuadro social de la vida del siglo XIV, que supo estampar en sus creaciones el sello de su carácter y de su fácil, satírico y libre ingenio en aquella época de ignorancia y devocion, dejó escrito para contentamiento de los detractores del sexo bello, que

Toda mujer nascida es fecha de tal masa, lo que más le defienden, aquello antepasa. Aquello la enciende, aquello la traspassa; do non es tan seguida, anda floxa et lasa;

Muy blanda es el agua, mas dando en piedra muy dura, muchas vegadas dando, fase grant cavadura: por grant uso el rudo sabe grant lectura, mujer mucho seguida, olvida la cordura.

Desque una vez pierde vergüenza la mujer, mas diabluras face de quantas ome quier.

Talante de mujeres quien lo podria entender sus malas maestrías e su mucho mal saber! Quando son engendidas et mal quieren fazer, alma, e cuerpo, e fama, todo lo dexan perder.

**

Uno de los poetas granadinos de más buen gusto literario, entre los que florecieron en el siglo XVI, el licenciado Gregorio Morillo, que fué dado á escribir sátiras, á lo que le inclinaba su carácter independiente é observador, y tambien su vivo y agudo ingenio, compuso una contra las mujeres, que puede competir ventajosamente con las que gozan de mayor crédito en la lengua castellana. Véase, para muestra, cómo desahoga su bilis contra ellas:

Solian ser como negros las mujeres: dejábanse engañar con una cinta, ya quieren cascabeles y alfileres.

Ya no vale la presa sin la pinta, que la codicia todo lo atropella, y solo es el dinero esencia quinta.

**

(1) El presente artículo puede servir de complemento al que con el título de *La mujer ante sus detractores*, publicamos en esta *Revista* (número 10 del año 82.)

El vate catalan Mosen Pere Torrella, que cultivó tambien con aprovechamiento el idioma de Castilla en la corte de Alfonso de Aragon, comienza así su famosa incisiva filípica, que tituló *Dezir de la condigion de las donas*:

Quien bien amando persigue dona, á sí mesmo destruye: que siguen á quien las fuye, é fuyen á quien las sigue.

Non quieren, por ser queridas, ni galardonan servicios; mas todas desconocidas, por sola tema regidas, reparten sus beneficios.

Motejándolas de antojadizas, avarientas, disimuladas y aun hipócritas; asegurando que son de naturaleza de lobas en el escojer, en el retener de anguilas y en el rechazar de erizos; observando que apetezen en secreto lo que en público menosprecian, lanza contra ellas la acusacion siguiente

Por non ser poco estimadas de quien mucho las estima, faziendo d'onestat rima, fingen de muchos guardadas. Mas con quien las tracta en son de sentir lo que merecen, sin detener galardón, la persona é coraçon abandonadas ofrescen.

Tambien Cristóbal de Castillejo, poeta muy semejante al festivo hijo de las musas italianas Pedro Aretino, en un *Diálogo que habla de las condiciones de las mujeres*, describió, entre otras cosas, con satírico pincel, el fuego oculto que ardía en los conventos de monjas de su siglo, retraidas por los engaños del mundo, pero combatidas de la agradable memoria de sus deleites, en cuya extensa composicion abunda una gracia y un donaire inimitables, y es menester confesar que ninguno hasta su tiempo poseyó en el grado que Castillejo el arte de hacer ridículo el vicio. Son interlocutores del referido *Diálogo* Aletio, «que dice mal de mujeres, y Fileno que las defiende.» Merecen transcribirse algunos de los fragmentos que nos han parecido más notables.

A. Mas decidme vos agora, En qué fundais vuestra gloria?

F. En el amor y memoria De mi amiga y señora.

A. Ceguedad. Ya que eso fuese verdad, Locura sería dañosa Fundar el placer en cosa En que no hay seguridad.

F. ¿Cómo no?

A. Porque luego que crió Dios la primera mujer, Por su culpa aquel placer Ya veis cuán poco duró.

F. Fué engañada.

A. Es verdad, mas no forzada, Y ella se dejó engañar; De donde para burlar Y mentir quedó vezada.

F. La serpiente Con astucia diligente La hizo ser pecadora. Ella fué consentidora, Y cobró subitamente Mal siniestro

A. Para mal y daño nuestro; Y pues fraude entre ellos hubo, ¿Qué se espera de quien tuvo Al diablo por maestro?

F. Si él callára, Ella nunca le buscára.

A. Puede ser; mas si él no viera Primero quién ella era, Por dicha no la tentára Para mal;

F. Y pues era el principal Adán en aquel vergel, ¿Por qué no le tentó á él? Sino por verle leal Y constante,

..... ¿Qué os parece que valdria El hombre sin la mujer?

A. Lo que deja de valer Por su mala compañía.

F. Pues, ¿qué fuera Del hombre si no tuviera Mujer con quien entenderse?

A. Si eso pudiera hacerse, Mucho mejor se entenderia.

F. Pues si Dios con su sapiencia Las mujeres ordenó, No sin causa nos las dió.

A. Díónsela por penitencia, Y pudiera No criarlas, si quisiera, Y ojalá no las criara, Y á nosotros nos formara De otra materia cualquiera!

F. Sin mujeres Careciera de placeres Este mundo, y de alegría, Y fuera como sería

La feria sin mercaderes.
Desabrida
Fuera sin ellas la vida,
Un pueblo de confusion,
Un cuerpo sin corazon,
Un alma que anda perdida
Por el viento;
Razon sin entendimiento,
Arbol sin fruto ni flor,
.....
A. Bien está;
No habléis mas de eso ya;
Que yo os quiero conceder
Que las hemos menester,
Como otras cosas, acá,
De que usamos:
Bestias en que caminamos,
Animales que comemos,
Alhajas que poseemos
Y casas en que moramos.
Cada cosa
Es más y ménos preciosa,
Segun en su calidad,
Y en nuestra necesidad
Nos puede ser provechosa;
Y en su sér
Tambien tiene la mujer
Lo que todos saben de ella;
Mas no para encarecilla
Como vos queréis hacer;
Que, loada,
Luego queda levantada,
Cobrando nueva locura
Y sale del andadura
En medio de la jornada,
Y tropieza.
En fin, es tan mala pieza
De la haz y del envés,
Que si la echáis á los piés,
Se nos sube á la cabeza.
Es razon
Que sirvan de lo que son,
Como caballos de caza
O como yeguas de raza,
Para la generacion.
.....

Entre las obras de fray Iñigo Lopez de Mendoza, cultivador de la poesía, que floreció en el reinado de los reyes Católicos, merece citarse en este lugar el *Dictado en vituperio de las malas mujeres y alabanza de las buenas*. Como se infiere por la sola lectura del título, consta de dos partes: en la primera expresa en forma de sátira, frecuentemente con notable gracia y donaire, las malas condiciones de ciertas mujeres que, inspiradas por los vicios, la vanidad ó la soberbia, suelen ser perdición del hombre, causa perenne de escándalo y á veces de perturbaciones sociales. Dando á conocer sus afeites, exclama:

Son aquestos el mochuelo
que con los ojos convida
á los tordos que los tomen:
son el cebo del anzuelo
que hace costar la vida
á los peques que lo comen:
son secreta saetera,
dó nos tira Lucifer
con yerba, por nos matar:
son carne puesta en buytrera,
que quien la viene á comer,
escota bien el yantar.
.....

Y aquí damos remate á la trascripción de apuntes en contra de la mujer, prescindiendo de formular opinion propia sobre tan ingrato asunto, temiendo que caiga sobre nosotros el anatema... poético de Suero de Rivera, coetáneo de Mosen Pere y autor de la *Respuesta en defensa de las donas*, que empieza:

Pestilencia por las lenguas
que fablan mal de las donas.

ANTONIO M. DUMOVICH.

FOLK-LORE

EL FOLK-LORE FREXNENSE.

Conocidos son de nuestros suscritores la gran importancia que damos al movimiento folk-lorista que empieza á iniciarse en nuestra patria, y el interés con que seguimos todas sus manifestaciones; nuestros aplausos á la sociedad *El Folk-lore Andaluz*, tan brillantemente fundada en Sevilla por nuestro distinguido amigo el Sr. Machado y Alvarez, y el apoyo, aunque débil, que la prestamos, ofreciendo nuestras columnas á la insercion de sus reglamentos, son buena prueba de cuanto decimos. Por idénticas razones no han de faltar ni nuestro aplauso, ni nuestro modestísimo concurso á una nueva Sociedad de este género, *El Folk-lore Frexense*, segunda asociacion folk-lorista que se crea en España, y que debe su organizacion á la valiosa iniciativa de un distinguido literato extremeño con cuya amistad nos honramos: D. Luis Romero y Espinosa.

Creada esta sociedad como hermana de la andaluza, y obedeciendo á la invitacion que hizo el Sr. Machado y Alvarez á todos los amantes del saber popular, para que organizaran asociaciones regionales encargadas de recoger y conservar á modo de venerables reliquias, los restos y vestigios que el pasado dejó en la memoria de los pueblos, su

fin es el mismo fin que el del Folk-lore sevillano. Como éste las provincias andaluzas, quiere aquel unir las provincias extremeñas en apretado grupo, y pedir á las ciudades, á las villas, á las aldeas, sus cantos populares, sus enigmas, sus adivinanzas, sus acertijos, sus dichos, sus refranes, sus proverbios, sus chanzonetas, sus supersticiones, sus leyendas tradicionales, la opinion que tienen de los fenómenos naturales que diariamente hieren su imaginacion, la creencia en lo relativo á cosas de otro mundo, los cuentos con que entretiene la madre á sus hijos en las veladas de invierno y las coplas de nana con que los duerme en su regazo. Como el Folk-lore andaluz, el Folk-lore frexense aspira á ser el archivo en que se recojan todas esas viejas memorias esparcidas aquí y allá, llegando á formar un conjunto de materiales que sirvan á nuestros hijos para levantar el brillante edificio del saber popular español. No hay que decir si este fin que se propone dicha sociedad es importantísimo y merecerá en un todo nuestras simpatías, ni tampoco si nos habrá causado vivo placer la noticia de la constitucion del Folk-lore frexense.

Una cosa, sin embargo, ha llamado nuestra atencion, y es este calificativo de la sociedad, que no nos parece propio para ella. Folk-lore andaluz, llamaron los sevillanos al suyo, y Folk-lore extremeño debiera haberse titulado el frexense, puesto que quiere ser el representante genuino del Folk-lore en Extremadura y no ha de limitarse, naturalmente, á hacer de Fregenal su único campo de accion. Bueno que para mayor escrupulosidad en la recoleccion de noticias, y para hacer más fácil la tarea, se divida el Folk-lore español en varios regionales; pero no debe, á nuestro juicio, exajarse mucho esta division. No hay que perder de vista que aspiramos á crear el Folk-lore español, y que empezamos creando sociedades regionales para llegar más pronto al fin. Puesto que la ciencia del saber popular nace ahora en nuestra patria, no vayamos á esterilizar y consumir nuestros esfuerzos en vanas puerilidades de amor local. La division regional es ya bastante; no aumentemos la confusion con mayores subdivisiones, que no traerán sino repeticiones inútiles, y mayor suma de esfuerzos para conseguir el mismo resultado.

Apenas constituida la nueva sociedad, ha reconocido la necesidad de fundar una Revista que sea su órgano en la prensa, y al propio tiempo la sirva de precioso archivo en que ir depositando el fruto de su incesante labor. Por si alguna dificultad económica se oponia á la consecucion de tan honrado propósito, un distinguido sócio, el Sr. D. Manuel Velasco y Jaraquemada, marqués de Rio Cavado, se ofreció á costear todos los gastos que la Revista ocasionase, cediendo á la Sociedad las ganancias, en el caso hipotético que llegase á producir algunas. Merced á tan noble desinterés, que no hallamos palabras bastantes para encomiar como en justicia se merece, la Revista, órgano del Folk-lore Frexense, tiene su vida asegurada. ¡Ojalá sea tan próspera y feliz, como nosotros la deseamos!

A la vista tenemos el primer número de dicha publicacion, y no decimos nada de más confesando que lo hemos hojeado con deleite, encontrando en él una doctrina folk-lorista, y un acopio de materiales que acusan gran suma de trabajo y no comunes cualidades para su ordenada recoleccion. Firmes en nuestro propósito de dar á conocer á los lectores de LA AMÉRICA el movimiento folk-lorista en España, vamos á ocuparnos en considerar las materias que constituyen ese primer número de *El Folk-lore Frexense*, sintiendo vivamente que nuestra incompetencia y falta de conocimientos en el asunto no nos permitan hacer de ellas un estudio tan concienzudo como merecen.

Ante todo es digno de notarse por su importancia filológica un estudio que sobre los *Caractéres prosódicos del lenguaje popular extremeño* empieza en este número el distinguido director de la Revista D. Luis Romero y Espinosa. Invitado á ello por el docto filólogo austriaco doctor Schuchardt, cuyo nombre es harto conocido de los folk-loristas españoles, el autor se propone publicar con el título apuntado más arriba una serie de indagaciones que promete rectificar ó ampliar en lo sucesivo, y que puedan servir al sábio extranjero para bosquejar un sumario de *Fonética Extremeña* que ha ofrecido enviar á la naciente Revista, aprovechando los datos, textos ó informaciones que sobre el particular se le remitan. El breve trabajo emprendido por el señor Romero contiene sus observaciones sobre los casos en que el pueblo elide de la pronunciacion algunas letras como la *a*, la *e*, la *i*, ó bien cambia el sonido de otras como la *h* que pronuncia *g* en *ghuerta* (huerta) y *j* en *jablar* (hablar); la *l* que suena *r* en *parma* (palma), *sordao* (soldado); la *ll* en cuyo lugar se usa la *y* en *Castiya* (Castilla), *ayí* (allí); la *r* que en fin de palabra se convierte en una suave aspiracion; la *s* que en el mismo caso que la anterior se aspira fuertemente si la dición siguiente empieza por consonante; la *v* que siempre se deja oír como *b*, y la *z* que cuando es final toma un sonido que se aproxima mucho al de la *j*.

Anotadas estas observaciones *sin parti pris*, como dicen los franceses, y con el sólo objeto de deducir las consecuencias á que hubiere lugar, pueden producir un gran bien para el estudio de la lengua popular ó vulgar de una region determinada, y prueba de ello es el discreto trabajo del Sr. Romero y Espinosa; pero escritas ya con la intencion deliberada de sentar premisas y ver diferencias esenciales y que no existen ni pueden existir entre dicho lenguaje vulgar y el castellano, para dar á aquel patentes de dialecto, dejan, naturalmente, de producir tan felices resultados y quitan la afición á este género de investigaciones. Y tal es lo que pasa al autor de otro artículo titulado *Lenguaje vulgar extremeño*, el cual se oculta modestamente tras unas iniciales puestas al pié de su trabajo. Pretende éste, sin duda alguna, declarar la region extremeña en cantón independiente, — filológicamente hablando — y para probar que el extremeño es todo un dialecto, exagera la pronunciacion de las letras, altera la construccion de las frases, y traduce despues el extremeño hablado por los campesinos frexenses al castellano que hablan los académicos, cuando lo lógico y razonable hubiera sido solamente traducirlo al lenguaje que hablan los campesinos castellanos. No habria que esforzarse mucho

para demostrar con los mismos argumentos que los que hablan mal el castellano hablan otro idioma distinto. Y no se necesitan grandes conocimientos en la materia para probar lo que decimos.

Que la pronunciacion está exagerada lo dice claramente la simple lectura de una frase cualquiera: personas nacidas y criadas toda su vida en algunos pueblos de Badajoz, se han extrañado al leer la frase: *ejtá pa lialaj: ejtaba mulo: cuando ejtamaj maj ejcuidiaaj maj da er patatuj, maj quamoj tiesoj*. Y la misma libertad que en la pronunciacion figurada se observa en la traduccion: véanse, sino, dos trozos de esta:

No semoj naina: Cuando ej No somos nada. Cuando
tamos maj ejcuidiaaj maj da nos encontramos en nuestras
er patatuj, maj quamoj tiesoj glorias enfermamos, nos sor-
y... chanfli! prende la muerte, y... adios!

Con traduccion tan libre, puede probarse cualquier cosa. Pero esa frase no la traduciría así un castellano, sino de este otro modo: *No semos ná Cuando estamos más escuidiaos mos dá er patatús, nos queamos tiesos, y... adios; ó chanfli*, como quiera el articulista. Traduciéndolo así ya se vé que no son tantas ni tan grandes las diferencias.

Y son tanto más de sentir estas exajeraciones en que ha incurrido el Sr. M. R. M., cuanto en otro trabajo se nos presenta inteligente y lleno de fé y buena voluntad describiendo una fiesta popular de Burguillos, sumamente curiosa y en alto grado interesante para los folk-loristas.

Titúlase *El paso de la Santa Cruz* y — como dice muy bien el diligente narrador — es una de aquellas «representaciones religiosas, ó mejor dicho, litúrgico-populares, heredadas de la Edad Media... y que lo mismo que hoy se practican se han practicado siempre, pues el testimonio de tres generaciones asegura que no ha habido en ella ninguna modificación importante.» ¿De cuándo data el origen de esta fiesta? El autor no ha podido averiguar nada en concreto, pero le consta que existia ya, como hoy existe, en el primer tercio del siglo XVII. Mucho sentimos que la falta de espacio nos impida trascribir íntegra á nuestras columnas esta reseña palpitante de vida, y descrita con tal acierto y verdad, que los personajes que en la representacion intervienen parecen tomar forma, y desfilar, no por una calle de Burguillos, sino por delante de nuestra vista: diremos algo de ella, no obstante.

Celébrase en la tarde de cualquier domingo de Mayo, algunas veces en dos barrios distintos, pero más comunmente en la calle llamada de la Piedra. El autor expone así su argumento: «Es una escena dramática que representa la invencion de la Santa Cruz por la emperatriz Santa Elena, y dura todo el tiempo que tardan en cantar sesenta y cinco coplas de cuatro versos, destinadas *ad hoc* y tan antiguas en música y en letra que las más viejas ochentonas aseguran haberlas oído cantar á sus abuelitos; lo cual no impide que, en lo general, sean bastante chavacanas en su forma... las dos aceras de la calle susodicha se cubren de gentes curiosas que acuden á presenciar el espectáculo, no faltando entre ellas remilgadas damas y apuestos galanes que gustan tambien de verlo, ya que en la poblacion escasean otros pasatiempos en que matar un rato de ocio.

Las Mari sabidas del barrio tienen á su cargo la direccion y buena marcha de la ceremonia, y son, por lo tanto, las más diligentes para cuidar de que el público permanezca en las aceras y deje libre el centro de la calle que en aquella ocasion representa el camino desde Jerusalem al Monte Calvario. Los personajes son verdaderamente papeles mudos que se limitan á la accion, movimientos y actitudes, pues el diálogo de preguntas y respuestas se lo dice todo el coro de cantadoras al son del pandero (triangular ó cuadrado), pues es de rigor este instrumento, que no hace otro oficio que el de marcar compases como un tambor de poco sonido... En un extremo de la calle hay una cama donde duerme una niña enferma y hacen guardia dos hebreos vestidos, generalmente, de reclutas españoles. El coro de cantadoras se coloca al otro extremo de la calle y comienza sus canciones mirando hácia la puerta de una casa en donde han colocado una bandera.»

Uno tras otro, y segun lo requieran las coplas del diálogo, van apareciendo los personajes que en la fiesta toman parte, y que son los siguientes: la Señá Mayordoma, que es una muchacha muy bien aderezada y generalmente bastante guapa, que permanece toda la fiesta junto á la cama de la niña enferma, tan grave y oronda — dice el autor — que no hay quien la *tosá*; Santa Elena, que vestida de negro y con el pelo tendido, aparece llorosa y acojorada buscando la cruz, y sin saber dónde podrá encontrarla; el obispo de Jerusalem, que nada sabe en el asunto, y nada, por tanto, puede contestar á las preguntas de la emperatriz; un ángel, representado por una niña pequeñita vestida con muchas galas y adornos simbólicos, y que es quien revela á la afligida santa el lugar donde está la cruz; Marta y María, que acompañan en su peregrinacion á Elena; un hebreo que indica, despues de hacerse rogar mucho, el sitio en que debe cavarse para hallar el precioso leño; los dos hebreos antedichos, que ayudan á la Emperatriz en su tarea de cavar donde ha designado Judas, y una porcion de hebreos que no quieren dar la cruz y de soldados que se la quieren arrebatar, los cuales acaban por armar entre sí una *gazapera* espantosa que no consigue ningun fin práctico, pues despues de ella se vé obligada la Emperatriz á ir y arrodillarse una porcion de veces ante la *señá* Mayordoma, que es quien ahora tiene la cruz, y que, acaba por entregarla, cansada tal vez de tantas genuflexiones y súplicas. Despues de esto el coro canta las últimas coplas, y la Mayordoma tira al alto dulces, con lo cual, y la bulla de los muchachos por recogerlos, termina la fiesta, cuya relacion, por lo interesante y bien hecha, hace merecedor al señor M. R. M. de los más sinceros plácemes, aun por parte de aquellos que, como nosotros, sienten no poder aplaudir del mismo modo su otro trabajo del que anteriormente damos cuenta. Si en todas las localidades hubiese unas cuantas personas de las condiciones de dicho señor, que se dedicasen á recoger estas fiestas genuinamente populares, el libro que á todas contuviera y que podría titularse: *Fiestas populares de*

España, sería uno de los más curiosos é importantes que el Folk lore español podría publicar.

También es digno de la mayor atención un precioso cuento popular *Los tres claveles*, contado por D. Sergio Hernandez, tal y como deben contarse los cuentos: conservando en lo posible la dicción, los giros, y hasta las repeticiones del narrador de quien se obtuvieron. Una erudita nota le acompaña, en la cual dice el Sr. Hernandez que ha recorrido inútilmente las colecciones de Maspons, Coelho y Cosquin, pues en ninguna de estas ha hallado ningún otro cuento que tenga puntos de contacto con el que él mismo refiere. Tampoco podemos nosotros indicarle dónde hallará variantes de *Los tres claveles*, aunque tenemos una vaga idea de que Grimm en sus *Cuentos del hogar*, ó Laboulaye en sus *Cuentos azules*, hablan también de una joven á quien se la presentan sucesivamente tres hadas que desaparecen rápidamente, y eso que vienen á socorrerla en un caso apurado, porque la joven no las dirige la palabra. Los elementos de *Los tres claveles* existen en otros varios cuentos populares: recordamos entre otros uno que inserta Gubernatis y que vamos á copiar por si de algo puede servir esta noticia nuestra al fácil narrador del cuento á que nos venimos refiriendo.

Dice así el famoso mitógrafo italiano en la pág. 70 del tomo I de su *Mithologie des plantes*:

«En un cuento popular toscano, inédito, una joven, llamada *Piera*, se viste de hombre y como mozo de cuadra entra en el palacio de un rey. Envidiosos los demás servidores se conciertan para perderle, y van á decir al rey que han oído á su nuevo compañero alabarse de poder aproximarse al palacio un bello castillo de las inmediaciones, que era muy deseado por el rey. Este amenaza al mozo de cuadra con hacerle cortar la cabeza si no cumple la promesa que se le atribuye. *Piera* se desespera. Una noche, yendo á la fuente á buscar agua para los caballos, encuentra una vieja hada que, para consolarla, la enseña el medio de cumplir las órdenes del rey. Pide dos caballos y un violín, y tocando este instrumento dá tres vueltas en torno al castillo y, á la última, vuelve al palacio seguida del maravilloso castillo: lo cual hace gozar mucho al rey, y rabiar á las gentes de la corte. Pero éstos no se dan por vencidos, y buscando un nuevo peligro pretenden que el mozo de cuadra se ha alabado de poder atar al hombre salvaje y conducirlo al palacio. El rey, cuya curiosidad está muy excitada con todo esto, manda á la pobre niña, bajo pena de muerte, que ejecute lo que dice. Nueva desesperación de *Piera*: nueva intervención de la anciana hada. *Piera* hace que la den un carro lleno de pan, otro lleno de vino y otro lleno de cuerdas: primero hace comer al hombre salvaje, luego le emborracha, y por último, le ata fuertemente con las cuerdas y le trae al palacio con gran asombro del rey y sus cortesanos. Pero éstos quieren perder á toda costa al mozo de cuadra, y el tercer día, cuando supieron que el hombre salvaje no estaba ya borracho, dijeron al rey que el joven se había alabado de poder encerrarse en un cuarto con el hombre salvaje y hacerle hablar. Esta vez esperaban que el mozo de cuadra fuese devorado. Pero por tercera vez la anciana hada enseñó á *Piera* el medio de salir de aquel nuevo mal paso. La niña dió tres vueltas alrededor del hombre salvaje, y á la última le preguntó: ¿Por qué no hablas? El hombre salvaje se echó á reír, y le contestó: *Porque eres una hermosa joven...* El rey oyó esta contestación del hombre salvaje, y en presencia de toda la corte eligió á *Piera* por esposa.»

La *Piera* del cuento toscano tiene mucho parecido con la *María* del cuento extremeño, y es, como ella, objeto de la envidia de sus compañeros de servicio. En el segundo, como en el primero, se habla de tres vueltas dadas en torno de un castillo ó de unas rocas. A primera vista se vé que el cuento no es el mismo; pero no puede desconocerse que hay en ellos algo más que una coincidencia.

Pasaremos por alto algunos otros trabajos del número, no porque dejen de ser notables, sino porque no son genuinamente folk-loristas, como *La patria de Vasco Diaz*, más propia para un periódico de eruditos que para una revista de la índole de *El Folk lore Frexnense*, y en cuya publicación sólo podemos ver una muestra de consideración dada á su autor, D. Vicente Barrantes, presidente honorario de la Sociedad, y *Un cuento de Hadas* en que, al contrario de lo hecho muy acertadamente por el Sr. Hernandez en el cuento á que antes nos hemos referido, D. Romualdo Alvarez Espino, reviste de bellas formas literarias un cuento popular, circunstancia que en cierto modo lo aleja del fin primordial de la Revista.

Y pasaremos á examinar ligeramente la *Miscelánea* en que ya á simple vista se conoce el cuidado con que ha sido redactada. En ella hallarán los folk-loristas más de un tema digno de estudio, como los ejemplos de *aritmética* popular con que, insensiblemente, aprenden á contar los hijos del pueblo.

—Olivo y aceituno, todo es uno.
Yo y vos, dos.
Dos de resina y uno de pez, tres.
Tres escudillas y un plato, cuatro.
Tres del blanco y dos del tinto, cinco.
Y este que veis, seis.
Seis sotanas y un bonete, siete.
Cuatro con cuernos, tres sin ellos y uno mocho, ocho.
Cuatro que comen, cuatro que no comen y uno que bebe, nueve.
Nueve manos y un almirez, diez.
Cinco campanillas de plata, cinco de hierro y una de bronce, once.

Cuatro curas, cuatro frailes, dos sacristanes, un monaguillo y el difunto que Dios goce, doce. —

Y que nos recuerdan el ejercicio mnemónico que los druidas enseñaban á los antiguos bretones con las primeras reglas del arte de contar:

—Doce meses y doce signos.
Once sacerdotes armados que vienen de Vannes con sus espada rotas.
Diez barcos enemigos que suben de Vannes.

Nueve manitas blancas cerca de la torre de Lezarmeur y nueve madres que gimen mucho.

Ocho vientos que soplan; ocho fuegos encendidos con el gran fuego en el mes de Mayo y en la montaña de la guerra.

Siete soles y siete lunas, siete planetas; siete elementos... Seis niños de cera vivificados por la energía de la luna. Cinco zonas terrestres; cinco edades en la duración del tiempo...

Cuatro piedras de afilar, piedras de afilar de Merlin, que afilan las espadas de los valientes.

Tres partes en el mundo, tres principios y tres fines, tres reinos de Merlin llenos de frutas de oro, de flores brillantes, de niños que rien.

Dos bueyes enganchados á una carreta.
No hay série para el número uno; la necesidad única, la muerte, madre del dolor: nada antes, nada despues.—

Contiene también la *Miscelánea* cantares, tan delicados como el siguiente:

El día que tú naciste
nacieron todas las flores,
y en la pila del bautismo
cantaron los ruseñores.

y tan naturales y espontáneos como este otro:

Eres un cagy é trigo
escogió bago á bago,
eres la mejor muchacha
que mis ojos han mirao.

adivinanzas, alicantinas, trabalenguas, juegos de prendas, y un chistoso cuento popular que se titula *Los lisiados*, y que no tiene más que un defecto á nuestro juicio: lo exagerado de su pronunciación figurada.

La *Bibliografía* cierra la série de trabajos que contiene el primer número de *El Folk-lore Frexnense*, y la cierra bien dignamente por cierto, pues en ella figura como artículo bibliográfico un completo y detenido estudio hecho por el Sr. Romero y Espinosa, á propósito de un folleto que acaba de publicar Leite de Vasconcellos, con el título *Dictados tópicos de Portugal*. Propónese con él nuestro amigo ofrecer al folk-lorista portugués una breve colección de *elogios*, *dictérios* y *simples referencias* corrientes en Extremadura, y algunas de las cuales tienen su concordancia en el vecino reino de Portugal. No conocemos el nuevo folleto de Leite de Vasconcellos, aunque creemos que valdrá mucho, pues mucho vale también su distinguido autor, pero seguramente que el trabajo del Sr. Romero puede ponerse á su nivel por el gran número de preciosos datos que encierra. Los *dictérios*, como hace observar muy juiciosamente el autor, son mucho más numerosos que los *elogios*, y no es extraño, pues tal es la condición humana. Por cierto que en los primeros hemos notado la falta de alguno que, sin duda por demasiado conocido, ha escapado á la investigación detenida del Sr. Romero.

—Aragonés, falso y cortés.

—Toledano, tonto y vano.

—Badajoz, se acuesta uno y amanecen dos.—

Y ya que hemos apuntado esto, no dejamos de añadir también, por si de algo sirve á nuestro amigo, que el dictado *Noche toledana* no solo lo explica el pueblo en Toledo como el Sr. Romero lo hace en la nota (6) de la página 69, si no dando de él esta otra explicación. Habíase declarado en rebeldía la ciudad y el rey, á quien habían dicho algunos parciales suyos que todo se arreglaría si él viniera, entró en ella de incógnito una noche; pero sorprendido por los rebeldes tuvo que sostener sangrienta lucha en las inmediaciones del convento de San Pedro Mártir, en que vivía el Obispo de Badajoz, Fray Pedro de Silva, con quien estaba hospedado el monarca, que tuvo que salir de la población antes de amanecer, con ménos prestigio y ménos autoridad de la escasa con que había entrado.

A aquella noche que pasó el Rey, viendo en grave riesgo, no su dignidad, que esa la había ya perdido, sino su vida, la llama el pueblo *noche toledana*. No obstante, el origen de esta frase popular parece estar más bien en el hecho histórico del siglo IX que no en el del siglo XV.

Difícil es, en extremo, hacer una acertada clasificación de esta clase de producciones populares, porque los límites entre unas y otras son muy vagos, y por grande que sea el cuidado que se ponga en clasificarlas, hay muchas de ellas que no caben bajo ninguna clasificación, y muchas también que están comprendidas á la vez en varias denominaciones. El Sr. Romero, reconociendo esta dificultad ha procurado vencerla y en gran parte lo ha conseguido. La clasificación que de los *dictérios* hace es, en lo posible, completa. Indudablemente admite mejoras; pero, de todos modos, es una buena base para hacerla punto de partida de ulteriores estudios.

Tiempo es ya de acabar este extenso artículo, si no queremos acabar antes con la paciencia de los lectores. Por lo que hemos ligeramente examinado puede comprenderse la importancia del primer número de *El Folk lore Frexnense*, y lo merecedoras que son á un estudio más detenido las 88 páginas que le componen, nutridas de lectura tan provechosa y abundante. Esperamos con impaciencia el núm. II de tan útil publicación, y en tanto llega á nuestro poder enviamos nuestro más cordial saludo á los folk-loristas extremeños, y nuestro más sincero aplauso á su digno presidente D. Luis Romero y Espinosa.

EUGENIO DE OLAVARRIA Y HUARTE.

EL AMOR.

PENSAMIENTOS.

El amor es la gran filosofía del espíritu.

El hombre que ama, es libre, porque su corazón no le pertenece.

El amor dejaría de ser amor si fuese definible.

Muchas veces el hombre se complace en perder su felicidad, no creyendo en el amor.

El amor convierte la vida en un momento, y un momento en una eternidad de placeres.

Me dijo ayer un obrero:
—El cariño de una mujer ablanda el pan duro.

En el desierto de la vida, el amor es un oasis donde descansa la inteligencia.

Cuando tu amor me guía, la virtud nace en mi alma, y Dios va conmigo.

La impiedad es imposible en un corazón sellado por el amor.

El amor seca, endurece y dora el barro que pisamos.

Dios ha colocado el amor en el corazón del hombre, para llenar con una esperanza el inmenso vacío de la vida.

El amor aligera el sueño de la vida y alumbra el sepulcro con luz de aurora.

El amor es un viento celestial que despierta la virtud y somete el vicio al benéfico influjo de las tempestades de la conciencia.

El amor lo diviniza todo, hasta las palabras de que nos valemos para expresarle.

Tengo que ser esclavo de tu amor para ser libre.

Cuando amamos, nuestro cuerpo no siente el peso de la vida, porque está todo entero en la tierra.

El amor es un libro divino en el que sólo aprendemos á ser humildes.

El amor es el término de la esperanza.

El hombre que se conoce á sí mismo, encuentra en el mundo un corazón unido al suyo por la armonía de dos sentimientos; ¡pero le encuentra tan tarde!..

Nunca nos parece viejo el sér que amamos porque los deseos que nos acercan á él son siempre jóvenes.

El amor, como la virtud, es una flor que deja sus aromas en los labios que la manchan.

La vanidad es una ola: el pensamiento es el mar que la sustenta, y el amor la playa que la deshace.

El amor, (me lo ha definido un nécio) es un fuego que entra en las venas sin permiso del corazón.

El corazón que ama se parece á uno de esos árboles cuyas hojas están cubiertas de rocío: si se le mueve, no caen de él más que lágrimas.

Embellecer la vida: hé ahí el pensamiento de los hombres. Divinizar la muerte: hé ahí la obra maestra del amor.

La ilustración dá paso á la sensibilidad, la sensibilidad al amor, y el amor al cielo.

Las palabras *amor* y *matrimonio* son sinónimas. Cuando el interés motiva el consentimiento, el matrimonio es un contrato que legaliza un crimen.

El amor encierra en nuestro pensamiento al universo, y le hace brillar con el resplandor de todas las virtudes.

El amor es la tumba del infortunio.

El amor no se busca, se adivina; y no le adivinaremos mientras nuestro corazón no esté vacío de vanidad y lleno de simpatía.

La luz del amor llega hasta el sepulcro.

Un corazón puro es una obra del amor.

Si la vida pudiera compararse á un barco, diría que el amor es el viento que hinche sus velas.

Así como los pensamientos que nos inspiran las sombras de la noche se pierden en la luz de la aurora, los sentimientos que nos revela la desgracia se pierden en la luz del amor.

Un niño coloca el amor en el cielo, un joven en su corazón, un viejo al lado de una moneda.

Amo á una mujer: esto no es extraño; lo extraño es que solo en mis horas de desgracia puedo comprender la divina belleza de sus sentimientos.

Una mujer que se muere después de habernos querido, es un astro que desaparece después de haber iluminado el cielo de nuestra esperanza con su última sonrisa.

Quitad al corazón sus amores, y la felicidad se hará insoportable.

Las lágrimas de amor son un rocío desprendido de una flor celestial nacida en un alma para refrescar en ella la virtud que desfallecía.

El porvenir es un instrumento: el amor le presta las voces.

Amor: hé ahí el cielo, nacido en un corazón á la luz de una mirada.

Cuando amamos, parece que el alma se dilata por la sangre, por los nervios y por los huesos, para purificarlo todo en el divino fuego que la devora.

Decidme que amais, y os responderé que sois honrados.

El amor es muchas veces una aurora que embellece el cielo de nuestra dicha.

Cuando amo, parece que todo nace de mis sentimientos. Si entonces yo pudiera recoger y unir las bellezas de todas las almas, á la manera de una abeja que recogiera y uniese los perfumes de todas las flores!

La voz del mundo es la voz del pasado; la conciencia nos revela lo que somos: cuando el amor nos engrandece, él se encarga de decirnos lo que seremos.

La belleza es la excelencia de las cosas materiales; el amor es el deseo de la belleza: allí donde se una á ese deseo un placer instintivo é irracional, el amor desfallece y triunfa la pasión, causa misteriosa de todas las virtudes y de todos los crímenes.

El amor es un hermoso libro: su primera página es la inocencia, y su última palabra Dios. Hoy, cuando leo ese libro, lloro sobre él, y al querer secar mis lágrimas, sus páginas se rompen y su última palabra desaparece.

El primer rayo de sol convierte en claridad las sombras de la noche, y las nubes en gotas de rocío. El primer amor convierte en caridad el egoísmo, y las pasiones en lágrimas. El amor es, pues, al alma, lo que la luz al cielo.

Que los recuerdos del dolor pasado
Se pierden en la luz de tu mirada,
Como se pierden las nocturnas sombras
En la apacible claridad del día.

El lenguaje nunca podrá expresar la sublime armonía del amor. La pluma es de acero; la palabra es fría; el amor es infinito. ¿Podrá una mano temblorosa reproducir con un tónico pincel un rayo de luz, ó las imágenes de un sueño?

Si una mujer amada nos olvida, todo, el silencio, las lágrimas, las piedras y los seres insensibles, se animan al brillo de nuestras miradas y hablan el lenguaje de nuestros dolores.

Cuando amo, pienso en Dios, me avergüenzo de mostrarme ingrato, y, olvidando mis pesares,

abro mi corazón al recuerdo de las alegrías pasadas y al dulce presentimiento de una felicidad sin inquietudes.

El amor influye benéficamente en el espíritu, y el espíritu obra sobre el corazón; por eso creo que el hombre insensible al primero, no puede ser un buen conocedor de la virtud.

El hombre está unido al mundo por sus instintos, y al cielo por el amor: se parece á esos árboles que sepultan en la tierra sus raíces y ofrecen á los rayos del sol sus frondosísimas copas doblegadas al peso de sus flores.

Cuando pienso en tí, paréceme que en mis palabras, actos, oraciones y lágrimas, se confunden la idea de Dios y mi gratitud, y que mi espíritu tiene la calma de una alegría infinita y el sentimiento puro, completo y absoluto de la inmortalidad.

El amor es un poema divino que nuestras pasiones no comprenden, y que solo tienen traducción en el lenguaje de la inocencia.

El alma es un ave que no puede desplegar sus alas en la atmósfera del mundo. Es un águila herida: nació para vivir en los espacios, y agoniza en la sombra: el amor le hace creer muchas veces que ha recobrado el imperio de los aires.

El hombre guarda el primer amor de la mujer, porque teme mancharle con su vanidad; la mujer descubre al mundo el último amor del hombre, purificado por sus besos y por sus lágrimas.

Dos seres que confunden sus sentimientos, encuentran en su dolor la imagen de la esperanza animada por la fe: puede decirse que están unidos á la vida por la indefinible belleza de lo desconocido.

Cuando el alma se eleva en alas de los más altos pensamientos, siente un vértigo que la ofusca; mas si el amor viene en su apoyo, rompe las nubes que la oscurecen, brilla con nueva luz y vive la vida de su Dios, cuya idea le parece pequeña.

El amor no es un sentimiento aislado, sino el resultado de la unión de las bellezas de todos los sentimientos. Encierra en sí cuanto tiene de divino el alma, y el espíritu que no concibe algo más grande que su amor, es todo divino, porque, presintiendo á Dios, no se para jamás á discutirle. El amor es la verdad y el bien en su más alto grado de belleza; es el rayo de luz que, desprendido del resplandor de Dios, se identifica con el alma para despertar en ella la virtud que está dormida: es la unión de dos voluntades y el sentimiento de dos corazones; es el placer divinizado por el presentimiento de lo infinito.

El amor á la mujer, el amor á Dios, el amor á la madre y el amor á la patria, forman la síntesis gloriosa del espíritu humano. Estos sentimientos, herencia de todos los pueblos, patrimonio de todas las conciencias, código augusto impreso en el corazón del hombre con indelebles y misteriosos caracteres, desfallecen en la inacción vergonzosa producida por las pasiones, y se engrandecen y purifican cuando el dolor los combate, á la manera como se purifican y engrandecen las devorantes llamas de un incendio cuando el viento las desprende de la tierra para convertirlas en agitadas luminosas espirales.

El amor es la primera virtud de la mujer. Dios llenó de fe y de ternura el alma de nuestra primera madre. La mujer necesita el amor para ser fuerte en su debilidad; para comprender sus placeres de niña, sus sentimientos de doncella y sus deberes de madre; para sostenerse sola en el revuelto torbellino del mundo; para secar el llanto de sus hijos y para llenar las horas de la vida de su esposo, del pudor de su corazón y de las esperanzas de su alma. La mujer ha sido siempre mi religión. La amo sin comprenderla, porque está llena de misterios; respeto su docilidad; soy débil ante su ternura, y creo que entre Dios y yo no hay más que una senda de flores que conduce al cielo, un rayo de luz y un ángel: la caridad, el amor y la mujer virtuosa.

Cuando amo, la naturaleza forma parte de mi corazón: ella florece, por decirlo así, bajo el influjo de mis alegrías, ó pierde sus colores, su majestad y su luz, para comunicar á mi espíritu sus tempestades y sus nieblas. El amor nos aparta de la realidad de la vida. Cuando una mujer amada nos abandona, nuestra alma pasa á los hombres para sentir y querer como ellos, y ¡cosa extraña! para llenar de un egoísmo y de una vanidad inútiles el vacío que en él dejaron las primeras meditaciones de un pensamiento humilde y los primeros sentimientos de un corazón divinizado por la inocencia.

El alma que ha perdido su primer amor, se parece á una de esas flores que, aunque ostentan con altivez sus matices, dejan ver en un punto negro, que mancha una de sus hojas, el principio de su muerte.

Así como á la voz de Dios nació la luz, á la voz del amor nace la vida, vida que tiene el encanto de la melancolía más profunda, unido á la grandeza de lo infinito.

En el corazón humano hay, como en la tierra, hielos y desiertos: para animar esos desiertos y para deshacer esos hielos, basta una mirada de ternura.

Dios ha colocado el amor entre su poder y el hombre, para que nuestra ingratitud entrevea su justicia al través de una atmósfera de paz purificada por nuestras lágrimas.

Cuando el corazón está triste, pide á la cuna su paz, su poesía y sus sonrisas; al sepulcro sus secretos, sus sombras y sus lágrimas; á las flores sus aromas; á las almas su pureza, y á los cielos su luz y sus misterios, para confundirlo todo en una pasión, en un sentimiento y en un deseo: el amor, la caridad y la esperanza.

Envidio el destino de esas aves que emigran sin que dejen en pos de sí más que los árboles y los bosques donde posaron sus nidos. El hombre, ave solitaria y extranjera en todas partes, camina, con el corazón traspasado por dolorosas memorias, con los ojos arrasados en lágrimas y con la desesperación ceñida, como inmundo reptil, á su pensamiento, hasta que encuentra su último nido, hasta que ahoga en el seno de un amor sin límites el triste recuerdo de las alegrías y de los seres que pasaron por el cuadro sombrío de su vida como imágenes encantadoras.

ALFREDO DE LA ESCOSURA.

CRÓNICA CIENTÍFICA.

EL SENTIDO DEL ESPACIO.—Que los animales tienen los sentidos más desarrollados ó perfectos que nosotros, es una verdad que nadie pone en duda; pero que tengan sentidos diferentes y exclusivos suyos, sentidos de que nosotros carecemos por completo, es cosa un poco más difícil de admitir, sin embargo de que una observación algo detenida de sus costumbres nos proporciona de continuo convincentes pruebas de ello.

Un gran número de los actos que ejecutan diversos animales los referimos rutinariamente al ejercicio de sus sentidos, suponiéndolos como los nuestros ó si acaso un poco más perfectos, aun cuando á veces no sea muy satisfactoria la explicación. Pero llega al fin un caso en que por más alcance que queramos dar á los sentidos, siempre suponiéndolos semejantes á los nuestros en sus funciones y número, no hay explicación posible, como por ejemplo sucede con la prodigiosa cualidad de las palomas mensajeras, y entonces se inventan teorías á cual más extrañas para explicar un hecho particular, todo por no atreverse á admitir que los animales tienen un sentido más que nosotros, con lo que se daría una solución general.

¿A quién no ha llamado la atención la notable habilidad que en mayor ó menor grado tienen casi todos los animales desde las aves de corral hasta las sanguijuelas, arañas y cucarachas, de adivinar con bastante anticipación los cambios de tiempo? Muchos son los animales que presentan las tempestades, tanto entre los más elevados de la escala animal, mamíferos y aves como, lo que aún es más sorprendente, entre los más inferiores, como las actinias y otros zoofitos y los infusorios que producen la fosforescencia del mar. Hay así mismo aves que anuncian la nieve, otras el viento, otras los calores, y en general casi todos los cambios atmosféricos son adivinados con notable anticipación por los animales, según se puede comprobar en las interminables listas de pronósticos rurales basados en la observación de esos seres, que se leen en los tratados de agricultura, y que todos son exactos, como que están basados en la observación continuada desde los tiempos más remotos, la cual nunca puede inducir á error.

Ninguna explicación satisfactoria conocemos de tan exquisita sensibilidad, que supera no sólo á la que pudiéramos tener nosotros, sino aún á la que tienen los instrumentos meteorológicos inventados precisamente para dar indicaciones de ese género.

¿Qué hay en la atmósfera un día ó dos antes de llover, cuando el barómetro aun se conserva normal, y el higrómetro nada anuncia todavía? ¿Qué instrumento meteorológico de los que hasta ahora conocemos y usamos, podría darnos indicación alguna relativa á la aproximación de una nevada ó á la prematura llegada de los calores ó las heladas? Ninguno ciertamente, y en verdad que no debe extrañarnos si reflexionamos que todos cuantos instrumentos y aparatos ha ideado el hombre se encaminan á ensanchar el campo de acción de sus sentidos ó satisfacer necesidades

que estos les originan, así es que nada de particular tiene que no haya ideado ninguno para medir ó amplificar las indicaciones de fenómenos cuya sensación le es agena y desconocida por completo.

Entre las diversas manifestaciones de este orden de fenómenos tan interesantes y curiosos, la que indudablemente ha sido mejor estudiada hasta la fecha, ha sido la facultad de orientarse en el espacio, común á las diversas variedades de palomas conocidas con el nombre de mensajeras, tanto á causa de la facilidad de observar estas aves tan domésticas, como por el vivo interés y afición que por este nuevo género de sport se ha despertado en muchos países, conservando y aun mejorando por selección las razas de tan simpáticas aves, que de hoy en adelante nos lo serán aun más por haber tomado un lugar en los ejércitos de casi toda Europa. En el nuestro se encuentran estos guerreros alados á cargo del cuerpo de ingenieros, esperando el día que les toque verter su sangre en defensa de la patria prestando el arriesgado servicio de correos, como tantos semejantes suyos del ejército francés la vertieron alcanzados por las balas prusianas al atravesar las líneas del cerco de París, en la última campaña.

Los múltiples y minuciosos experimentos llevados á cabo con estas aves, han probado que no es la vista, ni el oído, ni el olfato, ni la combinación de estos la clave del misterio de su orientación en cualquier paraje, que las permite volver á su palomar por el más corto trayecto desde puntos distantes de él centenares y aun millares de kilómetros: esa clave hay que buscarla en alguna otra sensación, cuya sensación la produce el aire, á una cierta altura, puesto que las palomas antes de orientarse se elevan á bastante altura, dan algunas vueltas por el aire, y por fin parten en la dirección debida, no sin que también haya algunas más aturdidas ó ménos experimentadas que se desorientan y parten en una dirección equivocada, lo que echan de ver á medida que vuelan, deteniéndose entonces poco á poco su marcha y vacilando algunos momentos, hasta que al fin vuelven á arrancar en la verdadera dirección.

Vemos, pues, que nuestros sentidos no bastan para darnos razón de la facultad de orientación de las palomas, y que la mejor manera de explicárnosla es reconocer que estas aves tienen un sentido más, por el que se ponen en relación con ciertos fenómenos que deben tener lugar en la atmósfera, y que las advierten el camino que deben tomar para dirigirse al punto en que estos son los que de ordinario están acostumbradas á experimentar, que es su palomar.

Cuáles son esos fenómenos es cosa que no debe preocuparnos, dejando que los hechos den á su tiempo la solución, por lo que prescindiremos de las diversas hipótesis ideadas por la impaciencia, que los suponen consistir en corrientes térmicas, magnéticas, etc. Todas las que son aventuradas, y por lo tanto inútiles, como en general todas cuantas encontramos en las ciencias, de las que deberían excluirse por completo, limitando éstas en el punto hasta donde lleguen los hechos probados.

En cuanto á ese nuevo sentido: por su agente de trasmisión se comprende desde luego que es una especie de tacto, un tacto sutilísimo, que por su índole especial podemos llamar *sensido del espacio*, denominación que creemos se ha ocurrido ya á alguien antes que á nosotros, para esto mismo ó algo semejante.

Los animales que pudiéramos llamar *meteorológicos* por su facultad de prever los cambios de tiempo, y de que nos ocupamos al principio, no han sido tan bien estudiados como las palomas, pero sin embargo los numerosos hechos de observación relativos á los articulados, arañas y sanguijuelas, que son de los más conocidos, prueban evidentemente que esa facultad meteorológica no deben percibirla por otro órgano que por el tacto, siendo por lo tanto otro tacto perfeccionado, el mismo sentido en resumen que antes hemos llamado *sensido del espacio*.—A este mismo deberemos referir la misma facultad que más ó ménos desarrollada tienen los insectos y algunos zoófitos, y aún también un escaso número de animales superiores de diferentes géneros.

Y como quiera que no es posible admitir diferencias esenciales entre la organización de animales de especies muy inmediatas, cuando apenas las hay en ciertos puntos entre animales de órdenes muy distintas, es evidente la necesidad de generalizar la existencia de ese nuevo sentido, que revelándose por diversas manifestaciones, es común á casi toda la escala animal.

Resulta, pues, que un sentido que podemos denominar *sensido del espacio*, es común á casi todos los animales, en los que se manifiesta de muy diversas maneras, y al que deben referirse todos esos hechos extraños que parecen inexplicables, como son: la orientación de las palomas mensajeras, el instinto meteorológico de varios animales, y alguno que otro semejante.

Desde un principio dimos por sentado que el sentido en que nos íbamos á ocupar era por completo extraño al género humano, y hablando en general así puede decirse, pero es preciso, sin embargo, hacer una pequeña excepción muy significativa por cierto: no todos los hombres carecen por completo de ese sexto sentido, hay quienes poseen en mayor ó menor grado una de sus ma-

nifestaciones, que es la de las sensaciones meteorológicas. Aquellas personas que por consecuencia de heridas, amputaciones ó un temperamento especial experimentan singulares molestias que les advierten la aproximación de la lluvia, etc., están comprendidos en este caso.

Ahora bien; ¿qué diferencia tienen estas personas con las demás para poder percibir sensaciones de ese género especial?—La diferencia en la mayor parte de ellas no está en otra cosa que en la piel ó en alteraciones del sistema nervioso de más ó ménos importancia; es, pues, también un tacto perfeccionado aún en esas personas, las que prueban la generalidad del sentido del espacio, que existe latente en el hombre y puede desarrollarse en circunstancias determinadas.—Cuáles son esas circunstancias, sólo la experiencia y un conocimiento perfecto de la ciencia anatómica podrán llegar á indicar.

RADIACIONES ULTRA-SOLARES Y ULTRA-VIOLETAS.—Los mejores espejos son los que se fabrican depositando en la superficie de una luna de cristal una delgada capa de plata, que se pulimenta en seguida. Por este procedimiento construyó Foucault los espejos de los telescopios que llevan su nombre. Tienen estos espejos las más singulares propiedades, que han sido descubiertas por M. Stoker, y M. Chardonnet ha sabido utilizarlas en estos últimos tiempos, para hacer investigaciones completamente nuevas y muy interesantes.

M. Stoker notó que no se puede fotografiar la imagen de un objeto cualquiera reflejado por un espejo Foucault. Para comprender lo que pasa en estas circunstancias, es preciso decir unas palabras sobre la composición de la luz. El efecto del prisma con el que Newton descompuso la luz, es el de separar todos los rayos de especie diferente. Esta banda luminosa es lo que se llama *el espectro de Newton*, formado por los rayos ó radiaciones rojas, anaranjadas, amarillas, verdes, azules y violetas.

Newton dió al mismo tiempo la teoría de los cristales de colores. El cristal encarnado es opaco para todas las radiaciones, excepto para las encarnadas, y el cristal azul no deja pasar más radiaciones que las azules. Por tanto, el cristal encarnado *extingue* todas las radiaciones del espectro, excepto las encarnadas, y el cristal azul *extingue* todas las radiaciones que no son azules, ocurriendo lo mismo con los demás colores.

Al continuar los estudios de Newton sobre el espectro, se descubrió que este se extendía mucho más de lo que el eminente físico había indicado. En vez de comenzar en el rojo y concluir en el violeta, se vió que el espectro de la luz solar comenzaba mucho antes del rojo y concluía mucho más allá del violeta, es decir, que había radiaciones infra rojas y radiaciones ultra-violetas, aun cuando realmente ni unas ni otras afectan nuestra vista. Los límites del espectro visible, son efectivamente los del espectro Newton; pero hay medios de averiguar que existen en realidad las radiaciones restantes. Para conseguirlo, es suficiente colocar un termómetro más acá del rojo, aunque esté algo distante de él, para verle subir y acusar, por consecuencia, en esta región oscura la existencia de radiaciones, reveladas por el calor que desarrollan. Un fotógrafo enfoca su modelo con las radiaciones visibles; pero, en suma, las radiaciones visibles son las que hacen la mayor parte del trabajo.

Seguramente son las radiaciones visibles interesantes para el hombre puesto que ellas son las que hacen el universo accesible á sus miradas hasta en las profundidades del espacio; pero en realidad, son mucho ménos importantes en el mundo que las radiaciones ultra-violetas que presiden á todas las operaciones químicas que pasan en la naturaleza, entre las cuales no es más que un caso particular la vegetación de las plantas.

Todos los cuerpos luminosos emiten, además de las radiaciones del espectro de Newton que les dan su color á nuestros ojos, radiaciones ultra-violetas, que se pueden descubrir siempre por la fotografía. Estas radiaciones se extienden más ó ménos más allá del violeta, según el origen luminoso que se considere. Por ejemplo, se ha comprobado que el arco voltaico que brota entre dos carbones bajo la influencia de la corriente eléctrica, emite radiaciones ultra-violetas más extensas aún que las que envía el mismo sol. Hay, por lo tanto, radiaciones que se pueden llamar *ultra-solares*, y que sólo la fotografía nos había permitido hasta ahora descubrir.

Volviendo á los espejos de plata pulimentada, cuando M. Stokes hubo comprobado que la imagen de un objeto reflejado por ellos no era susceptible de ser fotografiada, dedujo que estos espejos tenían simplemente la propiedad de no volver las radiaciones ultra-violetas que les hieren. ¿Pero entonces, qué se hace de estas radiaciones? M. de Chardonnet, á su vez, ha demostrado que atraviesan la capa de plata del espejo Foucault; una placa de cristal de roca, bastante plateada para ser completamente opaca á la vista, deja, no obstante, pasar las radiaciones ultra-violetas del sol, y más fácilmente aún las radiaciones ultra-solares del arco voltaico.

¡Hé aquí un filtro de una especie muy curiosa! Es absolutamente opaco, y no obstante, es atravesado por las radiaciones que hacen la fotografía. Puede imaginarse una habitación con una sola ventana, formada por un espejo de cristal cubierto

con una capa de plata bastante densa para interceptar todo rayo de luz visible; semejante habitación quedaría sumida á nuestros ojos en una oscuridad absoluta. Sin embargo, un fotógrafo, que hubiera dispuesto previamente su aparato, podría sacar el retrato de un objeto cualquiera, necesitando únicamente un espacio de tiempo algo más largo; pero el efecto sobre la placa sería el mismo que en pleno sol, puesto que la capa de plata, opaca para nuestra vista, dejaría penetrar en aquella habitación todas las radiaciones fotogénicas.

Se puede hacer el experimento de una manera más sencilla. Ya hemos dicho que las radiaciones ultra-solares formadas por el arco voltaico, atraviesan mejor aún que las radiaciones solares ultra-violetas estos espejos. Se interponen dos de estos espejos ante un arco voltaico, y á través de este doble cuerpo, completamente opaco para nosotros, se saca una fotografía del arco que brota entre los carbones. En cambio no quedan fotografiados los carbones, porque no emiten más que radiaciones luminosas, propiamente dichas, sin radiaciones ultra-violetas y ménos aún radiaciones ultra-solares.

Basándose en este estudio, se ha propuesto M. de Chardonnet averiguar en qué medida eran ó no absorbidos por los medios transparentes del ojo, tales como la córnea, el cristalino y el humor vítreo. Estas radiaciones no afectan al ojo; pero pudiera preguntarse si era porque la retina es insensible á su acción, ó si consiste en que no llegan hasta ella y quedan detenidas al paso por los medios transparentes del ojo colocados delante de la retina, que no se dejan quizás penetrar más que por las radiaciones que constituyen el espectro de Newton.

El exámen que ha hecho M. de Chardonnet, valiéndose de los ojos de diversos animales, demuestra que en ellos los medios del ojo no permiten en ningún caso ser atravesados por las radiaciones ultra-violetas que, por consecuencia, no llegan á la retina; pero la córnea y el humor vítreo se dejan, por el contrario, atravesar por las radiaciones ultra-violetas, mientras que estas son absolutamente interceptadas por el cristalino. La retina no recibe, en definitiva, más que las radiaciones que constituyen el espectro mismo de Newton, planteándose de nuevo la cuestión de saber si los rayos ultra-violetas son ó no susceptibles de impresionar la retina, en el caso de que lleguen hasta ella.

El mejor medio de resolver la cuestión, era el recurrir á personas que hubieran sido atacadas de cataratas, y que hubieran sido operadas por medio de la extracción del cristalino. M. de Chardonnet pudo entrar en relación con dos personas que habían sido operadas de este modo en otros tiempos, y que gozaban de la plenitud de su inteligencia. Hé aquí cómo procedió: aprovechó esta transparencia de que hemos hablado de los espejos de cristal de roca plateados, para las radiaciones ultra-solares y ultra-violetas, y dispuso el experimento de manera que los operados tuvieran que mirar un arco voltaico á través de uno de estos espejos. Los operados vieron muy claramente las radiaciones ultra-violetas, y describieron la forma y los movimientos del arco, á pesar de que su ignorancia de las leyes físicas, no podía sugerirles ninguna idea del fenómeno.

Pudiera preguntarse por qué no se quejan los operados de cataratas de ver los objetos que les rodean de color azul, puesto que no estando para ellos detenidos los rayos ultra-violetas por un cristalino, les proporciona este matiz con exceso.

Consiste esto en que no tienen noción del fenómeno, puesto que, cuando hemos permanecido cierto tiempo en una luz de cierto color, se pierde para nosotros la noción del exceso de este color. Cuando el sol, al ponerse, se nos aparece muy rojo, es indudable que todos los objetos que nos rodean están iluminados de encarnado, y, sin embargo, no lo advertimos. Si nos paseamos en un bosque, cuyos árboles, al unirse por sus copas, mezclan su follaje y forman una espesa cortina, quedamos sumidos en una luz evidentemente verde. ¿Quién se hace cargo de ello? Continuamos viendo los cuerpos que nos rodean con el mismo matiz que tendrían á cielo descubierto, y no obstante, un momento de reflexión es suficiente para convencernos de que en realidad estamos sumergidos en una luz muy verde.

Como es un principio de física que nada se pierde, se ha preguntado M. de Chardonnet en qué se convertían estos rayos ultra violetas absorbidos por la parte anterior del ojo, y que se detienen allí, mientras que los otros, desde el rojo hasta el violeta, continúan su camino y van á impresionar la retina. A esta cuestión no hay aún respuesta razonable. Quizás estas radiaciones provoquen en la córnea y en el cristalino modificaciones químicas de un orden especial, necesarias para la duración de estos órganos; pero nada se puede afirmar sobre este punto.

TRASMISION DE LA FUERZA ELÉCTRICA Á DISTANCIA.—La noticia, la gran noticia científica de los meses que van corridos del año 83, es la consagración oficial, digámoslo así, de uno de los descubrimientos que honran á la ciencia francesa: la trasmisión de la fuerza eléctrica á distancia, realizada prácticamente por M. Marcel Després en la capital de la vecina República hace poco más de un mes.

No es de hoy el descubrimiento; hace tiempo

venia M. Després persiguiendo la resolución de este tan importantísimo problema. Dos sábios franceses, Merll Algleve y Poulert, en un excelente libro publicado há poco, *La lumière électrique*, hablan ya del descubrimiento de M. Després, y le discuten ampliamente. Lo más particular de él, es que el autor ha llegado á obtenerle por cálculos puramente teóricos. Después de haberse demostrado á sí mismo que la electricidad podría transmitirse por medio de un simple hilo telegráfico de hierro, ha realizado las combinaciones mecánicas susceptibles de alcanzar este resultado. En la Exposición de París, la electricidad de una máquina apropiada era conducida por un hilo telegráfico á doce aparatos: máquinas de coser ó cortar, una gran máquina Marinoni para imprimir, varias bujías eléctricas, etc. Todas estas máquinas estaban unidas al mismo hilo telegráfico, que por medio de una maquinilla inversa especial distribuía á cada una la fuerza más ó menos grande que podía necesitar; lo más curioso es que se podía detener la gran máquina Marinoni, por ejemplo, sin que se acelerase ni alterase en nada el movimiento de la pequeña máquina de coser, colocada al lado de aquella.

Esto constituyó el gran acontecimiento de la Exposición de París, y fué bastante á asegurar á ésta un recuerdo duradero en la historia de las aplicaciones de las ciencias. M. Marcel Després habia hallado el medio de transmitir á distancia la fuerza eléctrica. Otros se conocían, pero eran muy poco prácticos; por ejemplo, se sabia transmitir la electricidad á distancia por conductores de cobre puro, pero á condicion de darles un espesor considerable, y ni aun así se llega á impedir que se caliente el metal. Para comprender cómo M. Després ha llegado á sustituir estos conductores, demasiado voluminosos y caros, por un simple hilo de hierro, hay que recordar algunas leyes del derrame de los líquidos, y que pueden recordarse aquí, puesto que la electricidad, cuya naturaleza ignoramos en absoluto, obra muchas veces como un líquido. Supongamos que quisiéramos transportar agua á cierta distancia para mover una máquina hidráulica. Dos procedimientos podemos emplear: ó abrir un canal de gran seccion, que sin otro gasto de fuerza conduzca una cantidad considerable de agua, que obrará por su solo peso sobre una rueda hidráulica, ó bien sustituir á ese ancho canal un tubo estrecho, siempre que en él hagamos entrar el agua con una fuerza tomada en otra parte. En su extremo, este tubo dará un surtidor que, golpeando las paletas de nuestra rueda hidráulica, la hará girar. En el primer caso, el agua obra en cantidad, y en el segundo en tension. Ahora bien; la electricidad puede transmitirse como el agua, con una ú otra de estas cualidades, y el resultado final, el movimiento de la máquina será el mismo. Pero para transmitir la electricidad en cantidad, harian falta conductores de cobre puro altamente costosos; para transmitirla en tension, los hilos telegráficos pueden bastar. Se trataba, pues, de introducir las modificaciones necesarias en las máquinas destinadas á producir la electricidad, y á esto ha llegado M. Després, apoyándose, ya lo hemos dicho, en la teoría.

El problema, reducido á sus términos más generales, consiste, pues, en tomar en la naturaleza una fuerza viva, constante, una caída de agua, el carbón utilizado por una máquina de vapor, poco importa. Con esta fuerza viva se acciona una máquina que produce una cantidad dada de electricidad en tension. Esta electricidad en tension es transmitida á distancia á otra máquina eléctrica inmensa, que á su vez pone en movimiento el motor industrial de que se trata, una bomba, cualquiera que sea, en fin. La trasmision de las fuerzas vivas de la naturaleza en fuerza eléctrica estaba ya resuelta por las máquinas Gramme y otras más ó menos análogas. Pero toda máquina es remunerable. Evidente, por ejemplo, que si el piston de una máquina de vapor hace girar la hélice de un navio, haciendo girar ésta se pondrá en movimiento el piston, del mismo modo se puede hacer mover una máquina eléctrica; no es ya el movimiento lo que produce la electricidad, es la electricidad lo que produce el movimiento; ésta, pues, es necesario utilizar.

Cuando M. Després anunció el fin que estaba próximo á alcanzar y se vieron las pruebas que hizo en el palacio de la Industria, no faltaron algunos que tenian ménos fe que otros en su genio, que creyeron poder hacerle objeciones, y aseguraron que esta trasmision por un hilo telegráfico seria siempre muy limitada, para que con ella se pudiese extender á una gran distancia la accion de la máquina eléctrica generadora. Ya anteriormente habia contestado M. Després á esta objecion. Hay evidentemente pérdida de fuerza, y aun pérdida bastante grande; calculémosla, exagerándola, en la mitad de la fuerza inicial. No por eso es ménos feliz el resultado. En toda distribución de fuerza, hágase por el agua, por el gas, por el aire atmosférico, hay siempre pérdidas de este género. Lo único que en esto interesa es saber si, en definitiva, la accion continúa siendo remunerada. Ahora bien, lo es evidentemente si la fuente de fuerza, primera fuente de fuerza, ó no cuesta nada, que también puede suceder. Claro es que si no tenemos otra fuente de fuerza viva que el carbón, no hay interés ninguno en transmitir á distancia la fuerza motora así creada, perdiendo en el trayecto la mitad. Mas práctico será llevar el carbón á la distan-

cia á que se quiera, y hacerle dar, allí mismo, toda la fuerza que puede dar.

Pero no es lo mismo si nuestra fuente de fuerza viva es una corriente de agua, por ejemplo. Aquí no hay derroche de carbón, no hay más gasto que el establecimiento y entretenimiento de una máquina más sencilla que otra de vapor. No cuesta más, y si cuesta más es muy poco, de lo que costaria si este gasto hubiera de hacerse á distancia como para el alumbrado de una ciudad, el conseguir que dé una mitad más de electricidad. No se trata, pues, de considerar la cantidad de esta fuerza que se pierde por la trasmision y la canalizacion, sino el precio de la que queda disponible; y este siempre será remunerador si la fuerza inicial no cuesta casi nada, como en el caso de una caída de agua.

Es positivo que esta trasmision tan fácil de la potencia de las caídas de agua, por un sencillo hilo telegráfico podrá modificar en un porvenir más ó ménos lejano las condiciones de existencia de algunos puntos en que estas caídas son muy numerosas, pero no hay que exagerar demasiado la importancia de la revolucion que esta ha de producir y que siempre tendrá como fuerte obstáculo lo defectuoso de las comunicaciones en un país montañoso. Es muy poco seguro que los grandes centros industriales tengan nunca gran interés en dejar los llanos por las montañas.

P. RUIZ ALBISTUR.

REPÚBLICAS AMERICANAS.

LA ARGENTINA.—EL PARAGUAY.—VENEZUELA.

Hacia ya tiempo que en la prensa española no se dejaba oír una de aquellas voces destempladas que en otras épocas trataban de denigrar las Repúblicas americanas y sus hombres, presentándolas como pueblos salvajes que vivian en pleno estado de barbarie.

Por desgracia hace días que, al parecer, un *despechado* ha emprendido la tarea, no solo de atacar aquellas jóvenes naciones, sino lo que es más, de calumniar á sus hombres más ilustres, tratando de hacer creer que son unos verdaderos idiotas é imbéciles.

Ese despechado se está exhibiendo en una serie de artículos que publica *La Prensa Moderna*, circunstancia que desde luego llama la atencion, tratándose de un diario republicano. Si su mision es acreditar la forma republicana de gobierno aquí en España, ¿cree que *llena su mision* desacreditando las Repúblicas del Nuevo Mundo?

Para juzgar del peso de los argumentos de dicho señor, nos contentaremos con citar dos de los hechos que afirma.

Hablando de la República Argentina, precisamente la que en la actualidad marcha á vanguardia de las demás hermanas en adelantos, progresos, práctica de las instituciones y ejercicio tranquilo de la libertad, el famoso articulista ha escrito estos no ménos famosos párrafos:

«Como el Gobierno nacional se compone por lo comun de hombres que apenas saben leer y escribir, parásitos de la sociedad, llenos de pretensiones y hinchados de vanidad, que creen que gobernar no es más ni ménos que gozar de un pingüe beneficio; y como no hay medio de contener á un centenar de audaces aventureros que se conciertan para asaltar de cualquier modo las esferas oficiales, sucede con demasiada frecuencia, que una oligarquía odiosa impone sus caprichos á la nacion entera, valiéndose de la fuerza pública, del ejército, que allí está compuesto de la escoria de la sociedad, de criminales sentenciados al servicio de las armas.

«Los gobernadores son allí tan populares y tan independientes como los que en España se nombran de real orden, con la notable diferencia que aquí son, por lo general, aunque haya muchas excepciones, hombres acreditados y consecuentes de algun partido político, y allí son por lo comun, amigos serviciales de los supremos ejecutores de la Constitucion, de los infortunados en la farsa electoral ó en la refriega insana que se titula *montonera*.

«Las constituciones provinciales se observan ni más ni ménos que la nacional: los pocos que saben, quieren y pueden gobernar, tienen que ceder al furioso empeño de los muchos que se arrojan á gozar del país.»

El buen señor que ha escrito estos párrafos debia ir á sentar plaza al lado de los escritores franceses que allende los Pirineos dicen que *las damas españolas llevan navaja en el cinto*, pues tan brutal es esta afirmacion como las que hace respecto á los hombres que en la República Argentina han venido formando parte de los *Gobiernos nacionales* y que segun este sábio, *¡no saben leer ni escribir!*

Los jefes de esos Gobiernos se llaman Mitre, Sarmiento, Avellaneda y Roca.

¿No saben leer Castelar, Cánovas, Mirtos y Sagasta?

¿No saben escribir Moret, Romero Robledo, Silvela y Montero Rios?

Pues aquellos señores argentinos son de la talla de estos señores españoles; literatos, poetas, escritores, hombres de ciencia y de Gobierno que han venido conduciendo la República Argentina á la situacion de prosperidad y grandeza que hoy la sonríe, llegando su crédito, aquí en Europa, al punto de ser cubierto, *catorce veces, en un día,*

un empréstito de treinta millones de duros, lanzado no há mucho al mercado de París; que vieron llegar á sus playas, el año anterior, sesenta mil emigrantes de todos los pueblos de la tierra, y hacer un comercio, ella sola, con la Francia, mayor que el que esta nacion hace con todas las demás Repúblicas Americanas.

Esta es la obra de los hombres públicos de la República Argentina, *que á penas saben leer y escribir.*

Pero, si la sangrienta alusion no es á los hombres que han formado los tres Gobiernos nacionales anteriores al actual, en los que figuraron personalidades de reputacion, no sólo americana, sino europea, ¿será por ventura á los que componen el Gobierno del general Roca?

¿Quiénes son ellos?

Este, el Presidente, como sus demás compañeros, Bernardo de Irigoyen, Victorino de la Plaza, Eduardo Wilde, Benjamin Victorica y Juan José Romero, son ya harto conocidos en toda Europa, y quizás más en España, por lo mucho que sobre ellos y sus obras se ha escrito, para que nos creamos en la necesidad de darlos á conocer nuevamente.

Bástenos decir que los miembros actuales del Gabinete argentino son dignos, por su talento, ilustracion y competencia, de figurar á la par de nuestros primeros hombres públicos, y que, si algo merecen, es consideracion y simpatía por parte de todos los que amen la libertad, la justicia y el progreso.

Y, si para levantar todos esos hombres ante la consideracion de propios y extraños, no bastaren su talento, su ilustracion y patriotismo, ahí están sus obras, sus trabajos, la serie de acontecimientos políticos y administrativos á que se hallan ligados en el glorioso despertar de una nacion que ha entrado de lleno en el camino en que las naciones se glorifican y engrandecen.

En la República Argentina ya no se trata de promesas que se han de cumplir, de esperanzas que se han de realizar. Se trata de promesas cumplidas y esperanzas realizadas. Se trata de un adelanto y de un engrandecimiento positivo, proclamados en alta voz por la voz imparcial de la prensa europea.

Se trata de una nacion que ha resuelto pacíficamente sus cuestiones de política y organizacion internas, en nombre del patriotismo, la equidad y el buen sentido, estableciendo el equilibrio salvador de las leyes bajo cuyos auspicios viven felices sus hijos, y los millares de extranjeros que allí van, en busca de un clima dulce, de una hospitalidad cordial, de un trabajo bien remunerado, de grandes ventajas y comodidades para la vida, y de un inmenso hogar en que todos se confunden indistintamente en nombre de la libertad.

Se trata de una joven nacion que en las cuestiones exteriores ha revelado el tino, la prudencia y *savoir faire* de que el Gabinete argentino hizo lujoso alarde, al arreglar la debatida cuestion de límites con Chile; calidades que también pondrá de manifiesto ahora en los litigios diplomáticos con el imperio del Brasil.

¡Tal es la obra, noble, patriótica, levantada, inteligente, de los hombres públicos de la República Argentina, que segun *La Prensa Moderna*, *no saben leer ni escribir!*

Pero al detractor de la noble patria de Rivadavia, San Martín, Belgrano, Moreno, Varela, Alsina, Velez Sarsfield, Pico, Gutierrez, Mármol, Lopez y tantos otros, no le ha bastado decir una blasfemia de ese calibre sobre una pléyade de políticos, historiadores, poetas, escritores, oradores y militares, que gozan de celebridad europea. ¡Ha querido ir *más allá*, y ha dicho así, muy tranquilamente, que el ejército de la República Argentina *se compone de criminales y de la escoria de la sociedad!*

¡Militares dignos, tácticos, educados unos en colegios europeos, otros en los que existen allí, calificados de esta manera en presencia de los que pueden desmentir al calumniador!

¡Ah, no! ¡Orgullosa está, y orgullosa puede estar la República Argentina de su ejército; de ver figurar en sus filas jefes como Villegas, Lavalle, Nelson, Campos, Viejobueno, Alvarez, Rucedo, Donovan, Olazcoaga, Bosch, García y demás gallardos y valientes oficiales que lo mandan hoy, como ayer lo mandaban Mitre, Gelly y Obes, Vedia, Pámero, Murga, Ber, Borges y tantos otros que, luchando sin descanso contra la tiranía, han venido derramando su sangre por alcanzar para su patria el progreso, la libertad y la justicia!

¿Y qué mejor prueba de esta hermosa verdad que las noticias que de allí nos llegan diariamente por los ciento y cincuenta vapores que en la actualidad navegan mensualmente entre los puertos europeos y los de la República Argentina?

¿Qué nos dicen esas noticias?

Que la poblacion aumenta de una manera asombrosa, no bajando de siete ú ocho mil emigrantes los que allí llegan cada mes.

Que hay cuatro ó cinco mil braceros trabajando en las distintas líneas de ferro-carriles que por doquier se construyen, suprimiendo las distancias que separa los centros productores de los puertos del litoral, facilitando así los medios de exportar las inmensas riquezas de un país que pronto será uno de los *primeros productores* de la tierra.

Que allí ya nadie piensa en revoluciones, ni *pronunciamientos*, ni *asonadas*, sino en trabajar, en consolidar la paz, engrandecer la nacion y dar

arraigo á la inmensa poblacion extranjera que en la Argentina ha fijado su residencia.

Eso nos dicen las noticias que de allí vienen á cada momento, resumiendo una situacion de prosperidad y engrandecimiento, que llamando la atencion de capitalistas de la talla de Rostchilcd, los incita á llevar allí sus capitales, para tomar parte en el prodigioso desarrollo comercial y mercantil de la República Argentina.

Cualquier dato tomado al acaso, prueba ese desarrollo y esa prosperidad.

Allá vá uno entre tantos: el movimiento y producto de la línea del ferro-carril *Central argentino*, el que pone algunos pueblos del interior en comunicacion con el puerto del *Rosario* la floreciente poblacion que se levanta á orillas del majestuoso *Paraná*:

Productos.

Pasajeros.....	22.493 16
Cargas.....	123.645 22
Encomiendas.....	3.010 94
Exceso de equipajes.....	1.298 12
Telégrafos.....	695 06
Trenes especiales.....	8.891 25
Arrendamientos.....	5.486 50
Varios.....	4.813 91
	<hr/>
	170.334 16

Gastos.

Via y obras.....	11.523 19
Locomotoras.....	8.929 42
Talleres.....	1.578 62
Coche y wagones.....	3.178 51
Tráfico.....	14.763 51
Direccion.....	9.642 34
Telégrafo.....	807 54
Varios.....	1.680 80
	<hr/>
	52.103 93

Líquido producto..... 118.230 23

Al publicar estas cifras llamamos la atencion sobre las utilidades que en aquellos países producen las líneas férreas, revelando esas utilidades, á la par de la riqueza del país, el inmenso movimiento mercantil de los pueblos argentinos.

Debiendo aprovechar el espacio que se nos concede, tenemos que pasar ya á otra República: al Paraguay.

Ante todo, es digno de llamar la atencion el verdadero interés con que la prensa española, por el órgano de algunos de nuestros publicistas más distinguidos, empieza á ocuparse de aquel noble pueblo, como si al saludarle en su glorioso despertar, quisiesen ayudarlo en la obra de redencion que acaba de emprender.

Varios son los artículos que en estos días hemos visto dedicados al Paraguay, llamándonos la atencion, unos, por la belleza de su forma, otros por la importancia de los datos que contienen, y todos por el levantado sentimiento de justicia que los inspiran, probándonos este gran movimiento en favor del Paraguay, de su Gobierno, de su situacion general y de sus nobles esfuerzos por levantarse de la postracion á que le tuvieron condenado sus verdugos, que teníamos razon al iniciarlo en la prensa española.

Reproducidos esos artículos en algunos de los más importantes diarios de nuestras ciudades, el Paraguay es ya conocido como uno de los pedazos de la tierra á que pueden acudir confiadamente los desheredados de la fortuna en Europa, seducidos por la legítima ambicion de encontrarla allí.

¿Qué buscan éstos? ¿Paz, estabilidad, trabajo, amplia libertad de adorar á Dios en la forma que mejor les plazca?

Pues todo eso les brinda el Paraguay, á la sombra del Gobierno del general Caballero, y les brinda territorios inmensos donde explotar las infinitas riquezas que en sus entrañas esconden.

El diario más importante del imperio del Brasil, el *Jornal do Commercio*, dice «que lo que está pasando en el Paraguay, parece un idilio!»

Si el escritor que en *La Prensa Moderna*, á pesar de ser éste un diario republicano, ha emprendido la triste tarea de combatir á las Repúblicas americanas, estudiase lo que ha pasado y lo que pasa en el Paraguay, si lo conociese tan sólo, si comprendiese la situacion á que la República quedó reducida despues de la sangrienta guerra á que la arrastró su feroz tirano Lopez, con la que hoy atraviesa, no podría menos de tributar elogios entusiastas á los hombres que acompañan al Presidente Caballero en esta memorable campaña de redencion, que hará sus nombres inmortales.

¡Honor á ellos!

Las noticias que de Venezuela tenemos, alcanzan á mediados del mes anterior.

Gratas y siempre satisfactorias son estas.

La República, encauzada hace tiempo en las vías de una organizacion sólida, bajo los auspicios del Gobierno que preside el ilustre Presidente Guzman Blanco, adelanta de una manera verdaderamente sorprendente.

Cuenta uno de nuestros colegas, que en estos días, hablando el Sr. Varela con el rey, sobre aquel país, le decia:

«Yo no creo que ningun hombre en Améri-

ca haya hecho tanto por su patria como Guzman Blanco, cuya voluntad inquebrantable y talento superior, han podido realizar obras de tal trascendencia, que en otros países necesitarian el concurso de muchas voluntades y de muchos hombres de gran talla, para llevarlas á cabo.»

Y tal es la verdad confirmada por hechos de una elocuencia indiscutible.

Seguian con actividad los preparativos para el Centenario del gran Bolívar, que será solemnizado en toda Venezuela, no sólo con el majestuoso *Certámen* á que han sido invitados los ingenios americanos y españoles, sino con la inauguracion de grandes obras de utilidad pública, entre ellas la del ferro-carril de la *Guayra á Caracas*, que cambiará por completo la faz mercantil de aquel país, poniendo en comunicacion, no solo la capital, sino todos los pueblos productores del interior con aquel puerto tan importante.

Hasta hace poco tiempo, eran contados los que tenian fé en la realizacion de esta obra, dado su coste y los puntos dificultosos que era preciso vencer; pero el general Guzman Blanco, con esa fé inquebrantable que le distingue y el crédito que ha sabido conquistar para su honrada administracion, todo lo ha ido allanando hasta conseguir la suprema aspiracion de sus compatriotas: *Ver construida la línea férrea de la Guay á Caracas*.

Cuando un gobernante sirve así los intereses de su patria y así responde á la confianza en él depositada por sus compatriotas, ¿qué extraño debe parecer que estos le aclamen de continuo con entusiasmo?

Guzman Blanco ha sido el verdadero salvador de Venezuela.

P. DE NAVARRETE.

MEMORIAS DE UN LOCO.

(Continuacion.)

— Estoy dispuesto á ir al Departamento; pero les pido que me permitan antes acompañar á esta señora á su casa, como se lo he ofrecido. Para que no crean que quiero escaparme, podrán ustedes acompañarnos.

— Vamos, pues, digeron los agentes.

Salimos del Alcázar Lírico, llevando detrás á los dos vigilantes y seguidos de la muchedumbre.

Una vez oí á un loco cantar lo siguiente:

Una mujer me echó al mundo
Para sufrir y llorar;
Por una he tenido un duelo,
Por otra una enfermedad,
Por otra me fuí á la guerra,
Salvándome por azar
Con una pata de méno
y seis chichones de más;
Y por otra, finalmente,
Por otra... es mejor callar;
Que son siempre las mujeres,
Si vale hablar la verdad,
La causa de las desgracias,
La quinta esencia del mal.

Me parece que esa otra que el loco callaba era la de mi caso.

IX

DONDE SE REVELAN ALGUNAS COSAS Y SE CALLAN MUCHAS MÁS.

Para evitar que nos siguieran los curiosos, y que alguna persona conocida me viera en tal difícil posicion, al salir á la calle tomé un coche, en el cual nos metimos con los dos polizontes, que nada tuvieron que observar á mi galantería.

Pregunté á la mujer las señas de su casa, y se las dí al cochero.

El vehículo empezó á rodar con velocidad, y yo me entregué á las extrañas y fatídicas reflexiones que se desprendian de mi situacion comprometida y escepcional.

— ¡Ah! ¡Cómo se ahogan en su origen, decia yo para mí, los sentimientos más nobles del corazon humano! ¡Cómo se interpretan por la sociedad las aspiraciones más generosas del alma! ¡Cómo nos persiguen por todas partes desde la cuna los desengaños! ¡Cómo se quieren reducir todas nuestras acciones á la norma de un egoismo desconsolador!

¡Héme aquí, pensaba yo, héme aquí confundido con la hez de los criminales! ¡Héme aquí acusado de asesino en complicidad con una mujer de mala vida, todo por haberme dejado arrastrar por un impulso de mi corazon!

Mientras tanto, esos miserables, esas gentes crueles, cuya conducta repugnante es causa de mi desgracia, se mofarán de mí, me rehusarán donde quiera que me encuentren su conversacion y su trato, me velverán el rostro cuando se vean conmigo, y me señalarán con el dedo como un sér degradado, como un asesino, ante la opinion de las gentes sensatas.

Este es el mundo.

Hoy pensaba divertirme, comprar una hora de olvido, y dormir luego un sueño tranquilo que reparase las fuerzas de mi espíritu agitado; y sin duda alguna, en vez de lo que esperaba, tendré esta noche por morada un sombrío calabozo y por lecho sus piedras húmedas y frias.

Mañana tal vez el grillete oprimirá mis carnes, y sobre mi frente caerá una eterna condenacion, una mancha indeleble, una horrorosa infamia.

¡Quién sabe, si esta mujer, á quien el mundo infama, á quien la sociedad menosprecia y rechaza, á quien los hombres acosan y escarneen, quién sabe, si esta mujer que lleva marcado en su frente el sello de una condenacion irredimible, no es tambien una pobre víctima de las eternas injusticias del mundo! ¡Quién sabe, si es desgraciada porque

ha tenido más corazon que egoismo, más bondad que vicio, más debilidad que crimen!

¡Quién sabe si sufre secretamente, y rie ante el torbellino del mundo! ¡Quién sabe si en el fondo de su alma guarda las heces de todas las amarguras de su vida, y si cada una de sus forzadas sonrisas es la punta acerada de un puñal que penetra hasta su corazon!

¡Tal vez el primer paso en su carrera fué un engaño, preparado astutamente por los halagos de un malvado que se movió sacrilegamente de su candor! ¡Tal vez su misma inocencia facilitó el camino de un crimen!

¡Y cuántas mujeres no han caido en el profundo abismo del vicio por causas análogas!

Yo he tenido siempre en el fondo de mi pecho un sentimiento de conmiseracion para esas desgraciadas.

Para mí su risa, sus halagos, sus diversiones, su alegría, su despreocupacion, todo es fingido, todo es falso; sólo son verdad sus amarguras.

Esos pobres séres para quienes la sociedad es implacable, los hombres crueles, la autoridad despótica; esos pobres séres abandonados de sus amigos, desconocidos de sus hermanos, maldecidos por sus mismos padres y rechazados y proscritos de todas partes, sin que nadie se interese por su suerte; esas infelices obligadas á renegar de su patria, á negar hasta su hogar y su nombre, cuyo contacto mancha ante la opinion del mundo, no han merecido de nadie una mirada de compasion.

El filósofo, entregado á toda clase de especulaciones, en el terreno de las concepciones elevadas que empujan á la humanidad por el sendero de la perfeccion, no les ha consagrado un solo pensamiento; el político, que se ocupa de la redencion del pueblo y del bienestar de las clases necesitadas, no ha pensado un solo momento en su redencion; el filántropo, movido constantemente por sus impulsos generosos, no ha tenido para ellas un solo átomo de sentimiento.

¡Pobres mujeres! ¡Pobres extraviadas!

Cuando el hombre es la causa de vuestra degradacion y de vuestras infinitas amarguras; cuando el hombre os lanza casi siempre, por medio de una vileza, en ese calvario cuyo camino es el desamparo, la proscricion, la muerte del espíritu, la orfandad, y cuyo fin es la desesperacion y la muerte en un triste y frio hospital, el hombre, en su dureza de corazon, se rie de vuestro martirio y escarnece con impúdica insolencia vuestros inmensos dolores.

Vuestro recuerdo se perderá en la fosa comun, sobre la cual no se conservará ni siquiera una inscripcion, que revele vuestro paso fugaz por la vida. Sobre la tierra que os cubra no se depositará una flor ni se verterá una lágrima, por que ni compasion hallareis en vuestros deudos despues de la muerte.

¡Hombres crueles! Yo os acuso ante vuestra conciencia; ante ese Dios en quien creéis y esperais; yo os acuso ante la posteridad, que será sin duda más humanitaria, más civilizada y más generosa; yo os acuso de vuestra iniquidad y de vuestra dureza de corazon. Hasta ahora, en vez de pensar en redimir habeis pensado en corromper; os habeis ocupado solamente con egoismo de vuestros placeres, aunque para conseguirlos hayais tenido que arrojar en la desesperacion y en el lodo repugnante del vicio á un sér inocente, sensible y cariñoso.

Estas consideraciones que se agolpaban en mi mente, hicieron nacer en mí un ferviente propósito.

Mi situacion era crítica, pero comprendí que habia en el mundo séres infinitamente mucho más desdichados que yo.

Tales son esas mujeres que se dedican á vender su cuerpo y sus mentidos halagos al primero que pasa, que están obligadas á ser por un precio del primero que se acerca, viejo ó jóven, blanco ó negro, bueno ó malo, fingiéndose alegres cuando tal vez sienten repulsion y odio; sin preferir nunca una queja, sin confiar á nadie sus terribles misterios, que corrompen poco á poco su azarosa existencia y marchitan prematuramente su juventud.

Mi propósito firme, decidido, indeclinable, es arrojar á la faz de la sociedad, como la más tremenda de las acusaciones, los horrores de esas existencias desconocidas de unos y vilipendiadas de otros, dar á la luz pública la historia de algunas de esas mujeres para abochornar á la sociedad entera y especialmente á los hombres, que son casi siempre los verdugos de esas pobres víctimas expiatorias.

Sentada á mi lado tenia una de esas mujeres, y segun todas las apariencias, debia tener larga y curiosa historia.

Le eché una mirada de interés. Sus ojos estaban todavía llorosos, su airc parecia triste. Durante largo rato, no pronunció una sola palabra.

Aquella mujer sentia, puesto que habia llorado. Aquel corazon no era sordo á las emociones del sentimiento. ¡Cántas de aquellas mismas lágrimas habria vertido tal vez en secreto al encontrarse sola, frente á frente de su conciencia, recorriendo su pasado ó mirando á su porvenir, oscuro como un profundo abismo!

Tal vez en aquellos momentos evocaba recuerdos gratos de otros tiempos mejores, y al compararlos con el presente, acentuaban más sus sombras y avivaban más su dolor.

Para mí su palabra debia ser una elocuente revelacion, su historia todo un poema. Aquella mujer era para mí un hallazgo, una mina, un tesoro.

Me decidí, pues, á romper el silencio para empezar mi investigacion, é inclinándome hacia ella para no ser oido de nuestros guardianes.

— Señora, dije, yo afectando un tono jovial y despreocupado: ya que mi mala ventura ha hecho que vaya hoy preso por su causa, me parece que seria bastante razonable que yo supiera al menos á quién debo esa gracia.

— ¿Me pregunta usted mi nombre?

— Sí, deseo saber su nombre; creo que es muy justo, y usted no me le negará.

— ¡Oh, señor! exclamó ella sin osar casi hablar, temo mucho que, sabiéndolo, tan solo lo recuerde para maldecirlo.

— ¿Por qué lo he de maldecir?

— Porque le he hecho mucho daño. He comprometido á usted gravemente, y por mi causa va á pasar grandes disgustos.

— ¿Por ventura ha sido esta su voluntad?

—Bien sabe usted que no. ¡Ojalá pudiera yo evitarlo y compensar de algún modo su delicado comportamiento! Para ello tan solo tengo mi gratitud que, no lo dude usted, será eterna; mas de muy poco le puede servir.

—¿Quién sabe!

—Ya habrá usted comprendido lo que yo soy; y si no lo hubiese adivinado, puede imaginárselo y ahorrarme la vergüenza de decirlo. Nada puedo ofrecer á usted que le halague, nada que equivalga á la generosidad que ha usado usted conmigo.

—Está usted en un error. Si por su parte existe el deseo de recompensarme, yo le ofrezco desde luego un medio de satisfacer ese deseo cumplidamente.

—Cualquiera que sea, lo acepto sin vacilación. Puede usted ordenar, y será para mí una obligación sagrada hacer cuanto esté en mi mano para complacerle.

—Pues bien, la única recompensa que anhelo es que me cuente su historia, que me revele su vida íntima, sus aficciones y sus penas, porque yo he adivinado que Vd. sufre, que Vd. tiene un corazón sensible, á través del velo de fingida alegría con que se esfuerza en cubrir su semblante, y de la máscara con que se disfraza ante el mundo.

—¿Y qué interés, qué aliciente puede Vd. tener, qué bien le puede reportar la historia, las vicisitudes, los tormentos de una pobre mujer oscura, sin nombre, sin patria, sin familia, sin hogar; de una infeliz encenagada en el fango del vicio, en los horrores de la prostitución? ¿Para qué quiere usted conocer mi vida?

—Me ha ofrecido Vd. satisfacer mis deseos, y reclamo el cumplimiento de una promesa. Yo, por mi parte, ofrezco no revelar á nadie lo secretos de que me haga Vd. depositario; pero le pido, le exijo que me diga toda la verdad, por horrible, por repugnante que sea: tal vez yo encuentre algún remedio á sus males.

—Puesto que Vd. lo quiere, ya que es en mí un deber, voy á complacerle. Espero que no hará caso, si en el transcurso de mi relación ve brotar de mis ojos alguna furtiva lágrima. ¡Me entristecen tanto los recuerdos!

—Deposite Vd. en mí su confianza, hágame partícipe de sus aficciones.

—Yo ví la luz del día...

—¡Maldición! exclamé yo al ver abrirse la portezuela del carruaje.

La palabra *maldición* fué pronunciada por mí como un aullido de rabia.

Todos se levantaron precipitadamente, sin comprender de aquella palabra, ni el significado ni el tono.

El cochero había parado el carruaje y nos anunciaba la llegada: hé aquí todo lo que sucedía.

La heroína de aquella aventura se despidió de mí, bajó del vehículo y entró en su casa.

Yo estaba preso y ella estaba en libertad; entre ambos se interponía ya la policía; y al alejarse ella se desvanecía como el humo mi soñada historia.

Ni el nombre me quedaba de la protagonista, á quien quizá no volvería á ver.

¡Oh! caminar por este mundo, seguir esta espinosa y árida carrera de la vida, tropezando á cada paso con un desencanto, perdiendo en cada momento una esperanza, encontrándose siempre impotente para todo, condenado á la desesperación y á la muerte física, después de una eterna lucha, en que nos van arrancando uno á uno los sentimientos y las ilusiones que constituyen la savia preciosa de la vida; verse uno poco á poco agostarse y esterilizarse como un árbol cuyas hojas secas arrebatada el viento, y cuyo tallo troncha el huracán, hé aquí nuestro triste, nuestro oscuro destino.

Caí en un penoso abatimiento y me dejé llevar, abandonándome á la suerte.

X

DONDE PODRÁ VERSE QUE YA TRUENA GORDO.

Mis dos acompañantes permanecían en un silencio sepulcral, clavados en sus asientos, como si fueran dos estatuas de piedra.

El carruaje empezó á rodar por el empedrado, y los ecos de su ruido se perdían en el silencio de una noche oscurísima, más oscura que las sombras de mi negro porvenir.

Yo estaba taciturno, meditando en la fatalidad de mi suerte, en la mala ventura que seguía á mi destino, como la sombra sigue constantemente á los cuerpos opacos.

De repente me ocurrió un pensamiento salvador.

Yo era víctima de uno de esos errores que de cuando en cuando empañan la justicia de los hombres, sacrificando á un inocente; pero yo podía buscar pruebas de mi inocencia, yo debía encontrarlas, y evitar esa terrible injusticia, ese golpe mortal que caía sobre mí, que abrumaba mi espíritu, que me hundía para siempre en el abismo de la deshonra y de la perdición.

Buscar y traer en mi apoyo el testimonio de alguien que me conociese y pudiese informar sobre mi conducta y mis antecedentes, era el camino que me quedaba.

Si me dejaba llevar á la cárcel, si me encerraba y me ponían incomunicado, podría faltarme quien se interesase por mí, podría hallarme privado de los medios de buscar las pruebas que yo necesitaba, teniendo, por consiguiente, que estar, como sucede con frecuencia, meses y meses encerrado como un criminal, sometido á aquel suplicio del cuerpo y al horrendo martirio del alma de verme confundido con la escoria de la sociedad.

Era, pues, urgente que yo intentase librarme de tan inmenso peso.

Pensé en el dueño de la casa donde vivía, y me dirigí á uno de mis vigilantes:

—¿Usted me va á permitir que antes de ir á la Policía, pasemos por el *Hotel de l'Ancre de Or*?

El guardian meneó la cabeza como vacilando; más yo añadí, para acabar de convencer:

—Allí vivo yo; y como el dueño de la casa me conoce, tal vez se prestará acompañarnos á la Policía para atestiguar que soy inquilino pacífico y honrado, y no quien ustedes equivocadamente han creído.

—Nosotros no podemos acceder á su deseo, porque tene-

mos órden de prenderle y llevarle inmediatamente al departamento.

—Pero la órden que ustedes tienen no es para prenderme á mí.

—Eso á nosotros no nos toca averiguarlo. Hemos consentido ya en ir á casa de la señora, lo cual no debíamos hacer, y nos es imposible perder más tiempo. Lo que tenga que alegar podrá decirlo así que lleguemos.

—Pero ustedes ven que es una infamia el llevar á un hombre preso por simples sospechas; y si después resulta que ustedes se han equivocado, no me pagan con nada el tiempo que me habrán hecho perder, la mala noche, la vergüenza y el disgusto que habré pasado. Tengan siquiera un poco de consideración.

—Es imposible, porque luego pagaríamos nosotros por usted. Si el jefe lo permite, á nuestra llegada yo estoy dispuesto á ir en busca de la persona que Vd. solicita.

No quise insistir más, y me resigné á esperar, convencido de no ser posible vencer la firmeza de mis carceleros.

Mientras tanto había empezado á llover, y uno que otro relámpago alumbraba de cuando en cuando con una luz súbita y siniestra, las profundas tinieblas de aquella noche memorable.

El salvaje ruido del agua que caía, se mezclaba, formando una armonía triste y desagradable, con las pisadas de los caballos y rodar del carruaje sobre el pavimento.

El agua iba en aumento y empezaba ya á correr por las calles convertidas en cauces de otros tantos ríos.

Llegamos, por fin, al Departamento de Policía.

La noche se hallaba cada vez en una oscuridad más densa, sus sombras agigantaban los objetos hasta perderse en lo infinito de una nada universal, el silencio y la soledad reinaban por do quiera, y el agua con su ruido uniforme y monótono parecía arrullar el sueño misterioso de la naturaleza.

Salí del carruaje, atravesé la acera custodiado por los dos Argos que me venían acompañando, y entré en la policía hecho una sopa, quedando el carruaje en la puerta.

¡Cuál no sería mi sorpresa, al encontrar allí á Pepe, á aquel tipo cínico y desvergonzado, á aquel insolente autor del escándalo que había dado por resultado encontrarme yo en aquella situación!

Su presencia no podía ser tranquilizadora para mí, y lo fué mucho menos, cuando noté que estaba hablando confidencialmente con el Jefe de policía.

Cuando yo entré, me miró con orgullo é insolencia, se sonrió como quien está satisfecho de haberse burlado de un adversario, y dijo estas palabras:

—Este es.

Yo comprendí que habían estado hablando del suceso del Alcázar Lirico; y no sabiendo á qué atribuir semejante paso de un hombre á quien no conocía, conjeturé que solo el miedo, la cobardía que va siempre unida á la desvergüenza y á la vileza, le transformaron en delator.

Acordéme de que le había ofrecido volver á pedirle estrecha cuenta de sus palabras, pensé en que le había amenazado, y probablemente por esto se presentó á dar parte á la policía.

El Jefe se dirigió á mí en actitud de dar principio á un interrogatorio.

—¿Cómo se llama usted?

—Me va á permitir, señor Jefe, que antes de dar mi nombre, le ruegue que me escuche un instante. Me bastan unos momentos para desvanecer un error grave en que se ha incurrido.

—No es necesario, repuso el Jefe, le conozco á usted bastante para saber qué casta de pájaro tengo á la vista.

—Si los conocimientos que usted tiene de mí se los ha facilitado ese miserable que antes le hablaba, ese cobarde aconsejado tan sólo por el miedo, desde luego le digo que son falsos, y le ruego suspenda su juicio hasta que haya bebido en mejores fuentes.

—Señor Jefe, ese hombre me insulta, y ruego á usted le haga callar para no verme en el caso de tener que arrancarle la lengua, contestó Pepe con estudiada energía.

—Ya sé yo á lo que es debida tu arrogancia; como ahora estoy yo preso y tú estás en libertad, bien puedes echar bravatas; la autoridad cuidará lo suficiente de que no toque tu persona; pero guárdate de mí que algún día hemos de vernos las caras.

—Señor Jefe, le pido por segunda vez que haga callar á ese hombre; yo no quiero disputas con asesinos, añadió Pepe.

—¡Miserable! ¡cobarde! ¡crápula! ¡espía! ¡impostor! grité yo furioso.

—¡Basta! ¡basta! gritó el Jefe de policía agitando fuertemente la campanilla.

—Ya no puede usted dudar, dijo Pepe con aire de triunfo, dirigiéndose al Jefe, de que este bandido es el cómplice de *Rufina la Lechuza*, á quien tanto tiempo se ha estado buscando.

—¿Habías de ser tan miserable, exclamé sin poder contener un raptó de indignación, que el miedo te haya convertido en calumniador?

—Cállese Vd., si no quiere verse amordazado, y responda á mis preguntas, dijo el Jefe con gravedad.

—Digo y repito...

—No hay que repetir nada.

—Que la delación de ese hombre es falsa...

—Dígame pronto su nombre.

—Salí en defensa de una pobre mujer, á quien él maltrataba y yo no conocía, y...

—¿Que traigan una mordaza! exclamó el Jefe verdaderamente amostazado.

En estos momentos se presenta el cochero en la puerta, exclamando:

—Vengo á cobrar el coche.

—¿Qué dice Vd.? preguntó el Jefe volviendo el rostro hácia la puerta.

—Que ese caballero ha tomado un carruaje y no me ha pagado. Yo no puedo esperar más tiempo.

El agua que había caído sobre mí, no me había dejado tan frío como las palabras del cochero.

La cabeza se me nubló, bajé avergonzado los ojos, se me

enciendió el rostro, y me quedé mudo. Había gastado mis últimos reales en beber cerveza en el Alcázar.

—¿Me paga Vd.? agregó el cochero.

—Le hablan á Vd., me dijo el Jefe levantando la voz; tiene Vd. permiso para contestar al cochero, añadió con un acento ligeramente burlon.

Pepe soltó una estrepitosa carcajada.

—¿De modo, que también es usted tramposo?

—Esto sólo le faltaba.

Al llegar á este punto, asoma por la puerta el dueño del hotel donde yo vivía, á quien probablemente había ido á llamar uno de los agentes, y dá un grito:

—¡El loco! exclama lleno de sorpresa, ¡el loco furioso! ¡el escapado del manicomio!

Entra luego un ordenanza y dice azorado:

—¡El temporal ha hecho desplomar una casa en el Paseo de Julio! ¡Ha habido varias desgracias!

Aparece otro ordenanza y exclama jadeando:

—En la calle de la Piedad se ha declarado en estos momentos un gran incendio!

El Jefe de policía se levanta precipitadamente, ilumina el salón la luz vívida de un relámpago, suena un horroroso trueno que hace retemblar todo el edificio, dan las doce de la noche en el reloj del Cabildo, y yo... no continúo la *Historia de un día*, porque se ha concluido el día de la historia, y redondeo el párrafo, el capítulo y la historia con un punto final.

PEDRO ARNÓ.

(Concluirá.)

Á NATALIA.

(EN UN ÁLBUM.)

Quieres que en una de las blancas hojas
De ese libro, recuerdo sin ventura,
Que en una primavera de esperanzas
Puso mi mano trémula en las tayas,
Haya un borron que con mi humilde nombre
Las hondas penas de mi sér descubran.

Nunca un alma que vive de recuerdos
Su tristes ayes exhalar rehusa;
Pero olvidas que pobre caminante
Del torpe mundo por la senda ruda
No huellan ya la alfombra de esmeraldas
Con viva fé mis plantas inseguras;
Y que al impulso de tormentas fieras,
Y que á través de gigantescas luchas,
Si el corazón incólume y altivo
Late en mi seno con igual bravura,
Ni el entusiasmo de los verdes años,
Ni los ensueños que á la infancia arrullan,
Ni el fantástico son que del poeta
Sabe crear la inspiración fecunda,
No vuelan ya del cenagoso suelo
Para buscar del corazón la altura.

Perdona, pues, al que te admira ciego
Guarde en silencio lo que sienta y sufra
Si á su despecho arrebatado no puede
Vivos fulgores á su mente oscura.

¡Y qué importa! Si fueron nuestras almas
Hechas tal vez para encontrarse juntas;
Si los azares de la vida hicieran
Que á ambas cupiera desigual fortuna,
Estar no pueden al alcance humano
Del porvenir las decisiones mudas.

Más, pues quieres que exista un pensamiento
Trazado aquí por mi gastada pluma,
Si él es sin duda inspiración del alma
Para él no puedes abrigar la duda.

Viejo es hoy ya quien jóven te admiraba:
De luengos años la empeñada lucha,
Del breve tiempo el implacable paso
Hondas señales mis mejillas surcan.

Mas, si el cuerpo envejece y se marchitan
De la flor de la vida una por una
Las hojas nacaradas, el tesoro
De noble, inmensa, de inmortal ternura
Que por tí y para tí mi seno encierra,
Ese, Natalia, no envejece ¡nunca!

L. DE LOMA Y CORRADI.

LA CARAVANA.

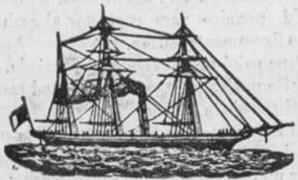
¡Allá vá! Por la cálida llanura
avanza; ruje el huracán violento,
y absorbe y seca su abrasado aliento
del oasis risueño la frescura.

El día espira, y en la noche oscura
ELLA no calma su tenaz tormento;
prosigue sin cesar, y no halla asiento
do mitigue el reposo su tristura...

Así también la humanidad camina,
como inmensa y eterna caravana
que al fin de sus afanes no adivina;
hoy su oasis vislumbra en el mañana,
y siempre por el mundo peregrina
la dicha que soñó mira lejana!

P. LANGLE.

ANUNCIOS.



VAPORES-CORREOS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA.
(ANTES A. LOPEZ Y COMPAÑIA).

SERVICIO PARA PUERTO-RICO Y LA HABANA.

Salidas: de Barcelona los días 4 y 25 de cada mes; de Valencia el 5; de Málaga 7 y 27; de Cádiz 10 y 30; de Santander el 20; y de la Coruña el 21.

NOTA. Los vapores que salen de Cádiz el 10 hacen la escala de las Palmas (Canarias).

Se expenden tambien billetes directos para

MAYAGUEZ, PONCE, SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS, con trasbordo en Puerto-Rico ó Habana.

Rebajas á familias y tratos convencionales para aposentos mayores que los correspondientes ó de gran lujo.

Los pasajes de 3.ª clase acaban de fijarse en 35 duros.

Idem de 3.ª preferentes con mayores comodidades á 50 duros á Puerto-Rico y 60 duros á la Habana.

Para más detalles dirigirse á Julian Moreno, Alcalá, 28, Madrid.—D. Ripoll y Compañía, Barcelona.—A. Lopez y Compañía, Cádiz.—Angel B. Perez y Compañía, Santander.—E. da Guarda, Coruña.

CASA GENERAL DE TRASPORTES

JULIAN MORENO

CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES
DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE,
Y
OFICIO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

A. LOPEZ Y COMP.ª

MADRID.—ALCALÁ, 28.

PALACIOS Y GOYOAGA

SASTRES.
3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3

EDMUNDO DE AMICIS

MARRUECOS

Traducción española, con permiso del autor, y noticia biográfica del mismo, por

JOSÉ MUÑOZ CARRO

Un volumen de 450 páginas.—Se vende al precio de 3'50 pesetas.—Los pedidos acompañados de su importe á Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72, librería, Madrid.

CAMPOAMOR

COLON.

POEMA

Esta obra forma un volumen de 284 páginas, esmeradamente impreso, y se vende al precio de tres pesetas en toda España.

Diríjanse los pedidos á la librería de D. Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72, Madrid.

EL BANDOLERISMO

ESTUDIO SOCIAL Y MEMORIAS HISTÓRICAS

POR EL EXCMO. É ILMO. SEÑOR

DON JULIAN DE ZUGASTI

EX-DIPUTADO Á CORTES, EX-DIRECTOR DE PROPIEDADES Y DERECHOS DEL ESTADO
Y EX-GOBERNADOR DE CÓRDOBA

A esta obra se suscribe en Madrid, casa del Autor, calle de San Pedro, núm. 1, piso 3.º derecha.

Se han publicado la INTRODUCCION y los ORIGENES.

Cada una de estas partes consta de tres tomos, y constituye por sí sola un trabajo completo, que puede adquirirse por separado.

Además se han publicado los cuatro tomos de que consta la PARTE SEGUNDA, titulada NARRACIONES.

Se vende al precio de DOCE reales cada tomo, para los no suscritores, en casa del Autor y en las principales librerías de España.

En las Antillas y Filipinas cuesta cada tomo á los suscritores un peso en oro.

D. RAMON DE CAMPOAMOR

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

DOLORAS

Y

CANTARES

DÉCIMO-SEXTA EDICION

Un grueso volumen de LVII-458 páginas.—Se vende al precio de 5 pesetas en Madrid y 5'50 en provincias, en casa de Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72, librería, Madrid, donde se dirigirán los pedidos acompañados de su importe.

Vino y Jarabe de Dusart

DE

LACTOFOSFATO DE CAL

Las experiencias de los más acreditados médicos del mundo entero han demostrado que el lactofosfato de cal en el estado soluble, tal como existe en el **Vino y el Jarabe de Dusart**, es en todos los periodos de la vida, el **reconstituyente** por excelencia del cuerpo humano.

En las **mujeres embarazadas** facilita el desarrollo del feto y basta á menudo para evitar los vómitos y demás accidentes que acompañan al embarazo. Si se le administra á las **nodrizas**, enriquece su leche y ya no hay que temer para la criatura, ni **cólicos ni diarreas**: la **dentición** se verifica fácilmente sin dolores ni **convulsiones**. Más tarde, cuando el niño está **pálido, linfático**, cuando sus carnes están **flojas**, y que se le presentan **glándulas** al rededor del cuello, se encuentra en el lactofosfato de cal un remedio que es siempre eficaz.

Su acción reparadora y reconstituyente no es ménos segura en las **personas mayores** cuando están **anémicas** ó padecen de **malas digestiones**, así como en las que están debilitadas por la edad, el trabajo ó los excesos.

Su uso es de gran precio para los **tísicos** pues causa la **cicatrización de los tubérculos** del pulmon y sostiene las fuerzas del enfermo, favoreciendo su alimentación.

En resumen, el **Jarabe** y el **Vino de Dusart** estimulan el apetito, establecen la **nutrición** de un modo completo y aseguran la **formación regular** de los **huesos**, de los **músculos** y de la **sangre**.

Paris : Casa GRIMAULT y Cª, 8, Rue Vivienne

DEPÓSITO EN LA PRINCIPALES FARMACIAS Y DROGUERIAS

BANCO DE ESPAÑA.

Situación del mismo en 31 de Marzo de 1883.

ACTIVO.

	Pesetas.	Céntimos.
Efectivo metálico.....	30.598.006	42
Pastas de plata.....	5.306.251	35
Caja. Casa de Moneda, pastas de plata.....	110.055	55
Efectos á cobrar hoy.....	12.806.900	
Efectivo en las sucursales.....	57.977.484	93
Idem en poder de Comisionados de provincias y extranjero.....	15.092.612	40
Idem en poder de conductores.....	2.276.300	
<hr/>		
Cartera de Madrid.....	124.167.610	65
Idem de las sucursales.....	602.525.896	27
Acciones de este Banco, propiedad del mismo.....	119.466.679	19
Bienes inmuebles y otras propiedades.....	383.923	71
Tesoro público: por pago de intereses de la renta perpetua al 4 por 100.....	7.231.672	15
Deuda amortizable al 4 por 100, para cumplir el Convenio de 10 de Diciembre 1881.....	4.855.572	88
<hr/>		
	13.644.125	
	872.275.479	85

PASIVO.

	Pesetas.	Céntimos.
Capital.....	148.895.500	
Fondo de reserva.....	14.889.550	
Billetes emitidos en Madrid.....	229.408.725	
Idem id. en sucursales.....	113.303.175	
Depósitos en efectivo en Madrid.....	26.094.167	54
Idem en id. en las sucursales.....	15.856.302	37
Cuentas corrientes en Madrid.....	111.087.975	70
Idem id. en las sucursales.....	50.272.073	96
Créditos concedidos sobre efectos públicos.....	10.989.957	87
Dividendos.....	2.020.111	08
Ganancias y Realizadas.....	4.941.150	88
pérdidas.) No realizadas.....	927.319	25
Reservas de contribuciones.....	29.413.186	02
Amortización é intereses de obligaciones Banco y Tesoro, series interior y exterior, sobre la renta de Aduanas, bonos del Tesoro y billetes hipotecarios.....	2.113.151	90
Amortización é intereses de la Deuda amortizable al 4 por 100.....	10.854.420	
Facturas de intereses de la Deuda perpetua 4 por 100	364.211	29
Tesoro público: su cuenta por resultados de la conversión	62.544.325	40
Valores convertibles en Deuda amortizable al 4 por 100	14.743.057	50
Contrato de crédito en el extranjero de 6 de Noviembre de 1882.....	5.249.165	76
Diversos.....	18.307.953	33
<hr/>		
	872.275.479	85

Madrid 31 de Marzo de 1883.—El Interventor general, Benito Fariña.—V.º B.º.—El Gobernador, Antonio Romero Ortiz.

BANCO DE CASTILLA.

La Administración de este Banco ha acordado que la junta general ordinaria de accionistas del mismo se celebre en el domicilio social, el miércoles 25 de Abril próximo, á las diez de la mañana.

Tendrán derecho de asistencia, conforme determina el artículo 22 de los Estatutos, los que posean cien ó más acciones. Para ejercitar este derecho, habrán de depositar sus acciones antes del día 20 de Abril próximo, en las Cajas del Banco en Madrid, en las del Banco Hispano-Colonial en Barcelona y en las del Banco de Bilbao en dicha ciudad. En vista de los resguardos de depósitos, se expedirán á los interesados las oportunas tarjetas personales de asistencia. Los que no concurran personalmente sólo podrán ser representados por un socio que tenga derecho de asistencia, siempre que la autorización oportuna haya sido presentada

en la Secretaría del Banco antes del día de la celebracion de la junta. Madrid 24 de Marzo de 1883.—El Secretario, Ricardo Sepúlveda.

OBRA NUEVAS.

GOTTSCHALCK, POR LUIS RICARDO FORS.

miembro del Liceo y Conservatorio de Música de Barcelona, del Ateneo de Madrid y de otras corporaciones científicas y artísticas, nacionales y extranjeras. Obra escrita expresamente para LA PROPAGANDA LITERARIA. Está impresa con todo lujo, en un tomo de 400 páginas, adornada con un magnífico retrato del celebrado pianista y una vista de la tumba en que descansa, abiertos en acero por uno de los mejores artistas de Nueva-York. Está además enriquecida con un fragmento de música, autógrafa é inédita, del célebre artista. El autor de esta obra, tan competente en el arte musical como apreciado del público, ha escrito una interesante y minuciosa biografía del eminente artista, con quien vivió largo tiempo en Sur-América: á esta biografía, formada con datos auténticos, irá unida la historia anecdótica de gran parte de las composiciones de GOTTSCHALCK, reveladas muchas de ellas en momentos de confianza por el propio artista. La circunstancia de que el autor de esta obra conoció íntimamente á GOTTSCHALCK, facilita la publicación de los interesantes detalles de su muerte y de infinitos actos de la vida íntima del inspirado músico, cuya existencia fué una serie no interrumpida de accidentes á cual más dramáticos é interesantes.

Puede asegurarse que el libro del Sr. Fors sobre GOTTSCHALCK, es una obra que buscan con avidez y leen con placer los numerosos amigos del gran artista norteamericano y los entusiastas admiradores de su potente genio y vastísimo talento. Reales. 30

Los pedidos de cualquiera de estas obras se harán á la sucursal en Madrid de LA PROPAGANDA LITERARIA, calle de Leon, 12, principal, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo ó sellos de correos.

LA AMERICA

Año XXIII

Este periódico quincenal, redactado por los primeros escritores de Europa y América, y muy parecido por su índole é importancia á la REVISTA DE AMBOS MUNDOS, se ha publicado sin interrupción durante veintitres años. En él han visto la luz más de ocho mil artículos, todos originales y escritos expresamente por sus numerosos colaboradores, lo que puede justificarse consultando el índice que figura al fin de cada tomo. Para comprender toda su importancia, bastará decir que el Gobierno español, años hace, lo ha recomendado de real orden á los capitanes generales y gobernadores de la Isla de Cuba, Puerto-Rico y Filipinas; así es que nuestra REVISTA UNIVERSAL cuenta en dichos países con numerosos suscritores, como en toda la América, España, Francia, Inglaterra y el resto de Europa. El número de nuestros comisionados ó corresponsales excede de 400.

Precio de suscripción en España, 24 rs. trimestre.

En el Extranjero 40 francos. En Ultramar, 12 pesos fuertes.

Precio de los anuncios, 4 reales línea.

Agente general en la Isla de Cuba el Sr. D. Alejandro Chao, director del acreditado establecimiento LA PROPAGANDA LITERARIA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE LOS SEÑORES M. P. MONTOYA Y C.ª. Caños, 1.